Los Hollister

Y LA CASA ENCANTADA

25



JERRY WEST

«Necesito cazador de fantasmas para liberar de encantamiento una casa miesteriosa. Interesados presentarse a la señora Neeley, de la Carretera Serpentina, número 702».

Al ver este curioso anuncio, Pete y Pam Hollister visitan a la señora Neeley para conseguir el trabajo. Al principio, creen que la ancianita se imagina cosas, pero rápidamente cambian de opinión…





Jerry West

Los Hollister y la casa encantada

Los Hollister - 25

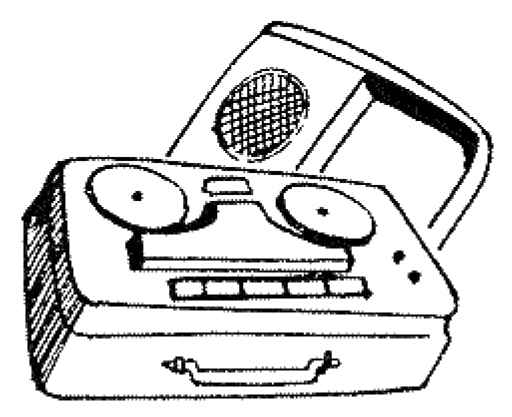
ePub r1.1
nalasss 15.09.14

Título original: *The Happy Hollisters and the Haunted House Mystery*
Jerry West, 1962
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell
Diseño de portada: Salvador Fabá
Retoque de portada: orhi

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



EL CLUB DE DETECTIVES



—Que el Club de Detectives de Shoreham conserve el orden —dijo Pete Hollister, sonriendo.

A esta orden del presidente, ocho niños se instalaron en los dos bancos de la habitación de juegos, que se encontraba en los sótanos del hogar de los Hollister. Pete, de doce años, quedó en pie ante ellos.

—Secretaria Ann Hunter, haz el favor de pasar lista —añadió Pete, el muchachito de ojos azules y cabello cortado a cepillo.

De un gran bloc de notas, Ann empezó a leer:

—Pam Hollister.

—Presente —respondió la hermana de Pete, que tenía diez años.

—Donna Martin.

—Aquí estoy.

Ann continuó pasando lista. Todos estaban presentes, incluyendo a los otros tres Hollister: Ricky, Holly y la chiquitina, Sue, además de Dave Meade y Jeff Hunter.

—¿Alguien tiene un nuevo misterio para resolver? —preguntó Pete.

—Yo —contestó Jeff, que tenía ocho años. Llevaba en la mano

un periódico y de él leyó—: «Necesito cazador de fantasmas para librar de encantamiento una casa misteriosa. Interesados presentarse a la señora Neeley, de la Carretera Serpentina, número 702».

—¡Canastos! Eso parece muy escalofriante —exclamó el pelirrojo Ricky, con la pecosa carita iluminada por una sonrisa.

Holly, que tenía seis años —uno menos que su hermano Ricky—, llevaba el cabello recogido en trenzas y era tan traviesa como un chico, propuso en seguida:



—¡Vamos a resolverlo!

Los miembros del club se mostraron muy entusiasmados y empezaron a hablar todos a un tiempo, ante la nueva aventura. Pam había oído hablar de la señora Neeley y contó a los demás todo lo que sabía. La señora Neeley vivía en una gran finca, situada a orillas del lago de los Pinos, en las afueras de la ciudad. En la

propiedad había una casa muy vieja. La llamaban la Casa Antigua porque estaba llena de muebles de los tiempos de la Guerra Civil.

—¿Y vive allí la señora Neeley? —preguntó Donna, que tenía siete años y era gordita y con un hoyuelo en cada mejilla.

—No. No vive allí —contestó Pam—. La señora Neeley vive sola, en la casa que antes era del guarda y que no está muy lejos de la mansión.

Pam continuó explicando que la señora Neeley cobraba una entrada por permitir que la gente visitase la Casa Antigua.

—¡Canastos! Si es tan vieja, no me extraña que esté llena de misterios.

—Pero ¡si los fantasmas no existen! —objetó Dave Meade, un chico de la misma edad que Pete y el mejor de sus amigos.

—Por eso es todo tan misterioso —razonó Jeff—. Si no existen los fantasmas, ¿por qué la señora Neeley está tan preocupada?

—Nosotros lo averiguaremos en cuanto nos hagamos cargo del caso —aseguró Pete—. ¿Alguna otra pregunta?

Alguien dijo en voz muy alta:

—¡No!

Pero al momento hubo otro que dijo:

—¡Sí!

Y todos empezaron a hablar de nuevo, a un tiempo.

La pequeñita Sue se puso en pie de pronto. Sue tenía cuatro años y llevaba el cabello peinado con raya en medio.

—«Iscuchad» mis palabras —exigió.

—Sue tiene la palabra —declaró su hermano mayor con voz de trueno, mientras se esforzaba por disimular una sonrisa.

Cuando todos guardaron silencio, Sue preguntó:

—¿Qué quiere decir eso de una «casa anti-gas»?

Los demás miembros del Club se echaron a reír, unos con risitas disimuladas, otros a carcajadas ruidosas, hasta que Pete dio un grito, pidiendo orden. Entonces Pam explicó a su hermanita pequeña que había entendido mal. Se había hablado de una casa antigua, y antiguo quería decir algo muy viejo que suele tener mucho valor, precisamente por tener muchos años.

—¡Aaaah! —murmuró la pequeña—. Gracias, Pam. Menos mal que no es una de esas «carotas» que he visto en el cine.

—Ahora haremos una votación, para ver si nos hacemos cargo o no del caso —dijo, con toda seriedad. Pete, el presidente del Club—. Todos los que estén de acuerdo en que lo hagamos dirán…

En ese momento se oyó llamar con fuerza en la puerta de arriba, la que daba a la cocina.

—Adelante —dijo Pete—. ¿Quién es?

La puerta se abrió y se oyó una simpática voz de mujer. Era la señora Hollister.

—Pete, vuestro Club de Detectives tiene dos visitantes.

Pete y Pam se miraron con extrañeza. ¿Quiénes podrían ser los visitantes? Pete se encogió de hombros y replicó:

—Diles que bajen, mamá. Haz el favor.

Por las escaleras resonaron las pisadas de dos pares de pies y al cabo de unos segundos estaban en el sótano Joey Brill y su amigo Will Wilson.

Joey tenía la edad de Pete, pero era más alto y robusto. Casi siempre tenía el ceño fruncido y nunca supo llevarse bien con los hermanos Hollister. La verdad era que Joey siempre les había estado gastando jugarretas malintencionadas, desde que los Hollister se trasladaran a Shoreham. Will Wilson, un chico de cabello negro, siempre andaba detrás de Joey. Y al parecer, no le importaba que fuese su amigo quien siempre diera las órdenes.

—Hola, Joey. Hola, Will —saludó Pete.

—Hola —contestó el chicarrón, mirando a todos lados como si estuviera algo inquieto—. Hemos oído hablar de vuestro Club de Detectives y querríamos ingresar en él.

—Tenemos un gran misterio para resolver —anunció Will.

—No podéis ingresar en el Club inmediatamente. Antes, tendréis que pasar una prueba de aptitud —les informó Pete.

—¿Cómo en la escuela? ¡Bah, eso no es para nosotros! —contestó Joey, despectivo.

Will dio una mirada en torno al cuarto de juego. Estaba muy limpio y ordenado. En un extremo había una mesa de ping-pong y, a la izquierda, se veía un maletín bastante grande. Un cable que salía de él estaba enchufado a una toma de corriente cercana.

—¿Qué es esto? —preguntó Joey, acercándose a la caja y levantando la tapa.

—Es un magnetófono —respondió Pete, acercándose a la mesa —. En casa, todos nos divertiremos mucho con esto. Y alguna vez puede que nos sirva en nuestro trabajo de detectives.

Mientras Joey empezaba a manosear la grabadora, Will tomó una de las palas de ping-pong y unas cuantas pelotitas blancas. Se disponía a lanzarlas contra las paredes, cuando Pam le llamó la atención:

—¡Basta! No interrumpáis nuestra reunión.

—¿Es que no podemos divertirnos? —preguntó Will, haciendo un guiño a su amigo.

Joey cogió otra pala y, tanto él como Will, empezaron a lanzarse una de las pelotas, haciéndola rebotar en el suelo del sótano.

—Si queréis jugar, usad la mesa —ofreció Pete, no queriendo ser descortés con sus visitantes.

—No. No queremos jugar a una cosa tan tonta —replicó Joey—. Vamos a divertirnos con el magnetófono.

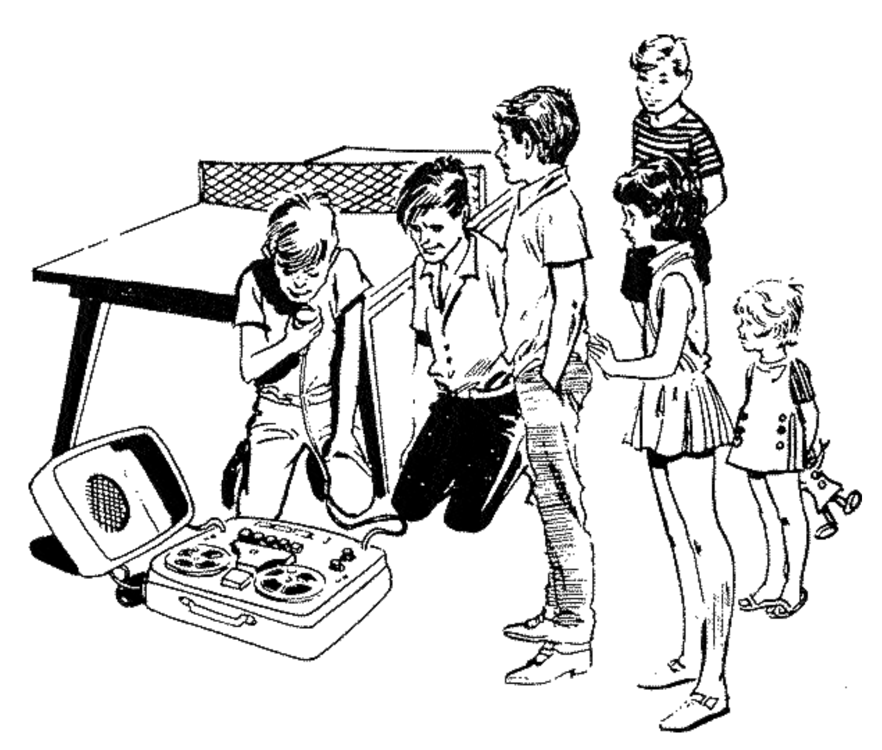
Para entonces, ya todos los miembros del club se habían levantado de sus asientos y estaban muy atentos a lo que pudiera ocurrir, pues las groserías de Joey siempre solían acabar en peleas a puñetazos. Nadie deseaba que ocurriera eso en el sótano. Pete tocó un interruptor para poner en funcionamiento la máquina, al tiempo que decía:

—Muy bien. A ver, Joey. Will y tú podéis decir unas palabras ante el micrófono.

Los dos chicos se aproximaron, pronunciaron una frase y pidieron a Pete que hiciera retroceder la cinta para poder oír sus propias voces.

Pero, al escuchar su voz, Joey arqueó las cejas, extrañado.

—No creí que mi voz sonase así.



—Muy antipática, ¿verdad? —preguntó, en seguida, Ricky.

El chicazo se puso encarnado como un tomate y echó a andar en dirección al pelirrojo, dispuesto a pegarle; pero Pete le cortó el paso.

—Todos tenemos la voz distinta en la cinta —dijo Pam, apaciguadora. Y tras llevarse a Ricky a un lado, le advirtió—. A ver si te portas bien.

—Pero es que nos están estropeando la reunión —protestó el pecoso.

—Muy bien —dijo Joey, después que él y Will escucharon sus voces—. Podéis seguir con esa birriosa reunión. ¡Eh! ¿Qué es esto?

Antes de que Pete pudiera responder, Joey oprimió otro interruptor y el magnetófono empezó a funcionar a la inversa. El ruido que entonces se escuchó parecía proceder de una manada de patos chillando en tono agudo.

Todos los componentes del Club se echaron a reír y cuando Pete desconectó el magnetófono, Holly dijo a Ricky, en un susurro:

—Eso sí que parece una conversación de Joey y Will.

—Sigamos con la reunión —dijo Pete, mientras los demás volvían a sus puestos.

—Nosotros nos quedaremos de pie —anunció Joey.

—Muy bien, pero estad callados. Estábamos hablando sobre un nuevo misterio —prosiguió Pete—. Se trata de…

Joey le interrumpió bruscamente, sacudiendo los brazos.

—Escuchad. Nosotros tenemos uno muy grande. ¿Sabéis que hay un fantasma en el sótano de la casa del señor Fundy?

—Tenéis que verlo —añadió Will—. Ése sí que es un misterio importante para resolver.

A Joey Brill le desencantó que el club no votase inmediatamente en favor de lo que él había propuesto. Pete hizo un encogimiento de hombros. No hacía más que escuchar, sin dar mucha importancia a lo que decían los dos camorristas.

El señor Fundy era un viejo fotógrafo retirado que vivía en una casita aislada, en las afueras de Shoreham. Era un hombre alto, de facciones angulosas, con el cabello blanco. Pete y Pam le habían visto en la ciudad varias veces.

—Al señor Fundy no le gusta que los niños anden husmeando por su casa —dijo Joey—, pero os aseguro que ese fantasma merece que se hagan investigaciones.

Pete no pudo seguir soportando aquellas interrupciones y en voz sonora, anunció:

—La reunión del Club de Detectives de Shoreham queda pospuesta para otro momento.

Los demás miembros se levantaron de sus asientos y salieron del sótano por la puerta que daba al jardín.

—No está mal el club que tenéis organizado aquí —comentó Joey, cuando salía a la luz del sol—. A lo mejor me hago socio…, en otro momento.

—Sí. Yo también —añadió Will, imitando a su amigo.

Cuando los dos se marchaban para ir a buscar sus bicicletas, Joey llamó por señas a Ricky. El pecoso se acercó.

—¿No te gustaría resolver el misterio del señor Fundy? —preguntó Joey.

—Claro que sí, pero.

—¡Pero nada! —le atajó Will, en tono antipático—. Los tres

solos vamos a resolverlo y seremos verdaderos héroes.

—Es que yo sólo haré lo que decida el Club —declaró Ricky, gravemente.

Joey le miró, burlón, y dijo:

—Ya comprendo. Es que te dan miedo los fantasmas.

Ricky apretó los labios y avanzó la barbilla, muy ofendido.

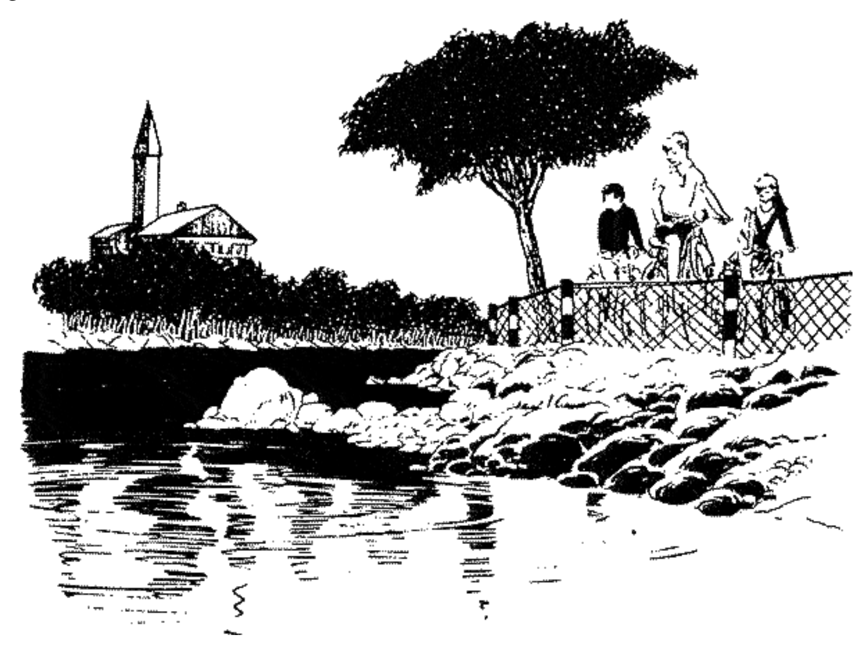
—¡Los fantasmas no existen y no me dan miedo!

—Entonces, ven con nosotros a la casa del viejo Fundy —insistió Will—. Podemos trabajar juntos.

Ricky quedó indeciso. No sabía si quedarse en su casa o ir a la casa del anciano fotógrafo para demostrar que no tenía miedo.

—Muy bien. Iré con vosotros. Joey, pero nada de gastarme jugarretas.

Cuando corrió al garaje a buscar su bicicleta, vio que los demás niños se habían ido al fondo del jardín de la casa que los Hollister poseían a orillas del Lago de los Pinos, y estaban jugando junto al agua.



Sin pararse a decirles adónde iba, el pecoso montó en su bicicleta y, al poco, él y los otros dos mayores pedaleaban cerca de la orilla del agua, hacia el otro extremo de la ciudad. Al cabo de

diez minutos llegaron a una calle apartada, en la que sólo había tres casitas de una sola planta.

—Ahí es donde vive el señor Fundy —anuncio Joey, señalando una casa que necesitaba una buena capa de pintura. La tela metálica de las ventanas estaba herrumbrosa y tenía varios agujeros.

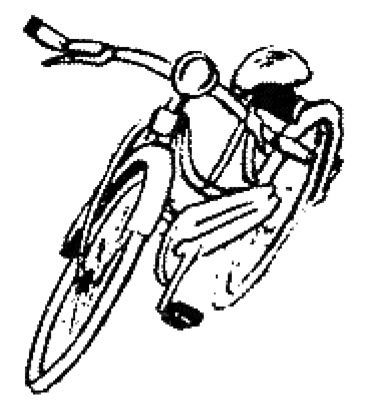
—Ahora, si miras de cerca, podrás ver el fantasma —aseguró Will.

Apoyándose sobre las manos y rodillas, Ricky apretó su naricilla contra la tela metálica y miró al interior. Estaba muy oscuro y misterioso. No podía distinguir nada. De pronto notó que le empujaban por detrás.

—¿Eh? ¡Oh!

Antes de que Ricky pudiera dar otro grito, el empujón de los dos chicazos le hizo caer al vacío, atravesando la vieja y herrumbrosa tela metálica. El pobre pecoso voló por los aires y fue a caer sobre un montón de periódicos, colocados debajo de la ventana. Al momento la pila de periódicos se desmoronó y Ricky resbaló al suelo.

UN BUEN SERVICIO



Ricky estuvo unos instantes sin aliento, entre el montón de periódicos desparramados por el suelo. Por fin se puso en pie y miró por la ventana que quedaba por encima de su cabeza. Pudo ver la calle, pero Joey y Will parecían haberse esfumado.

«¿Qué haré?», se preguntó, mientras miraba todo lo que había a su alrededor. Vio que las paredes estaban cubiertas de armarios. Ricky se preguntó qué habría guardado en ellos.

—Ha sido una tontería venir aquí —pensó el pecoso—. No hay fantasmas.

Pero, apenas había tenido ese pensamiento cuando oyó un ruidito apagado.

El pequeño no sabía qué hacer. No había donde esconderse. Sólo podría escapar por la ventana. Dio un salto, y se aferró al alféizar con la punta de los dedos, pero resbaló y volvió a caer al suelo.

Los extraños y apagados ruidillos iban aproximándose.

«Pues ¡si puede ser que haya un fantasma!», pensó el pecoso, aterrado, sin atreverse ni a volver la cabeza para mirar.

Todo lo que hizo fue doblar las piernas y estaba a punto de saltar otra vez hacia la ventana cuando notó que una mano grande

y huesuda se apoyaba en su hombro.

Como estaba demasiado asustado para poder gritar, todo lo que hizo fue girar sobre sus talones. Y entonces se encontró frente al rostro de un anciano.

—¿Cómo has podido llegar aquí, hijito? —preguntó una voz afable.

—Es que… me empujaron —contestó Ricky sinceramente y en seguida explicó cómo le habían engañado Joey y Will.

El ancianito soltó una risilla, alargó la mano hasta detrás de uno de los armarios y oprimió un interruptor para encender la luz.

—Han debido de ser los dos golfillos que ayer andaban husmeando por aquí —comentó.

Ahora que brillaba una espléndida luz, Ricky quedó muy tranquilizado, viendo que el rostro del señor Fundy tenía una expresión simpática y adormilada. El cabello blanco, muy revuelto, le caía casi hasta los párpados.

—También yo fui pequeño en otros tiempos y no dejé de hacer alguna que otra travesura —dijo, sonriendo—. Ven conmigo.

—¿Qué tiene usted en todos esos armarios? —preguntó el pecoso, mientras subía unas escaleras.

—El trabajo de toda mi vida, hijo.

El viejecito explicó que en aquellos armarios conservaba los negativos de todas las fotografías que había hecho desde hacía cincuenta años.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. Me gustaría haber vivido en los tiempos antiguos.

El señor Fundy llevó a Ricky hasta una pequeña sala de estar. En una esquina se veía un piano viejo. En el otro extremo, un sofá y una butaca, muy mullidos. Ricky se fijó en seguida en que todas las paredes estaban casi cubiertas de fotografías ya borrosas.

—Gracias por haber sido tan bueno conmigo, señor Fundy —dijo con sinceridad, el pequeño—. Y siento mucho haber venido a curiosear en su casa sin permiso.

—No hay ni que hablar de eso —contestó el amable caballero. Luego quedó pensativo y, al fin, dijo—: ¿Querrías hacerme un favor?

—Favor con favor se paga —contestó muy serio Ricky, que

había oído aquella frase a algún adulto—. ¿Qué quiere que haga, señor Fundy?

El fotógrafo dijo que deseaba comprar un poco de carne de cordero a un carnicero que estaba un poco lejos de su casa.

—Estupendo. Yo se la traeré —se ofreció el pequeño.

—Que carguen lo que cueste a mi cuenta.

Ricky salió a toda prisa, montó en su bicicleta y pedaleó, alejándose. No había recorrido mucho trecho cuando vio que Joey y Will salían de detrás de unas matas que había a un lado del camino. Los dos chicazos quedaron como alelados al ver que Ricky marchaba muy alegre, silbando una cancioncilla.

—¿Qué… qué ha pasado? —preguntó Joey que había levantado la mano para pedir a Ricky que se detuviera.

—¿Cuándo? ¿Después que me empujasteis?

Joey estaba muy aturdido. Tartamudeando, contestó:

—Es que Will tropezó conmigo y… yo… yo debí de tropezar contigo. ¿Has visto algún fantasma ahí dentro?

—No os lo diré, porque no sois miembros del Club. Nosotros reservamos los secretos solamente para los miembros del Club.

Joey y Will se miraron uno a otro, con expresión de envidia.

—Puede que lo mejor sea que tú entres en ese Club —dijo Will —. Si pasas la prueba, también yo me apuntaré.

Muy avergonzado, Joey montó en su bicicleta y se alejó, seguido de Will.

Ricky fue a la carnicería y regresó a casa del señor Fundy, llevando una bolsa marrón.

—Aquí está, señor Fundy.

El ancianito dio las gracias al pecoso y quiso dejarle unas monedas en la palma de la mano.

—No, no —protestó Ricky—. Lo he hecho como un favor, señor Fundy.

—Eres un gran muchacho —dijo el anciano—. Si alguna vez puedo yo hacerte un favor, no tienes más que pedírmelo.

Ricky llegó a su casa en el momento en que sus hermanos y sus amigos bajaban al sótano para reanudar la reunión del Club.

Todavía emocionado, les contó lo que le había sucedido.

—Ahora, Joey y Will tendrán más ganas que nunca de unirse a

nosotros —dijo, al terminar.



—Si vienen, les tendremos preparada una sorpresa —aseguró Pete.

En seguida se reanudó la votación y todos quedaron de acuerdo en dedicarse a buscar el fantasma de la casa de la señora Neeley.

Por la noche, durante la cena, los cinco hermanos hablaron con sus padres de su proyecto. La señora Hollister era delgada y esbelta, con ojos azules y cabello rubio. Su marido era alto y atlético, con un rostro muy simpático que se llenaba de arruguitas alrededor de los ojos, cuando sonreía. El señor Hollister era el dueño del Centro Comercial, situado en la zona comercial de Shoreham. El Centro Comercial era una combinación de ferretería, juguetería y tienda de

artículos deportivos.

—Habéis resuelto ya muchos casos, hijos —dijo la señora Hollister, mientras Pam le servía el postre de pastel de manzana—. Pero éste me parece el más misterioso de todos los que habéis tratado.

—Considero que vais a encontraros con que el fantasma no es más que el viento silbando dentro de la vieja casa —terció el señor Hollister—. Seguramente lo aclararéis todo en un momento.

—Y si es así, es posible que la señora Neeley se decida a venderme el viejo reloj de pared que he admirado muchas veces —comentó la madre de los pequeños.

Y el padre añadió:

—¿Vuestro Club de Detectives tiene alguna clave secreta?

—Todavía no —contestó Pete—. Tendremos que inventar una, y pronto.

—Tendrá que ser muy sencilla, para que podamos aprenderla de prisa —apuntó Pam.

—¿Convendrá más que sea escrita o por señas? —preguntó Pete.

—¿Cómo el lenguaje por señas de los indios? —terció Ricky. Y señalando primero al plato y luego a su persona, el pecoso añadió, bromeando—: Yo, Gran Jefe, comerme segundo postre.

—También yo comerme otro —anunció Pete, al ver que la señora Hollister servía más postre al pelirrojo—. Mamá ha dicho que Pam y yo podremos ir a visitar a la señora Neeley en cuanto mi hermana acabe de ayudar a fregar los platos.

Cuando estuvo seco y guardado el último plato, Pete y Pam se marcharon. Los dos hermanos pedalearon hasta el otro extremo de la ciudad y luego descendieron por un caminillo serpenteante. Al poco rato llegaron a una gran propiedad, separada del camino por una cerca de negros barrotes de hierro. Detrás de la cerca había un trecho de espesa maleza, entre la que sobresalían altos árboles, algunas de cuyas ramas descendían hacia el camino.

Por fin llegaron los dos hermanos a un sendero que conducía a una verja que estaba abierta. Pam y Pete entraron.



A su derecha encontraron una casita de piedra, en la que en otro tiempo debió de vivir el guarda de la finca. En el césped de la entrada, sentada en una butaca de jardín, vieron a una obesa anciana. Llevaba lentes con montura de oro, y el cabello, que por el color parecía una mezcla de sal y pimienta, lo tenía recogido en la coronilla, formando un gran moño.

—Somos Pete y Pam Hollister —se presentó Pete—. Hemos venido a decirle que querríamos ocuparnos de cazar a ese fantasma.

La señora Neeley bajó la cabeza para mirar a los dos hermanos por encima de las gafas.

—¿Cazadores de fantasmas, unos niños tan jóvenes? —Quedó unos momentos silenciosa y luego exclamó—. Pero ¡si yo conozco a vuestra madre! Ha venido a ver mis objetos antiguos y varias veces.

—Y le gusta mucho su reloj de pared —dijo Pam sonriente.

—Ah, sí. Ese reloj. Es una de las cosas que me están volviendo loca.

—¿Qué es lo que pasa con ese reloj? —preguntó Pete.

—Da trece campanadas. Pero sólo después de oscurecido. —La ancianita movió repetidamente el dedo índice al añadir—: Aquello está muy oscuro por la noche. No hay luz eléctrica en la vieja casona.

Los dos niños, todavía sentados en sus bicicletas, escucharon con interés las preocupadas explicaciones de la viejecita.

—Mi Casa Antigua tiene un fantasma. —La señora Neeley pronunció aquellas palabras solemnemente, mientras su barbilla temblaba—. Y ese fantasma me está dejando sin parte de mi negocio.

—Mamá nos ha dicho que cobra usted una entrada para dejar ver sus tesoros —dijo Pam.

—Ése es el único medio de vida que tengo —declaró la viejecita —. Pero ahora están sucediendo por aquí cosas tan extrañas que a la gente le da miedo entrar en mi casa.

Mientras hablaba, la anciana señalaba en dirección al lago. Los niños volvieron la cabeza y vieron una gran mansión de piedra, de forma rectangular. En cada extremo se veía una gran chimenea que parecía elevarse al cielo ya muy oscuro. Los Hollister habían visto muchas veces aquellas chimeneas, cuando navegaban por el lago, pero nunca habían estado tan cerca de la casa como ahora.

—¿Qué otros misterios hay, además del reloj? —preguntó Pete.

—Pues… Hay una rueca —respondió la señora Neeley—. No se sabe por qué, gira sola. Además, se ven luces extrañas y se oyen ruidos.

—Y golpecitos en las ventanas, supongo —dijo Pete, con una sonrisilla.

—Joven, esto no es cosa de risa —declaró la señora Neeley, con voz chillona, debida al nerviosismo.

—Perdone —se disculpó Pete—. Puede que sea el viento el que hace esos ruidos, señora Neeley, y a lo mejor las ramas de los árboles golpean los cristales.

—Si miras con interés, joven, verás que no hay ningún árbol cerca de mi vieja casa —declaró la señora.

Pete se sintió muy apurado y sus mejillas se cubrieron de un color amapola. El hecho de que ni él ni sus hermanos creyeran en

fantasmas no mejoraba las cosas para la señora Neeley. Se advertía claramente que la señora estaba nerviosísima.

Pam intervino entonces, diciendo:

—Señora Neeley, Pete, yo y el Club de Detectives haremos todo lo que podamos por ayudarle a resolver su misterio…, si usted nos lo permite.

La expresión de la señora Neeley cambió, y en su rostro apareció una sonrisa.

—Puede ser peligroso y no me gusta ver que unos jovencitos como vosotros se meten en conflictos —dijo.

—No se preocupe. Tendremos cuidado —aseguró Pete, queriendo tranquilizarla.

Mientras hablaban con la señora se hizo de noche y, a orillas del lago se encendió un faro antiniebla que iluminó los alrededores de la vieja casa de piedra.

De repente, la señora Neeley dejó escapar un grito ahogado, mientras señalaba hacia la casa.

—¡Mirad! Ahí está.

—¿Qué? —preguntó Pete, girando en redondo.

—La luz. ¿No veis?

En una ventana de la buhardilla, cerca de la chimenea, se encendía y apagaba una luz parpadeante. Pete y Pam miraron con los ojos redondos de asombro. Por la espina dorsal de los dos hermanos subió un escalofrío al escuchar un lamento apagado que cruzaba la silenciosa noche, y que, al parecer, procedía de la vieja mansión.

JOEY, PUESTO A PRUEBA



Pete y Pam siguieron mirando, mientras la luz de la ventanita se encendía y apagaba repetidamente. Luego el lamento se redujo a un susurro y acabó desapareciendo.

—¿Me creéis ahora? —preguntó la señora Neeley.

—Tiene que haber alguien dentro de la casa —opinó Pete.

—¿Ha avisado usted al departamento de policía, señora Neeley? —preguntó Pam.

La señora contestó que eso había hecho en cuanto empezaron a suceder aquellas cosas tan fantasmagóricas, hacía un mes.

—Pero la policía no halló nada anormal. Registraron la casa durante el día, y también por la noche, y no pudieron encontrar nada.

—¿Podemos ir a la casa, a ver? —preguntó Pete.

—Ya he cerrado la casa con llave, como hago todas las noches. ¡Y ahora no querría ir allí por nada del mundo! —confesó la viejecita—. Pero podéis ir a echar un vistazo por fuera.

Después de darle las gracias, los dos hermanos Hollister dejaron sus bicicletas junto a la verja y echaron a andar hacia la vieja mansión.

—Será mejor que nos demos prisa, Pam, antes de que oscurezca del todo y no podamos ver nada.

De pronto, los dos hermanos se llevaron un gran susto. Un conejo pasó corriendo ante ellos.

—¡Oooh! —exclamó Pam.

Su hermano se echó a reír.

—Los conejos no pueden hacernos daño, pero creo que hay algo más peligroso que un conejo en la Casa Antigua.

Ahora la casa estaba ante ellos; era como una gran masa negra que se elevaba hacia el cielo, de un azul sombrío.

Pete y Pam se detuvieron y escucharon.

Silencio.

Inclinados, para quedar ocultos detrás de las matas, los dos niños dieron la vuelta, con muchas precauciones, alrededor de la casa. A lo lejos se oyó ulular un búho, pero los bosques que rodeaban la vieja mansión estaban silenciosos.

Pete dijo a su hermana, cuchicheando:

—Si había alguien escondido en la casa, puede que ahora esté saliendo. Vamos a escondernos junto a la puerta de la fachada y esperaremos unos minutos.

En la fachada de la casa, a cada lado de la puerta de roble, había dos grandes arbustos de boj. Pete y Pam se deslizaron, muy silenciosos, entre aquellos arbustos.

—Me parece que oigo algo —susurró Pam, al cabo de unos segundos.

Su hermano escuchó con interés. Y también él pudo oír el rumor. Era como el crujir de una puerta.

Pete atisbo entre el follaje, con el corazón latiéndole con fuerza. La puerta se abrió lentamente unos veinte centímetros. Pero nadie salió por ella.

Luego sonó un rumor como de alguien que anda por una superficie enlosada. El ruido de pasos fue haciéndose más débil cada vez.

—Alguien está subiendo las escaleras —dijo Pam, cuando ya el rumor había casi desaparecido.

—Podemos entrar a ver —propuso Pete, aunque no estaba muy seguro de tener deseos de entrar en aquella extraña casa.

Pero su hermana contestó inmediatamente:

—No, no. ¡Puede ser mía trampa para atrapamos! Además, ni siquiera tenemos linterna.

—Creo que tienes razón. Es mejor que nos marchemos. Mañana temprano se lo contaré todo al oficial Cal.

Pete salió de su escondite en el seto, pero Pam le oprimió la mano y cuchicheó:

—No puedo moverme. Tengo el tobillo enredado en alguna parte.

Pete se agachó y palpó el pie de la niña, descubriendo que estaba encajado entre dos ramas. Estaba el muchachito apartando las ramas para dejar en libertad el pie de Pam, cuando sobre ellos se produjo un extraño resplandor. Los dos niños levantaron la cabeza, muy perplejos, y pudieron ver que la luz llegaba desde la misma ventanita de la buhardilla.

—¡Pete, Pete, date prisa! —rogó Pam.

Sujetándole el tobillo con las dos manos, el chico tiró con fuerza. Volvió a oírse el rumor de pasos, esta vez sonando cada vez más fuertes, como si alguien se aproximase a los niños.



—¡Ya está! —exclamó Pete, libertando el pie de Pam.

—Se me ha caído el zapato —dijo ella.

—¡Vámonos! —replicó Pete, muy nervioso—. Ya lo recogeremos en otro momento.

Los dos hermanos corrieron a la casita del guarda. La señora Neeley les estaba esperando en el mismo sitio en donde la dejaron.

—Creí que los mosquitos me habrían comido antes de que vosotros volvierais —dijo.

—Pues yo creí que a nosotros nos comería alguien y no los mosquitos —contestó Pete, inquieto—. Señora Neeley, ya vemos que tiene usted problemas con su Casa Antigua.

—Pero nosotros procuraremos ayudarle —prometió, llena de amabilidad, Pam.

Los dos niños se despidieron, montaron en sus bicicletas y pedalearon hacia casa.

Cuando Pam entró en la sala, cojeando y sin zapato, todos se apresuraron a preguntar qué había pasado. Pete lo contó todo, añadiendo, al terminar:

—Será un buen trabajo para nuestro Club de Detectives.

—Lo más sensato sería que comentaseis el asunto con el oficial Cal —opinó la madre, cuando ya sus hijos empezaban a marchar para acostarse.

A la mañana siguiente, poco después del desayuno, Pam telefoneó al policía amigo de su familia. El oficial contestó que tenía que pasar en el coche patrulla por el barrio de los Hollister y que entraría un momento en la casa.

Pete estaba recortando la hierba con la máquina corta-césped y sus hermanos ayudaban a su madre a desbrozar los lechos de flores, cuando el oficial Cal detuvo su coche en el camino del jardín. El policía era un joven de agradable aspecto, de mejillas encarnadas y ojos color azul claro. Había ayudado varias veces a los Hollister y ellos le habían ayudado a él a resolver varios misterios.

Cuando el oficial Cal salió del coche, la chiquitina Sue corrió a saludarle. Él la subió en volandas y le adornó con su gorra de policía.

—¿A qué viene todo ese nerviosismo, Pam? —preguntó el joven.

—Es sobre la Casa Antigua de la señora Neeley —contestó la niña—. La señora Neeley cree que está encantada y quiere que nosotros descubramos al fantasma.

El policía dejó a la pequeña en el suelo. Sue corrió a enseñar la gorra a su madre. Mientras tanto, el oficial Cal se pasó una mano por la cabeza, sonriendo sin ganas.

—No iréis a decirme que creéis en esas patrañas de fantasmas, ¿eh?

—Claro que no —respondió Pete—. Pero hay algo misterioso en esa casa.

—Además, oficial Cal, podría ser un fantasma —opinó Holly.

—Es verdad, canastos —intervino el pecoso—. Nunca se sabe lo que puede pasar en una casa así.

Pero el oficial Cal dejó a todos muy extrañados cuando dijo que corrían rumores de que la señora Neeley procuraba hacer creer que su casa estaba encantada, para conseguir publicidad.

—¡No! No creo eso —declaró Pam—. Es una ancianita tan simpática…

El policía, encogiéndose de hombros, contestó:

—Ya sabréis que nosotros hemos hecho un registro en la casa.

—Sin encontrar nada —añadió Pete—. La señora Neeley ya nos lo dijo.

Pam entonces explicó lo que les había sucedido a ella y a Pete la noche anterior. Y al ver que el policía no daba mucho crédito a sus explicaciones, la niña quedó muy desencantada.

El policía, al darse cuenta de la desilusión de Pam, dijo:

—Haremos una cosa, Pam. Enseñadme el lugar del seto en que estuvisteis escondidos y donde se perdió tu zapato.

—¿Y si el zapato no estuviera allí? ¿Qué pensará entonces? —preguntó Pete.

—Entonces creeré que hay un fantasma en la Casa Antigua —respondió el oficial con una sonrisa.

En aquel momento llegó Sue con una flor de las llamadas linarias, prendida en la gorra del policía.

—Es un regalo de mamá —explicó la pequeñita.

Y, desde lejos, la señora Hollister saludó al oficial.

—¿Puedo llevarme a sus hijos a dar un corto paseo? —preguntó él.

Cuando la madre dijo que sí, sonriendo, los cinco hermanos se encajaron como pudieron dentro del coche patrulla. Pete y Pam se colocaron delante y Ricky, Holly y Sue ocuparon el asiento de detrás.



De camino al número 72 de la Calle Serpetina, el oficial Cal se cruzó con Joey y Will, que paseaban en sus bicicletas. Los dos camorritas quedaron muy extrañados viendo a los hermanos Hollister viajando en el coche de la policía.

La señora Neeley, que estaba sentada junto a la ventana, se sorprendió al ver al oficial y los cinco niños detenerse ante su casita.

—¿Todavía no ha tenido hoy ningún visitante? —preguntó Pam, en cuanto la señora salió a saludarles.

—No. Aún es temprano —repuso la viejecita.

—Quisiera echar una ojeada entre los arbustos del seto que hay cerca de la puerta de la fachada, señora Neeley —dijo el oficial Cal.

—Pueden ir —contestó la señora.

Ricky, Holly y Sue se quedaron hablando con la anciana, mientras Pete y Pam iban con el policía hacia la Casa Antigua.

—Ahí está el seto —dijo Pete, señalando el lugar.

Y Pam añadió:

—Nos escondimos allí en medio, cuando oímos los pasos y vimos la luz.

—Éste es el sitio exacto —declaró Pete, deteniéndose.

Con sus fuertes manos, el oficial Cal separó las ramas.

¡El zapato de Pam había desaparecido!

—¡Zambomba! —exclamó Pete, tragando saliva con dificultad.

El oficial se volvió a mirar a los niños. Se había puesto muy serio.

—Algo raro está ocurriendo aquí —afirmó—. Siento mucho haber dudado de lo que me explicasteis.

Mientras volvían a la casita del guarda, el policía explicó a sus jóvenes amigos que estaba muy ocupado con otro caso, pero que ayudaría en todo lo posible a los Hollister en la resolución de aquel misterio.

—¿Puede decirnos cuál es el caso en el que está trabajando? —preguntó Pam.

El oficial contestó que estaba intentando descubrir a unos ladrones de joyas que se dedicaban a robar en Shoreham desde hacía varios meses.

—¡Ojalá descubra pronto a esos ladrones! —deseó Pam.

—También yo confío en que cacéis en seguida a vuestro fantasma —contestó el policía, risueño.

Al llegar a la casita que habitaba la señora Neeley encontraron a ésta riendo de buena gana.

—Esta pequeñita… —murmuraba entre hipidos de risa la anciana, abrazando a Sue.

—Sue ha sido muy traviesa —explicó Holly—. Ha preguntado a la señora Neeley si también ella es una antigüedad.

La viejecita encontraba tan graciosa aquella broma sobre sí misma que todos, incluso el oficial Cal, acabaron sonriendo. A los pocos minutos se despidieron y pronto los niños volvieron a encontrarse en su casa.

—Tenedme al corriente de todo —pidió el oficial Cal, antes de alejarse.

Unos minutos más tarde, Joey y Will, montados en sus bicicletas, entraban en el jardín de los Hollister.

—¡Eh, Pete! —llamó Joey—. Si ingresamos en vuestro Club de

Detectives, ¿también podremos ir en el coche de la policía?

—Puede que sí —contestó Pete—. ¿Queréis pasar la prueba?

—¿Para qué es la prueba? —preguntó el chico, arrugando el ceño.

—Para saber lo valiente que eres. Ya sabes que los detectives no pueden asustarse por nada.

Cuando Joey dijo que estaba dispuesto a hacer la prueba, los Hollister le dijeron que volviera a última hora de la tarde.

—Veré cómo hace la prueba Joey, y después la haré yo —decidió Will.

Cuando los dos amigos se hubieron marchado, Pam corrió a telefonear a los otros miembros del Club.

Y en cuanto terminaron de comer, todos, menos la pequeñita Sue, que se fue a dormir la siesta, se sentaron bajo un gran sauce, cerca del embarcadero de los Hollister, en la orilla del Lago de los Pinos.

—¡Tenemos que hacer pasar a Joey una prueba que no pueda olvidar nunca! —opinó Da ve Meade.

Pete, que estaba sentado en el césped con las piernas cruzadas, arrancó unas briznas de hierba y estuvo mordisqueándolas, pensativo.

—¿Qué le haremos hacer? —preguntó.

—Hay que asustarle —exigió Ricky.

—Pero no mucho, no sea que luego tenga pesadillas —reflexionó Pam, siempre bondadosa.

—A mí no me parece que sea fácil asustar a Joey —declaró Ann Hunter.

—Pues yo creo que sí se le puede asustar —replicó su hermano Jeff.

De repente, Pete hizo chasquear los dedos y exclamó:

—Ya sé lo que haremos. Pero nos harán falta unas cuantas cosas. Supongo que tú, Jeff, podrás traer el pato de juguete. Y tú, Dave, ¿traerás la calavera de plástico que usaste en la fiesta de todos los Santos?

—Claro que sí.

—Y yo, ¿qué puedo traer? —preguntó Donna Martin.

—No sé —replicó Pete—. Nos haría falta un poco de «spaghetti»

frío.

—Estupendo —declaró Donna, echándose a reír—. A mamá le quedó un poco de la cena de anoche.

—Pam, Ricky, Holly y yo nos ocuparemos de los efectos de luz y sonido —continuó Pete—. Podríamos reunimos todos en nuestro sótano dentro de media hora.

—Vuelvo en seguida —dijo Da ve, poniéndose en pie para correr a su casa, que estaba unas puertas más allá, en la misma calle de los Hollister.

Joey Brill llegó hacia las cuatro de la tarde. Will Wilson, que parecía muy inquieto, esperó fuera, mientras su amigo llamaba a la puerta.

Salió a abrirle la señora Hollister, quien le dijo:

—Los niños te esperan en el cuarto de jugar, Joey. Por aquí.

Llevó al chico a la cocina y abrió la puerta que daba al sótano. Joey empezó a bajar las escaleras. Apenas había llegado al último peldaño cuando la luz se apagó.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —preguntó a gritos, buscando a tientas un sitio a donde agarrarse.

Todas las ventanas del sótano habían sido cubiertas con tela negra, de manera que por ellas no penetraba ni un rayito de claridad.

Joey había puesto el pie en el segundo escalón, dispuesto a subir en seguida, cuando sonó una voz hueca que decía:

—Joey, tu prueba de valentía está empezando.

A continuación se produjo un alarido fantasmal, acompañado de un arrastrar de cadenas.

—¿Quién… quién ha dicho eso? —preguntó el chico.



Parpadeó una luz, proyectando un rayo sobre una fantasmagórica calavera blanca. La barbilla de la calavera bajó y subió repetidamente, mientras la voz añadía:

—Ésta es una sencilla prueba para tu valor, Joey Brill. Alarga tu mano derecha.

El muchacho obedeció. Sus manos rozaron el borde de un cuenco y se deslizaron sobre algo frío y pegajoso.

—¡Come! —ordenó la voz, acompañada de risitas disimuladas.

—Pero si son gu… ¡gusanos! —protestó Joey, aterrado—. ¡No puedo comer eso!

—¡Debes comerlo!

Joey aparentó comer un poco y luego preguntó:

—Bueno. ¿Cuál es la próxima prueba?

—La mordedura de serpiente —dijo la voz hueca, mientras la barbilla de la calavera continuaba moviéndose arriba y abajo.

La voz ordenó a Joey que se dirigiese al centro del cuarto del sótano, donde, sobre una mesa, había una caja de cartón. Un chasquido y otro haz resplandeciente iluminó la caja.

—Está llena de peligrosas cobras y serpientes de cascabel —

informó la voz—. ¡Mete la mano y agárralas!

—¡Bah! No vais a engañarme —dijo Joey, y procurando permanecer tranquilo, se acercó a la caja. Vio que en la tapa había un agujero.

—¡Mete la mano! —ordenó la voz otra vez.

Armándose de todo su valor, Joey introdujo la mano en el agujero.

—¡Ayyy! ¡La serpiente me ha mordido! —gritó el chico, aterrado, y tras dar media vuelta, echó a correr hacia las escaleras. Estuvo a punto de caer, recobró el equilibrio y voló hacia la salida.

UN EXTRAÑO FORASTERO



La puerta vidriera se cerró con un gran golpe. De un solo salto, Joey Brill dejó atrás las escaleras del porche y huyó de casa de los Hollister con la velocidad de una gacela, seguido por Will Wilson.

Cuando estuvieron en la calle, los dos chicos se detuvieron para examinar la mano derecha de Joey. Un momento después reanudaban la carrera de huida.

La señora Hollister, al ver aquello, se asomó por las escaleras del sótano para preguntar:

—Pete, ¿qué le habéis hecho a Joey? Está muy pálido.

—Es que le ha mordido el pato de Jeff.

—Pues, por su manera de escapar de aquí, cualquiera diría que le ha mordido un áspid.

Los niños se echaron a reír y Da ve Meade dijo:

—No ha pasado la prueba. Por lo menos, no es miembro de nuestro Club de Detectives.

Al día siguiente, todos los niños de Shoreham se habían enterado del susto que había pasado Joey. Un chico de catorce años que se cruzó en la calle con el camorrista, sonrió, burlón, al tiempo que decía:

—¡Cuá, cuá!

—Tengo que ajustar cuentas con los Hollister —masculló Joey.

De todos modos, el chicarrón estuvo tan avergonzado que, durante un tiempo, no se acercó por la casa de los cinco hermanos.

Y sin las molestias de Joey, el Club de Detectives podía trabajar sin interrupciones.

Aquella tarde Pete, Pam, Ricky y Holly, acompañados por Jeff, Ann, Dave y Donna, fueron en sus bicicletas a la Casa Antigua.

La señora Neeley les dijo que podían registrar la casa, antes de que empezasen a llegar visitantes.

—Sí, señora Neeley —repuso Pam—. Lo haremos.

—Y, por favor, tened cuidado con mis antigüedades —les advirtió la gruesa ancianita, mientras los niños echaban a andar hacia la mansión.

—¿Os parece que las chicas miren dentro, mientras nosotros exploramos el exterior? —propuso Pete, cuando llegaron a la puerta principal—. Si os encontráis en algún apuro, sólo tenéis que chillar —añadió, mientras las niñas entraban en la Casa Antigua.

Luego Pete se volvió a Dave, Jeff y Ricky para decir:

—Nosotros podemos buscar huellas de pisadas.

Los cuatro dieron una vuelta alrededor de la casa de piedra. Pete separó los arbustos y examinó la tierra en la parte que quedaba debajo de los ventanas. No se veía indicio alguno de que hubiera estado alguien al pie de las ventanas.

Los chicos siguieron buscando, moviéndose alrededor de la casa en círculos cada vez más amplios y quedando cada vez más separados de la casa. Pero continuaron sin encontrar huellas de pies, ni cualquier otra pista.



Y al fin se encontraron en la orilla del lago.

—Ya no podemos ir más lejos —comentó Dave—. ¡Carambola, no hemos tenido suerte!

En vista del poco éxito, decidieron ir a reunirse con las niñas en la Casa Antigua. Ricky corrió delante de todos. Cuando llegaron a una esquina de la casa de piedra, el pecoso se detuvo en seco y levantó la mano derecha. Pete, Jeff y Dave se detuvieron junto a Ricky.

—¿Qué pasa? —preguntó Pete.

—Alguien nos está espiando.

—¿Dónde está? —preguntó Jeff, escudriñando la finca hasta la cerca de hierro.

—Allí. Bajo aquel árbol.

Ricky señalaba un gran abeto con algunas ramas tan bajas que casi tocaban el suelo. Pete pudo ver muy bien unos pantalones de hombre, pero el resto del cuerpo quedaba oculto entre el follaje.

—¿Creéis que nos está mirando? —preguntó Dave.

—Lo sabremos en seguida. Vamos —dijo Pete—. Seguidme.

Avanzando en fila de a uno, como los indios, los cuatro chicos retrocedieron hacia la orilla, hasta que quedaron ocultos en un trecho de arbustos; describieron un amplio, círculo hasta llegar a la cerca, y entonces caminaron siguiendo la dirección de la misma.

—Ahora andad en completo silencio —les advirtió Pete, y todos se arrastraron, sigilosos, hacia el abeto, sin dejarse ver desde el otro lado de los arbustos.

—Ahí está —dijo Pete.

Ahora el hombre quedaba completamente visible. Estaba mirando la entrada de la Casa Antigua. Tenía algo de papel en la palma de la mano y alternaba sus miradas entre el papel y la vieja mansión.

—¿Qué estará haciendo? —comentó Dave.

—¡Canastos! No es muy alto —dijo Ricky, en voz baja—. Vamos a detenerle. ¡Puede que sea el fantasma que estamos buscando!

—No tenemos motivos para detenerle —contestó, sensatamente, Pete—. No está haciendo nada ilegal.

Pete examinó al hombre atentamente, fijándose en todos los detalles. Era bajo y enjuto, con el cabello negro peinado con fijador. Tenía la nariz larga y afilada. Iba vestido con pantalones anchos y una camisa deportiva, con las mangas enrolladas, dejando al descubierto los brazos musculosos.

—Vamos a hacerle algunas preguntas —propuso Pete. Y, saliendo de la protección de los arbustos, llamó en dirección al hombre—. ¡Eh, oiga! Quisiera hablar un momento con usted.

El desconocido volvió la cabeza y su rostro reflejó gran sorpresa y preocupación. Sin decir una palabra, dio media vuelta, corrió a la cerca y la escaló con la agilidad de un gato.

—¡Canastos! Mirad cómo huye. Es el hombre que buscamos. ¡Seguro! —afirmó el pecoso.

Los chicos corrieron tras él, pero ni siquiera habían llegado a la cerca cuando oyeron el estruendo de una motocicleta y comprendieron que se les había escapado la caza.

Mientras regresaban a la vieja mansión, Dave dijo:

—Se porta como si estuviera intentando encontrar algo.

—Sí. Pero no parece malo. No debe de gustarle que le hagan preguntas —opinó Pete.

Los cuatro chicos decidieron mantener los ojos bien abiertos, por si volvían a ver al extraño forastero. Estaban casi en la entrada de la vieja mansión cuando vieron asomar por la puerta las trencitas de Holly, que les dijo a gritos:

—¡De prisa! Pam os necesita.

Al entrar, corriendo, Pete quedó asombrado de ver el gran salón en que se encontraba. Era casi del mismo ancho que la casa y tenía una gran galería en tres de las cuatro paredes.

Pete levantó la cabeza y pudo ver que Pam, Ann y Donna estaban mirando, boquiabiertas un viejo huso. Pete corrió escaleras arriba, para ir junto a las niñas. Ricky, Jeff y Dave le siguieron.

—¡Zambomba! Creí que os pasaba algo grave —dijo el rubio Pete, tranquilizado.

—La señora Neeley tenía razón —comentó Pam—. Mira este huso, Pete.

Su hermano lo miró. El huso se parecía a todos los husos que había visto otras veces. Pero, de repente, sonó un extraño zumbido y la rueda empezó a girar lentamente.

—¡Vaya! Mirad qué raro —exclamó Dave.

Los chicos se echaron al suelo, a cuatro pies, y examinaron atentamente el objeto antiguo. No se veía cable alguno, ni maquinarias ocultas que pudieran producir aquel movimiento.

—Puede ser que cuando los fantasmas tarareen una cancioncita el huso se ponga en movimiento —razonó Jeff, que estaba estremecido de emoción.

El zumbido cesó y el huso quedó inmóvil.

—¿Lo veis? Ya os lo decía yo. Esta casa está encantada.

—¿Dónde está Holly? —preguntó de repente, Pam.

Todos miraron a su alrededor. Holly había desaparecido.

Un momento después, desde lo alto sonó un grito, a continuación un estruendo incomprensible y varios golpes. Pam gritó:

—¡Holly! ¿Dónde estás?

Mientras decía esto, Pam corría hacia las escaleras que llevaban al piso alto. En seguida vio a la pequeña desplomada en mitad de

las escaleras. Tenía una estera medio enrollada en un hombro.

—Estaba explorando por ahí —explicó Holly—, y he resbalado.

—Esta casa me pone muy nerviosa —confesó Donna, mientras entre ella, Ann y Pam ayudaban a Holly a levantarse y colocaban la estera debidamente sobre los escalones.

Sonaron rumores en el piso bajo. Era que empezaban a llegar visitantes a la Casa Antigua. Cumpliendo la promesa hecha a la señora Neeley, todos los niños se marcharon a la casita del guarda. Después de contar a la ancianita lo que les había sucedido, le dieron las gracias y montaron en sus bicicletas. Estaban a punto de alejarse hacia su casa, cuando vieron que de la Casa Antigua salían, corriendo como gamos, dos señoras, con el rostro muy pálido y desencajado.

—¡Devuélvanos nuestro dinero! —pidió una de ellas—. Ese horrible huso que gira solo…

—Pobre señora Neeley —se compadeció Holly, entristecida, mientras pedaleaba—. Tenemos que ayudarle a resolver este misterio, Pete. Si no, la pobre va a quedarse sin nada de dinero.

Durante el camino, las niñas explicaron que también habían estado registrando el sótano.

—¿Y qué habéis encontrado? —preguntó el pecoso.

—Nada importante —fue la respuesta de Ann—. Hay varios cuartos. Uno tiene chimenea.

Jeff, Ann, Dave y Donna llegaron a sus casas antes que los Hollister. Los cuatro hermanos, con Pete cerrando la marcha, siguieron pedaleando hacia su casa.

Las niñas y Ricky corrieron a la casa, para contar su aventura, mientras Pete iba al garaje a dejar la bicicleta. De pronto, un movimiento que creyó notar en el camino llamó su atención. Y en seguida pudo distinguir a un hombre de poca estatura, que miraba hacia la casa de los Hollister.

¡Era la misma persona que huyó corriendo y escaló la cerca de hierro de la señora Neeley!

El hombre contemplaba algo que tenía en la mano y luego miraba hacia la casa. Sin hacer ruido, Pete volvió a montar en su bicicleta. Pedaleó hacia el camino y entonces gritó:

—¡Espere un momento! ¡Tengo que hablar con usted!

Sin hacer caso de sus palabras, el hombre echó a correr. Pete salió tras él; el hombre corría a una velocidad sorprendente. Atajando como pudo, cruzó la calle en diagonal y penetró en un solar desocupado. Pete se preguntó dónde tendría el hombre su motocicleta.

Zigazagueando, el desconocido penetró en un trecho boscoso.

—¡Deténgase! —gritó Pete.

El hombre se desvió hacia un árbol, esquivando perfectamente a su perseguidor. En un momento ganó terreno y desapareció, pero Pete continuó pedaleando, mirando sin cesar de uno a otro lado.

Súbitamente, el muchachito descubrió la moto apoyada en un gran peñasco. Pero, antes de que Pete hubiera podido detener su bicicleta, la rueda delantera chocó con una piedra y el chico salió disparado por encima del manillar, yendo a estrellarse de cabeza contra un árbol. Por un momento, todo se oscureció ante los ojos de Pete, que quedó tendido, inmóvil.



Al cabo de unos segundos parpadeó. Y al levantar la vista y mirar hacia las ramas del árbol, pensó:

«¿Estaré soñando?».

El fugitivo se aproximaba a él, por los aires, saltando de rama en rama. Hasta que se dejó caer al suelo junto al perplejo Pete.

UN NUEVO MISTERIO



Pete continuó tendido en tierra, mirando con incredulidad a aquel hombre enjuto, que se arrodilló a su lado, preguntando:

—¿Estás bien?

Pete hizo un esfuerzo para ponerse en pie y contestó con otra pregunta:

—¿Quién es usted? ¿Qué hace usted vigilando nuestra casa?

El hombre, que tenía una cara casi de niño, pareció quedar avergonzado y aturdido.

—Es una larga historia —dijo—, y confío en que me creas.

—Le escucho —repuso Pete—. Y quisiera hacerle algunas preguntas, señor…

—Me llamo Kerry «Volteretas» —explicó el forastero—. Soy acróbata y hago unos números en el espectáculo del Parque Municipal.

—Kerry «Volteretas» —repitió Pete—. Es un nombre raro. ¿Se lo han puesto porque da usted saltos y volteretas?

—Naturalmente. Pero no sé mi nombre verdadero. Por eso hago esas cosas que tan misteriosas te parecen.

Pete se sacudió la ropa, levantó del suelo la bicicleta y la apoyó

en el árbol. Entre tanto, Kerry «Volteretas» sacó una pequeña fotografía de su bolsillo.

—Estoy intentando resolver un misterio —dijo, tendiendo la fotografía a Pete.



En la copia fotográfica se veía a una niña, que tendría la edad de Holly, pero iba vestida a la antigua. Estaba junto al umbral, muy ornamentado, de una vieja casa. Junto a la puerta había un limpiabarros, en forma de un elefante con el lomo aplastado.

Pete miró atentamente la fotografía. Parecía haber sido sacada de otra más grande.

—¿Quién es? —preguntó Pete.

—Esa niña era mi madre —fue la contestación del acróbata—. Estoy buscando la pista de mi familia.

—¿Su familia? —preguntó Pete, atónito.

—Ya sé que te parecerá muy raro —dijo Kerry «Volteretas»—. Pero la verdad es que yo no sé quién soy. ¿Te gustaría a ti esa situación?

Pete movió de un lado a otro la cabeza. A él le gustaba saber que era Pete Hollister, y así se lo dijo al acróbata.

—A lo mejor yo puedo ayudarle —se ofreció Pete—. A mi familia le gusta resolver misterios.

—¡Magnífico! —repuso Kerry—. Te lo contaré todo.

Pete y el equilibrista se sentaron en el césped, bajo el árbol. Y, a continuación, Kerry «Volteretas» explicó la más extraña historia que oyera nunca Pete.

Los recuerdos más lejanos del acróbata se remontaban a la época en que tenía cuatro años. El pequeño viajaba con sus padres por las ciudades de Europa, realizando un número de acrobacia.

—Nos conocían por el nombre de «Los Tres Volteretas» —siguió diciendo Kerry—. Mi padre procedía de Suecia, y mi madre era americana. Pero ninguno de ellos me dijo nunca cuál era nuestro verdadero nombre, ni me contó nada relativo a nuestra familia.

—¿Por qué? —preguntó Pete.

—No lo sé. —Y al decir esto Kerry movió tristemente la cabeza —. Puede que se avergonzaran de algo de nuestro pasado. Mi padre murió cuando yo tenía dieciséis años y mi madre se puso enferma poco después.

Pete había quedado fascinado por aquella rara historia.

—Pero, todo eso, ¿qué tiene que ver con que usted ande vigilando nuestra casa y la de la señora Neeley?

Kerry dejó escapar un suspiro y siguió diciendo:

—Antes de morir, mi madre me puso en las manos esta fotografía, diciéndome que había sido tomada en Shoreham. Me prometió contarme todo el misterio sobre mi familia al día siguiente. Pero ese día siguiente ya fue demasiado tarde.

—Lo siento —murmuró Pete.

—Eso fue hace mucho tiempo —replicó Kerry—. Yo continué trabajando como equilibrista y viajé por todo el mundo. Cuando llegué a Shoreham, la semana pasada, me decidí a averiguar quién soy.

—¡Ya entiendo! —exclamó Pete—. Usted está buscando todas las

casas viejas con una entrada especial.

—Sí —respondió Kerry—. Si, al menos, pudiera encontrar la casa en que vivió mi madre, podría averiguar algo de ella.

—Dios quiera que lo averigüe —dijo Pete.

El acróbata dijo a Pete que, en las horas que le dejaba libre su trabajo en el Parque Municipal, había estado inspeccionando, por fuera, varias casas antiguas de Shoreham, pero en ninguna parte encontró la entrada ornamental.

—¿Has visto tú por aquí alguna entrada como ésta?

Pete estudió la fotografía con todo interés. En la parte inferior había un peldaño de piedra, sobre el cual se encontraba la niña. En el umbral podía verse una arcada decorada con una cabeza de águila.

—No. Nunca he visto nada igual —confesó Pete—. La verdad, es una decoración muy rara.

—Por eso creí yo que iba a ser fácil de localizar.

—Pero ¿por qué huyó usted de nosotros? —preguntó Pete, con extrañeza.

A esto contestó Kerry que él era una persona tímida y no le gustaba que los demás supiesen lo que hacía.

—Tuve miedo de que la gente se riera de mí, si llegaba a saber que yo andaba buscando entradas antiguas —dijo el acróbata, mirando a Pete fijamente a los ojos.

—Permita usted que nosotros le ayudemos —dijo Pete, que luego habló a Kerry del Club de Detectives de Shoreham.

Además le preguntó si le importaba dejarle la fotografía para que hicieran varias copias: una para cada miembro del club.

—Así todos podríamos buscar esa puerta antigua.

Al principio Kerry pareció tener pocos deseos de desprenderse de tan importante pista, pero acabó diciendo:

—Sé que puedo confiar en ti, Pete. Pero ten mucho cuidado. Si pierdes esa foto, posiblemente nunca llegaré a saber quién soy.

Pete prometió cuidar con especial atención aquella fotografía. Antes de separarse de Pete, Kerry dijo que estaba hospedado en el Motel Lago, cerca del Parque Municipal.

—Le informaré de lo que averigüemos —prometió Pete—. Y usted, cuando venga a la ciudad, no deje de pasar a vernos.

El acróbata se alejó en su motocicleta y Pete volvió a casa en la bicicleta.

A la hora de cenar, todos comentaron la extraña historia de Kerry «Volteretas».

—Veo que el Club de Detectives tiene abundancia de misterios que resolver —comentó la señora Hollister.

—Tienes razón —contestó Pam—. A mí me gustaría poder ayudar al señor «Volteretas».

—Podríamos ir al Parque a verle actuar —propuso, en seguida Ricky.

Pero se decidió que antes convenía celebrar otra reunión del Club.

Se convocó la reunión para el día siguiente por la mañana, en el cuarto del sótano reservado al Club. Todo el mundo demostró mucho interés por encontrar la puerta antigua.

—En vista de que tenemos dos misterios que resolver, yo propongo que los miembros más pequeños de nuestro Club se ocupen del caso de Kerry «Volteretas».

Ricky, Holly, Donna y Jeff se miraron entre sí, muy emocionados. Holly exclamó:

—Nos gusta mucho eso. ¿Qué es lo primero que podemos hacer, Pete?

—Encargar copias de esa fotografía —contestó el hermano mayor, entregando la fotografía a Holly—. Podéis ir al fotógrafo que está cerca de la tienda de papá.

Mientras los demás quedaban hablando sobre el misterio de la Casa Encantada, Ricky, Holly, Donna y Jeff fueron a buscar sus bicicletas para ir a la ciudad.

La tienda de fotografía, de la que era propietario el señor Akers, estaba un poco más abajo que el Centro Comercial. Los cuatro niños entraron en el callejón lateral de la tienda del señor Hollister y aparcaron sus bicicletas en la parte posterior del Centro Comercial. Desde allí fueron a pie al fotógrafo.

Al pasar ante el escaparate, Jeff se detuvo a mirar los objetos expuestos.

—Qué cámaras tan buenas —comentó, admirado.

—Si quieres, puedes quedarte mirándolas. Nosotros entraremos

—dijo Holly.

El señor Akers, un hombre que tendría la edad del señor Hollister, miró la fotografía que le entregó Holly.



—¿Y dices que necesitáis una copia de esto? —preguntó.

—Una, no. Ocho, si puede ser —contestó Holly.

El señor Akers movió de un lado a otro la cabeza, pensativo, mientras sonreía al grupo de niños.

—¿Se trata de otro misterio que estáis resolviendo?

—Preferiríamos no decirlo —murmuró Holly.

—Porque es un secreto —añadió Donna.

Y Ricky exclamó con orgullo:

—De nuestro Club de Detectives. Por eso no podemos decírselo, señor Akers.

—Comprendo —contestó el fotógrafo—. Tendréis esas copias dentro de un par de días.

Los niños dieron las gracias y salieron de la tienda. Jeff estaba esperándoles, con las manos en los bolsillos, mientras observaba a Joey Brill, que marchaba calle abajo.

—¿Te ha molestado? —le preguntó Ricky.

—No. Os ha visto entrar en la tienda y me preguntó a qué ibais.

—No se lo habrás dicho, ¿verdad? —preguntó Holly.

Jeff miró a sus amigos con algo de apuro.

—Pues… Sí. Le he dicho un poquito. No creí que fuese nada malo.

—¡No tenías que decírselo! —protestó Holly—. Los buenos detectives se guardan sus secretos.

—¡Merengues! Bueno… Lo siento mucho —se disculpó, inmediatamente, Jeff—. Pero es que Joey estaba tan amable hoy…

—Siempre es amable cuando trama algo gordo —dijo Ricky, sentencioso.

—No lo haré nunca más —prometió Jeff, que se despidió de sus amigos y se fue a su casa porque tenía que hacerle un recado a su madre.

Cuando se despidió Donna, que quería ir a la tienda de refrescos, Ricky y Holly fueron a la tienda de su padre. Al entrar ellos, el señor Hollister avanzó por uno de los pasillos de su moderno establecimiento, para acudir a recibirles.

—Confiaba en que alguno de vosotros pasase por aquí —dijo, rodeando con sus brazos a Ricky y Holly—. Tengo que hacer un recado en el banco y necesito que, entre tanto, alguien me cuide la tienda.

—¡Canastos! Nos gustará mucho quedarnos —afirmó el pecoso.

Cuando estuvieron solos, él y Holly estuvieron contemplando con orgullo la sección de ferretería, los juguetes y los artículos deportivos.

—Cuando sea mayor, tendré una tienda igual que ésta —anunció Ricky.

Pero Holly le atajó, advirtiendo:

—Ahí llega un cliente.

Por la puerta apareció un hombre bajo, de cabello negro.

—¿Puedo servirle en algo, señor? —preguntó el chico, imitando a su padre.

El hombre miró a Ricky y dijo:

—Te pareces mucho a Pete Hollister. Debes de ser su hermano.

—Y yo soy su hermana —informó Holly, aproximándose.

—Yo soy Kerry «Volteretas» y querría…

—¡Kerry «Volteretas»! —exclamaron, a una, los dos hermanos.

—Nuestro Club de Detectives está intentando resolver su misterio —dijo Ricky, muy emocionado.

—Gracias —contestó el acróbata—. ¿Tendríais aquí…?

—Debe de ser estupendo ser un artista de circo y viajar por todo el mundo —dijo Holly.

Y Ricky, sonriente, añadió:

—Iremos a verle actuar. —Luego se puso muy serio para cumplir con su trabajo de dependiente—. Pero todavía no nos ha dicho usted lo que desea, señor «Volteretas».

El acróbata contuvo la risa, para no tener que decirle que habían sido él y su hermana quienes no le habían dejado hablar, y explicó:

—Querría unos metros de cuerda.

—¿Cuerda? ¡Humm! ¿Es para una vela, para un lazo o para…?

—¿Para jugar a la comba? —apuntó Holly.

—No. Es para mi número de circo. Necesito cuerda nueva para mis aros saltarines. ¿Tenéis buena cuerda de cáñamo?

La verdad era que Ricky no sabía nada de tales cuerdas, pero llevó a Kerry «Volteretas» a la trastienda, donde su padre tenía almacenados grandes rollos de cuerda, ovillados en grandes husos de madera.

—Ésta es la que necesito —dijo el artista, eligiendo una.

—¿Qué cantidad? —preguntó Ricky.

—Diez metros.

Entre los dos hermanos midieron la cantidad deseada y luego Ricky se ocupó de cortarla con unas enormes tijeras.

Como en el huso de cada ovillo llevaba anotado el precio de la cuerda correspondiente, Kerry «Volteretas» no tuvo dificultad en calcular el precio de lo que había comprado, y pagarlo.



Cuando el artista se marchó, Ricky propuso:

—¿Por qué no tomamos un poco de cuerda y hacemos una especie de trapecio?

—Es que no tenemos ninguna argolla de las que usan en el circo —objetó Holly.

—Podemos hacer una con el extremo de la cuerda —replicó el pecoso—. Vamos.

Ricky cortó un gran trozo de cuerda. Se subió a una escalera portátil, y ató un extremo a una tubería que pasaba por el techo del Centro Comercial. Holly le ayudó a hacer una gaza en el otro extremo de la cuerda. Entonces el pequeño se cogió a la gaza con ambas manos y se balanceó de un extremo a otro.

—¡Ja, ja! ¡Soy acróbata! —gritaba.

—Ahora, déjame probar a mí —pidió Holly.

Cuando su hermana hubo hecho unos cuantos ejercicios, el pecoso anunció:

—Tengo una idea aún más buena.

—¿Qué es? —quiso saber Holly.

—Ya te lo enseñaré —contestó Ricky, subiendo otra vez a la escalera. Esta vez pasó un pie por la gaza de la cuerda y, tomando dicha cuerda con ambas manos, se balanceó una y otra vez por encima de los mostradores.

Pero, de pronto, el pequeño dio un grito. Se le habían soltado las manos de la cuerda y se encontró en el aire, colgado por una pierna.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó Holly, corriendo a la parte delantera de la tienda, donde estuvo a punto de tener un fuerte encontronazo con su padre, que entraba en aquel momento.

—¡Ricky está colgado! —dijo Holly, sin dejar de gritar.

El señor Hollister acudió rápidamente a donde estaba su hijo, que parecía un muñeco de trapo, colgado del techo. Subió a la escalera, aflojó inmediatamente el nudo y dejó libre a su hijo.

—No es posible que vendas nada estando cabeza abajo, Ricky —dijo el señor Hollister—. ¿Qué clase de dependiente eres?

El pequeño sonrió, avergonzado, dijo que lo sentía mucho y luego informó a su padre de la venta que había hecho a Kerry «Volteretas».

—Muy bien, «Acróbata Ricky» —dijo el padre, con un guiño—. Ahora puedes irte a casa y dar volteretas por el césped.

El señor Hollister despidió a los dos pequeños con un beso.

Pasaban los dos hermanos por una calle sombría, cercana ya a su casa, cuando vieron delante a un niño que caminaba por el bordillo. De repente, como brotando de la nada, ante ellos pasó Joey Brill, en bicicleta, veloz como un rayo.

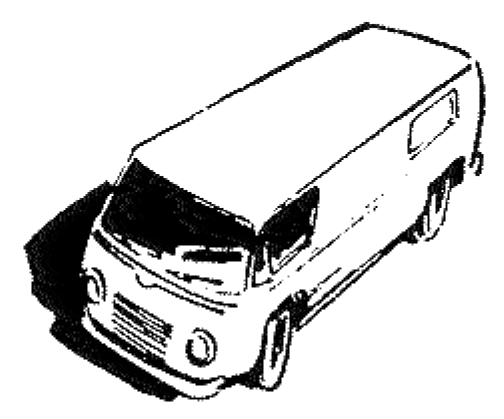
—¡Ding, ding, vía libre! —gritó el chicazo.

El niño desconocido siguió su camino sin volver la cabeza.

—¡Zopenco! —gritó el camorrista.

En ese momento, la parte delantera de su bicicleta chocó con el chico de delante, que cayó al suelo de cabeza.

EL ALFABETO DE LOS DEDOS



Holly y Ricky acudieron junto al niño caído en tierra. Cuando le ayudaron a levantarse, vieron que tenía el codo herido y sangrante.

Entre tanto, Joey había dado la vuelta, en su bicicleta, para contemplar los resultados en su diablura.

—¡Eres malísimo! —le reprendió Holly.

—¿Por qué lo has hecho, Joey? —gritó Ricky, indignado—. Él no te molestaba.

El desconocido, de unos doce años, era delgado y tenía el cabello y los ojos castaños. Miró a Holly y Ricky, pero sin decir nada. Joey hizo una mueca, y explicó:

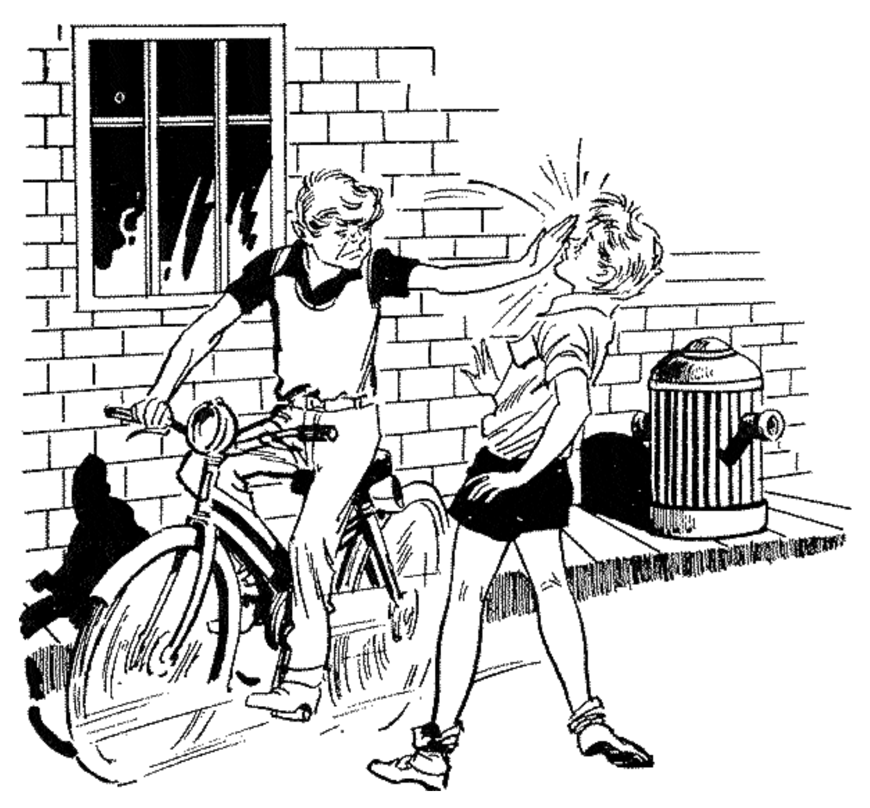
—Es un chico nuevo en la ciudad. ¡Tengo que enseñarle quién manda aquí!

—¡No tenías que haberle hecho caer! —le reconvino Ricky.

—Ya le avisé. ¿Qué más quiere?

—Eres un borrico y se lo voy a decir todo a Pete —chilló Ricky, sacudiendo los puños con indignación.

Joey pedaleó hasta llegar junto al pelirrojo, le dio una bofetada y volvió a pedalear, rápidamente, hasta desaparecer calle abajo.



—Está rabioso porque no ha podido entrar en nuestro Club de Detectives —explicó Holly al muchachito desconocido.

Por primera vez se dio cuenta la niña de que el chico la miraba muy atentamente, mientras ella hablaba.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Ricky.

El desconocido abrió la boca, pero sólo emitió unos sonidos guturales.

—No te entiendo —le dijo Holly.

El chico repitió las palabras, que todavía no fueron muy claras. Por fin, sacando un lápiz y papel de su bolsillo, escribió.

«Me llamo Charles Belden. Soy sordo».

Ricky y Holly quedaron atónitos. No era extraño, en tal caso, que el chico no se hubiera apartado para dejar paso a Joey. ¡No le había oído aproximarse!

—Cuánto lo siento —dijo Holly—. ¿Entiendes lo que te digo?

Los dos hermanos escucharon con muchísima atención la

respuesta de Charles. Las palabras seguían teniendo un tono destemplado y poco claro, pero se comprendía.

—Sí —dijo el chico—, porque leo en vuestros labios.

—Ven con nosotros, que te curaremos el codo —ofreció Holly.

Charles dijo que sí con la cabeza y echó a andar en compañía de sus nuevos amigos. Al ver la casa de los Hollister, abrió de par en par los ojos, demostrando entusiasmo. Pete y Pam estaban a la sombra del garaje, dando una capa de pintura blanca a dos sillas del jardín. Holly y Ricky dejaron sus bicicletas en el camino del jardín y se apresuraron a presentar a su nuevo amigo.

—Hola —saludó Charles, con su voz de extraño sonido.

—Sentimos mucho que te hayas hecho daño —le dijo Pam—. Entra en casa, que entre mamá y yo te curaremos.

Pete y Pam dejaron las brochas, se quitaron los guantes de pintar y condujeron a Charles a la sala. Allí estaba la señora Hollister, regando una jarrita con violetas, mientras Sue jugaba en el suelo con su muñeca. La madre dejó inmediatamente el jarro de cobre con que estaba echando el agua y fue a examinar la herida del muchacho.

Todavía estaban los mayores haciendo las presentaciones, y ya la señora Hollister, seguida de Sue, llevaba a Charles al cuarto de baño, donde le lavó la herida, se la desinfectó con antiséptico y se la vendó. Terminada la cura, fueron todos al porche y se sentaron, a charlar un rato.

—¿Dónde vives? —preguntó la señora Hollister a Charles.

—Y ¿de dónde habéis venido? —indagó Ricky.

—¿Cuánto tiempo hace que estás sordo? —preguntó Holly.

—Por Dios, hijos —intervino la madre—. Charles no puede leer los labios de todos a un tiempo.

El niño sordo sacó papel y lápiz de su bolsillo y empezó a escribir con todo esmero. Al terminar, entregó la nota a la señora Hollister, sonriéndole. Así, todos se enteraron de que Charles procedía de la capital, donde vivía con sus padres y su abuelo. Estaba pasando el verano en la granja de los Johnson, y ayudaba al granjero quien, a cambio, le permitía pasar en su casa unas vacaciones gratuitas. Charles había nacido ya sordo e iba a una escuela para sordomudos, en la capital.

Los Hollister sabían que el señor Johnson tenía una granja en las proximidades de Shoreham. Allí cultivaba hortalizas y criaba unas pocas cabras.

Charles había ido aquel día a visitar Shoreham y ya volvía a casa de los Johnson, cuando la bicicleta de Joey le hizo caer.

Los Hollister no habían conocido, hasta entonces, un niño sordo. Charles iba mirándoles a la cara, a uno tras otro, mientras los hermanos hablaban. Sonriendo se dirigió a Pam para decirle:

—A ti te entiendo mejor que a los otros.

Pam se alegró mucho de saber que era capaz de hacerse comprender bien. Mientras los demás hacían movimientos exagerados con los labios y las manos, Pam hablaba lentamente y con toda naturalidad.

La señora Hollister invitó a Charles a que comiera con ellos. Cuando él contestó risueño, diciendo que sí, Holly fue a añadir un cubierto más en la mesa y Pam se ofreció para telefonear a la esposa del granjero, diciéndole dónde estaba Charles.

Al muchacho le gustó mucho la comida, consistente en bocadillos, limonada y pastel de chocolate. Al acabar de comer, ya todos los Hollister empezaban a entender el modo de hablar de Charles. Los cinco hermanos se entristecieron cuando su invitado dijo, lentamente:

—Tengo que irme.

—Vuelve pronto —le invitó la señora Hollister.

—¿No podría ser mañana? —sugirió Pam—. Podríamos hacer una comida campestre, después de ir a la iglesia.

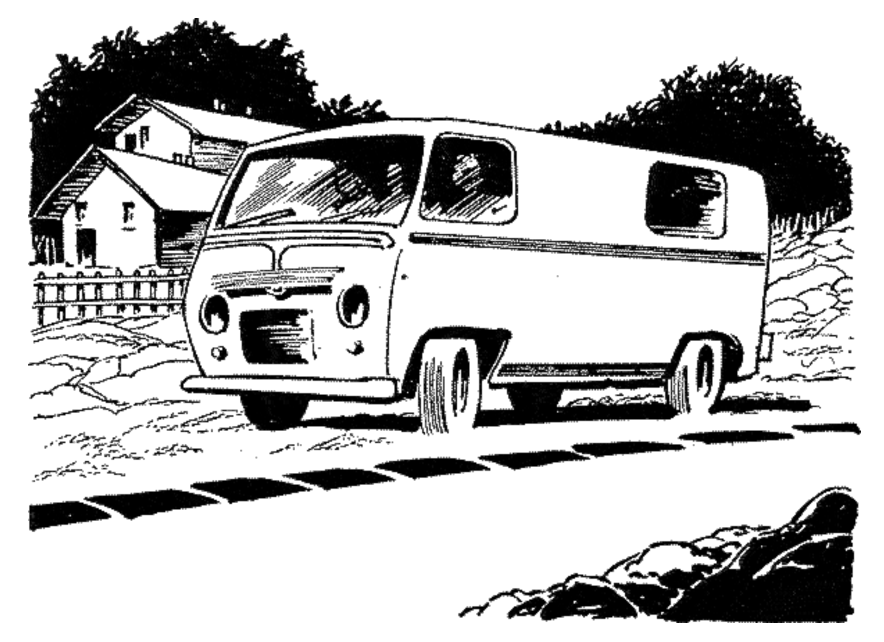
—¡Zambomba! Nos divertiríamos de verdad —exclamó Pete—. ¿Y si invitásemos, también, a Kerry «Volteretas»?

—Me parece magnífico —declaró la señora Hollister—. Charles, yo te llevaré a tu casa. Vamos.

Aquella misma mañana, el señor Hollister se había llevado al Centro Comercial la camioneta de reparto, dejando en el camino del jardín la furgoneta. Todos subieron al vehículo, mientras Sue repetía una y otra vez que ella se sentaría junto a Charles.

Se pusieron en marcha hacia la granja de los Johnson y, cuando llegaron, Pam escribió una nota, para estar segura que Charles entendía bien. La nota decía: «Vendremos a buscarte mañana a la

una».



A Charles se le alegró el rostro. Cabeceó vigorosamente y dijo, con su voz extraña:

—Gracias. Adiós. Adiós.

—Qué pena me da Charles —dijo, condolida, Pam, cuando volvían a casa.

—Es un chico despabilado y afable —replicó la señora Hollister —. Lee muy bien en los labios y será una persona útil y sensata, a pesar de su desgracia.

Ricky, exclamó, en seguida:

—¡Canastos! Mucho mejor que Joey Brill.

—Joey no pudo darse cuenta de que ese niño es sordo —repuso la madre, deteniendo la furgoneta en el jardín—. Estoy segura de que lamentará lo que hizo, cuando se entere.

Al salir de la furgoneta, Pam oyó sonar el teléfono y corrió a contestar. Quien llamaba era la señora Neeley.

—¿Está Pam? —preguntó.

—Sí. Soy yo.

—¡Gracias, hijitos! ¡Muchas gracias! —dijo la anciana.

—Pero… ¿Qué hemos hecho? —preguntó Pam.

—Habéis librado mi casa del fantasma. Nada menos que eso.

La señora Neeley añadió que ya no sonaban quejidos ni ruidos misteriosos en la vieja mansión. Incluso el huso se portaba debidamente y los visitantes no tenían queja de nada. La señora concluyó con estas palabras:

—Venid mañana a verme y os daré, a vosotros y a vuestro Club, una recompensa por vuestros servicios.

Pam colgó el teléfono, muda de sorpresa. ¿Se había resuelto el misterio? ¿Tan fácilmente? Pero ¿qué habían hecho ellos para echar al fantasma? Si algún intruso misterioso era el responsable de los extraños ruidos y demás misterios, ¿por qué se había marchado tan repentinamente?

Cuando Pam habló con Pete de la llamada de la señora Neeley, el chico se rascó la cabeza con incredulidad.

—Yo creo que el fantasma guarda silencio, por alguna razón especial. Ya verás como volverá a hablarse de él.

—Pero si la Casa Antigua ya no tiene conflictos, tendremos más tiempo para ocuparnos del misterio de Kerry «Volteretas».

—Vamos a telefonearle ahora mismo, para invitarle a que venga con nosotros y con Charles mañana —dijo Pete.

Encontraron a Kerry en el Motel del Lago. Dijo que tenía que actuar al día siguiente a las cuatro, pero que estaría encantado de encontrarse con los niños al salir de la iglesia.

Al día siguiente a la una en punto, la señora Hollister y los niños llegaban a la granja de los Johnson, para recoger a Charles Belden. El chico llevaba unos pantalones recién lavados, camisa planchada y el cabello bien peinado.

—Ya se nota que es domingo —dijo Ricky, mientras el muchachito sordo entraba en el coche.

Al llegar a casa encontraron la motocicleta de Kerry «Volteretas» detenida junto al garaje. El acróbata se encontraba en el porche, hablando con el señor Hollister. En cuanto toda la familia subió los peldaños del porche, se hicieron las presentaciones de los dos invitados.

—Charles es sordo —explicó Pam—, pero puede leer las

palabras en los labios.

El acróbata estrechó la mano del sordomudo y explicó:

—Una vez trabajé con un artista de circo sordo, pero él siempre veía cosas que los demás no advertíamos. Por eso las personas carentes de oído adquieren una excelente vista.

Sonriendo a Charles, Kerry empezó a hacer rápidos movimientos con su puño y dedos de la mano derecha. El chico, encantado, empezó a hacer señas también. Advirtiendo los rostros de sorpresa de los Hollister, Kerry dijo:

—Estamos hablando con el alfabeto de los dedos. Lo aprendí hace años.

Añadió que en muchas escuelas para sordomudos sólo se enseña a leer en los labios.

—Pero son muchos los sordos, de doce años en adelante, que aprenden el lenguaje de las señas, o el alfabeto de los dedos.

—¡Zambomba! Eso es, precisamente, lo que nosotros buscábamos.

—¿Estás pensando en un lenguaje secreto para nuestro Club? —preguntó Pam, entusiasmada.

—Claro que sí —repuso el hermano mayor—. Podríamos hablar sin hacer ningún sonido.

Pam se volvió a Charles para preguntar:

—¿Querrás enseñarnos el alfabeto de los dedos?

Cuando el muchachito contestó que lo haría, Pete abrió la marcha hacia su dormitorio, seguido de los demás niños y de Kerry. Dieron a Charles una cartulina blanca, pluma y tinta. El sordomudo se sentó ante el escritorio y empezó a dibujar con gran esmero varias manos con los dedos en diferentes posiciones; cada una de las manos representaba una letra del alfabeto. Pete y Pam observaban, en silencio.

Cuando Ricky empezó a moverse, Kerry «Volteretas» se dirigió a él, Holly y Sue para proponer:

—¿Os gustaría aprender algunas volteretas especiales?

Los cuatro corrieron al jardín y allí Ricky pidió:

—Enséñeme, primero, alguna acrobacia suya.



El artista se echó a tierra, quedando con los pies en el aire apoyándose en las manos, y luego dio varias volteretas hacia delante y hacia atrás. La chiquitina Sue aplaudía más sonoramente que nadie y gritaba entusiasmada.

—¡Huuy! ¡Si eres un hombre «volvido» del revés! —decía.

Mientras el padre y la madre de los Hollister estaban atareados en la cocina, Kerry enseñó a los pequeños a rodar por el suelo igual que si fuesen ruedas. Muy pronto, Ricky, Holly y Sue estuvieron haciendo repetidamente sobre el césped todo lo que el acróbata les había enseñado.

—Sois unos buenos acróbatas —declaró Kerry—. Y ahora, ¿qué os parece si construimos un castillo?

Los niños cabecearon, diciendo que sí con entusiasmo, y el

artista añadió:

—Es difícil, pero creo que podremos hacerlo.

Kerry se puso en cuclillas y dijo a Ricky y a Holly que subieran cada uno a uno de sus hombros.

—Guardad el equilibrio —dijo, al notar que los dos hermanos se tambaleaban—. Eso es. Ahora, quietos. Ven aquí, Sue.

Kerry alargó los brazos y levantó en vilo a la chiquitina.

—Ahora —dijo el artista, hablando lentamente y mirando a derecha e izquierda—, Sue se apoyará sobre vuestros hombros.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¿Podrá usted solo sostenernos a los tres?

Sin contestar, Kerry levantó a Sue por encima de su cabeza y Ricky y Holly ayudaron a que la pequeña se apoyase en sus hombros. Entonces, lentamente y con mucha precaución, Kerry fue poniéndose en pie, elevando a todos hacia el cielo.

Aunque estaba un poco asustada, la pequeñita Sue sacó fuerzas de flaqueza para sonreír. Pero al sonreír perdió el equilibrio. Sus dos hermanos intentaron ayudarla a mantenerse erguida, pero la pobre Sue se tambaleaba a derecha e izquierda. De repente se inclinó hacia delante y cayó hacia el césped.

EL AVISO DE «ZIP»



Kerry «Volteretas» se inclinó hacia delante, mientras Ricky y Holly saltaban al suelo, desde sus hombros. Agarró a Sue cuando aún la niña estaba flotando en el aire y, después de hacerla girar un par de veces, la dejó sentada en la hierba.

—¡Qué «divirtido»! —exclamó la pequeñita—. Vamos a hacerlo otra vez.

Pero el acróbata consideró preferible que Ricky y Holly hiciesen prácticas de sostenerse sobre sus hombros, antes de probar a hacer otra pirámide con la pequeña.

Aquel ejercicio le gustó especialmente a Ricky, y subió inmediatamente a los hombros de Kerry. El pelirrojo guardaba tan bien el equilibrio, que el artista pudo echar a andar tranquilamente, sin siquiera sujetar al pequeño por los tobillos.

—Tú te desenvolverías bien en un circo —dijo el acróbata al pelirrojo.

Acababan de dejar sus prácticas de volteretas, cuando vieron a Pam, Pete y Charles salir de la casa. Los dos hermanos mayores llevaban una cartulina blanca en la mano y hacían señas para que los pequeños se acercasen.

—¡Ya tenemos nuestra clave secreta! ¡Mirad!

Cuando todos estuvieron reunidos, Kerry dijo:

—Charles es muy buen dibujante. Ha dibujado perfectamente el alfabeto de los dedos.

El acróbata explicó a los Hollister que aquel método de comunicación para sordos había sido inventado en París, en el siglo diecisiete.

—¿También se puede hablar francés, así? —preguntó Ricky, atónito.

—Sí. Cualquier idioma —contestó Kerry, con una risilla—. Con tal que sepas deletrearlo bien…

—Éste es un buen proyecto para nuestro Club de Detectives —dijo Pam—. ¡Cuánto podremos divertirnos aprendiendo idiomas por signos!

En aquel momento, desde el interior de la casa la señora Hollister llamó a los niños.

—Entre papá y yo hemos preparado una merienda que nos comeremos en el Parque Municipal —dijo—. Todo está sobre la mesa de la cocina, a punto de que vosotros lo llevéis al coche.

Pete cargó con una gran cesta de mimbre, llena de bocadillos. Charles agarró un enorme termo. Pam marchó tras él, revisando la cartulina con el alfabeto de las manos. Cuando la niña compuso la palabra «merienda», Charles sonrió y se pasó la lengua por los labios.

Sue se sentó delante, con sus padres. Kerry, Pete, Pam y Charles se acomodaron en el asiento inmediato, mientras Ricky y Holly corrían a ocupar el asiento del fondo. Aún no habían tenido tiempo de cerrar la portezuela cuando «Zip», el hermoso perro pastor, saltó al vehículo, junto a los dos niños.

—Vamos a llevarle —propuso Holly—. Así se divertirá.

—De acuerdo —replicó el padre—. Pero no podemos permitir que «Zip» entre en el parque.

—Es igual —declaró Sue—. «Zip» puede cuidarnos el coche.

El trayecto hasta el Parque Municipal fue corto y agradable. Pasaron por delante de la finca de la señora Neeley y, durante varios kilómetros, siguieron el camino por la orilla del lago.

Luego penetraron en una zona rural y, a los pocos minutos, el

señor Hollister conducía la furgoneta a través de una verja. Un letrero colocado a un lado decía: Parque Municipal de Shoreham. Meriendas y Atracciones.

Aunque los Hollister habían estado allí otras muchas veces, la idea de hacer una comida al aire libre y dar una vuelta en el tiovivo de alegre colorido, siempre les entusiasmaba.

En esta ocasión, una compañía circense, en la que se incluía Kerry «Volteretas», aumentaba el número de atracciones. Los artistas hacían sus números bajo una pequeña tienda de lona, situada cerca del carrusel.

El señor Hollister llevó la furgoneta hacia un paraje boscoso y se detuvieron al lado de una mesa campestre, junto a la que había un trecho adecuado para encender fuego.

—No hay más que un breve paseo desde aquí a la zona de las atracciones —dijo.

Cuando todos hubieron salido, Pete subió los cristales de las ventanillas casi hasta el final. «Zip», obediente, se quedó en el vehículo. Las niñas prepararon inmediatamente la mesa, mientras los chicos encendían una hoguera y colocaban unas sabrosas hamburguesas.

Mientras comían, los niños se fueron turnando en la práctica de formar palabras con el alfabeto de los dedos.

Cuando Ricky deletreó la palabra «abujero» todos se echaron a reír y le aconsejaron que tuviera más cuidado al deletrear.

Después de aquella alegre merienda, Kerry se disculpó, diciendo que tenía que prepararse para su número.

—Os veré de aquí a un rato —dijo, y despidiéndose con la mano, se alejó por el sendero que conducía hasta la tienda de circo.

Rápidamente quedó recogido todo lo de la mesa, se extinguió el fuego y los utensilios de la merienda campestre fueron llevados a la furgoneta.

—Creo que es ya hora de que deis una vuelta en el tiovivo —dijo la señora Hollister—; antes de que sean las cuatro y Kerry empiece su actuación.

Pete se adelantó a comprar las entradas y poco después los seis niños se encontraban sentados en los animales de vistosos colores, que subían y bajaban repetidamente. Cuando el carrusel redujo la

marcha, todos saltaron al suelo y corrieron hacia la tienda de lona.

Un altavoz anunció:

—Todo el mundo está invitado a ver al mayor acróbata y trapecista del mundo: Kerry «Volteretas» y su compañía.

—Yo no sabía que Kerry tenía una compañía —dijo Ricky.

—Se refieren a los hombres que trabajan con él —explicó Pam, después que compraron las entradas y cruzaron el pasillo hasta la tienda de lona de colorines.



Buscaron sus asientos y esperaron. A los pocos momentos cesó el zumbido de las conversaciones, porque Kerry «Volteretas», luciendo unos calzones de brillante color rojo, salió al centro de la pista. Con

él aparecieron otros cuatro artistas.

Primero dieron saltos y volteretas, alternados en rápida sucesión con momentos en que se sostenían sobre las manos, cabeza abajo. Los espectadores palmotearon y dieron gritos de aliento a los artistas.

Después se desataron aros y trapecios que pendieron del techo. Kerry «Volteretas» dio un salto hasta agarrarse a una barra de trapecio. ¡Con qué gracia y agilidad iba y venía por los aires!

Luego ejecutó un doble salto en el aire, para ir a agarrarse a otro oscilante trapecio. Mientras los espectadores lo contemplaban con admiración, Pam oyó a «Zip» ladrar a lo lejos. El perro parecía estar frenético.

—Debe de ocurrir algo —susurró Pam a Pete, mientras los ladridos quedaban apagados por un ensordecedor estruendo de aplausos. Entonces la niña se inclinó hacia su madre y murmuró—: Discúlpanos, mamá.

Al ver que los dos hermanos se levantaban, Charles fue con ellos. Ricky Holly y Sue estaban tan abstraídos, viendo los números de circo, que no se dieron ni cuenta de que los mayores salían.

Pete y los otros dos se alejaron del escenario. Una vez fuera de la tienda, volvieron a oír los apremiantes ladridos de «Zip». Pete y Pam corrieron como locos por el sendero, bordeado de boscaje, seguidos de cerca por Charles.

Cuando llegaron a la furgoneta no pudieron ver otra cosa más que al hermoso perro ladrando y aullando.

—¿Qué te pasa, chico? —le preguntó Pete.

Y cuando Pete entreabrió la portezuela, el animal hizo esfuerzos por salir.

—No, no. Eso no puede ser. Está prohibido aquí —le dijo Pam—. Sigue donde estabas.

En aquel momento Charles apoyó una mano en el hombro de Pete, le hizo girar en redondo y le señaló algo. AI mismo tiempo dijo:

—El hombre se fue por allí. Yo le he visto.

Pete y Pam no habían visto nada, pero recordando lo que les dijera Kerry, respecto a que las personas sordas acostumbran a tener una vista muy penetrante, siguieron a Charles a través de la maleza.

Las ramas de los arbustos habían sido quebradas y pisoteadas. Algunas aún se movían, indicando que alguien había pasado por allí poco antes.

Los niños siguieron la pista, moviéndose silenciosamente a través de los bosques, a lo largo de varios metros. Sin embargo, no lograron ver a nadie. Por fin llegaron a un trecho cubierto de césped, que bordeaba el Lago de los Pinos.

—¡Mirad ahí! —advirtió Pete, señalando.

Muy cerca de las aguas del lago podía verse la cabeza de un hombre.

—¿Nos habrá quitado las cosas de la merienda? —dijo Pam.

No habían recorrido los niños más que la mitad del trecho de césped cuando llegó a sus oídos el zumbido de un motor.

—¡Oh! ¡Se nos escapa! —exclamó Pete con desencanto.

Cuando él, Pam y Charles llegaron a la orilla, vieron una lancha con motor fuera borda que se alejaba, levantando tras sí montañitas de espuma blanca. El motor, pintado de fuerte color amarillo, permitía a la embarcación marchar velozmente hacia el centro del lago. Dentro iban dos hombres, agazapados para no dejarse ver.

Pete estuvo contemplando la motora hasta que se perdió de vista.

—¡Zambomba! Se han ido —murmuró Pete gravemente, mientras los tres echaban a andar por donde habían venido.

Cuando llegaron a la furgoneta, el espectáculo había concluido y el resto de la familia les esperaba. Kerry «Volteretas», todavía ataviado con sus calzones de color rojo, les dijo adiós.

—Y confío en que encontréis pronto esa vieja puerta que me interesa —concluyó.

Durante el camino, Pete pidió a su padre que les llevase a la Carretera Serpentina, para que pudieran hablar con la señora Neeley.

—La verdad es que este misterio se ha aclarado en un abrir y cerrar de ojos —dijo la señora Hollister, cuando llegaban a la vieja finca.

Pero Pete no estaba muy convencido de que fuese así. Su padre aparcó junto a la verja, y el hijo mayor y Pam salieron del vehículo. Corrieron a la entrada y llamaron. Les abrió la señora Neeley, que

ni siquiera esbozó una sonrisa. Por el contrario, parecía muy preocupada y hasta asustada.

—He pasado toda la tarde telefoneando a vuestra casa —dijo la ancianita—. Ha sucedido algo terrible.

—¿Quiere usted decir que el fantasma ha vuelto? —preguntó Pete.

—¡Sí, sí! Y ojalá creáis lo que os voy a decir. ¡Fue tan aterrador!

La señora Neeley bajó la voz y miró por encima de la montura de oro de sus lentes, para asegurarse de que nadie más que los niños podía oírla.

—¡He visto un esqueleto en el cielo! —confesó—. Estaba volando por encima de la Casa Antigua.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Pete.

—Esta madrugada. Serían las cuatro.



La señora Neeley explicó que habían empezado a oír lamentos y quejidos y que, al levantarse de la cama para mirar, vio flotando en el cielo un espantoso esqueleto, precisamente por encima de las viejas chimeneas.

—Estaba demasiado asustada para poder hablar de eso con nadie. Ni siquiera a vosotros pensaba decíroslo. Pero, al fin, me armé de valor y telefoneé.

—¿Ha pensado en el oficial Cal? —preguntó Pete—. ¿Le ha informado de todo?

—No puedo hacer eso. La policía puede pensar que estoy loca.

Pete y Pam se miraron. Podía ser que la viejecita hubiera estado soñando.

—Ya sé lo que estáis pensando —dijo, en seguida, la gruesa anciana—. ¡Pero lo he visto!

—Nosotros procuraremos ayudarla, señora Neeley —se ofreció la bondadosa Pam—. Ya tendrá noticias nuestras.

Los dos hermanos se despidieron de la anciana y volvieron a la furgoneta.

—¿Os ha dado la recompensa? ¿Qué es? —preguntó, impaciente, Ricky.

Los hermanos mayores cerraron la portezuela, mientras el señor Hollister reanudaba la marcha, y Pete dijo entonces:

—No hay recompensa.

—Sólo hay otro misterio —anunció Pam, disponiéndose a contar el extraño suceso del esqueleto danzando por el cielo.

El señor Hollister, después de escuchar, movió la cabeza de un lado a otro y dijo, muy pensativo:

—Este caso parece una mezcla de realidades e imaginaciones. No vais a ser capaces de resolverlo, hijos.

—¡Sí, sí podremos! —declaró Holly, muy convencida.

La familia llevaba un rato hablando tan rápidamente que Charles no había podido enterarse de lo que estaba comentándose. Por eso Pam se entretuvo el resto del viaje, en escribir una nota contándole toda la historia sobre la Casa Antigua.

El muchachito mudo contestó con estas palabras, también escritas: «Me gustaría ingresar en vuestro Club de Detectives».

—Podemos hacer una votación aquí mismo —dijo Pete—. Somos

bastantes los miembros presentes. Todos los que estén de acuerdo que digan «sí».

De las bocas de todos los hermanos salió un sonoro «sí». Incluso «Zip» ladró, como para dar su aprobación. Pam se volvió al niño sordomudo y le anunció:

—Ya eres miembro de nuestro club.

—Muchas gracias —repuso él, sonriendo.

Unos minutos más tarde, el señor Hollister dejaba a Charles en la granja y luego reanudaba el camino a su casa.

Mientras se arreglaban para meterse en la cama, Pete dijo a Ricky:

—Puede que el señor Akers tenga mañana las copias hechas; podrías ir temprano, con Holly, a buscarlas.

Pete siguió diciendo que pensaba encargar a Dave la vigilancia de la Casa Antigua.

—De acuerdo, jefe —contestó el pecoso, procurando imitar a un detective de verdad.

A la mañana siguiente, poco después de desayunar, Ricky y Holly marcharon en sus bicicletas hacia la tienda del señor Akers. El fotógrafo, al verles entrar, les sonrió desde detrás del mostrador, y preguntó:

—¿Qué os parecieron?

—¿Qué nos parecieron? —repitió Ricky.

—Sí; las fotos. ¿Es que no las habéis visto?

Los dos hermanos quedaron muy confusos.

—¿Es que no enviasteis vosotros a un chico a recogerlas? —preguntó el señor Akers.

—¡No! ¡No hemos enviado a nadie! —exclamó Ricky, preocupado.

El señor Akers explicó que dos chicos habían ido a buscar las copias, diciendo que iban de parte de Ricky Hollister.

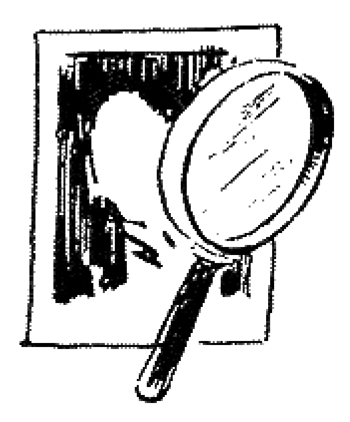
—¿Quiénes eran? —preguntó Holly, tan indignada que los ojos empezaron a llenársele de lágrimas.

El señor Akers dijo que a uno de ellos le había reconocido: era Will Wilson.

—¡Apuesto algo a que el otro era Joey Brill! —dijo Ricky, que casi echaba chispas por los ojos.

—Puede que lo fuera —admitió el señor Akers—. El caso es que se llevaron las fotografías, diciendo que os las cargase en cuenta a vosotros.

UN BAÑO DE FANGO



No pudiendo contener ya las lágrimas, Holly se echó a llorar desesperadamente. Perder las copias encargadas ya era bastante malo, pero, para remate, se habían quedado también sin el original que les diera Kerry. ¿Qué iba a pensar el acróbata ahora del Club de Detectives? Quizá ya nunca se pudiera resolver el misterio de su familia.

Ricky pasó un brazo por los hombros de su hermanita y le ofreció su pañuelo.

—Vamos. No hay que perder tiempo —dijo—. ¡Iremos ahora mismo a casa de Joey Brill y tendrá que darnos esas fotografías!

No les llevó mucho rato llegar a casa de Joey Brill. En seguida aparcaron sus bicicletas, se acercaron a la puerta vidriera y tocaron el timbre.

Salió a abrir la señora Brill. Al ver a los dos hermanos, arqueó las cejas y preguntó:

—¿Qué deseáis?



Holly todavía tenía los ojos encarnados de haber llorado, y la barbilla le temblaba.

—Joey fue a buscar a la tienda nuestras fotografías —explicó—. ¡Queremos que nos las devuelva!

—Estoy segura de que se trata de una equivocación —repuso la señora Brill—. ¿Para qué iba a querer Joey unas fotografías de vosotros?

—Es que no eran de nosotros —se apresuró a responder Ricky. Y a continuación explicó por qué estaba en su poder la preciosa pista de Kerry, y el interés que los Hollister tenían en ayudarle a resolver su misterio.

—Joey no tiene ningún interés en vuestro Club de Detectives —aseguró la señora Brill—. No tenía motivos para apoderarse de las fotos.

—¡Pues lo ha hecho! —insistió Ricky—. El señor Akers

reconoció a Will Wilson.

La señora Brill se quedó mirándoles, pensativa, durante un rato. Luego entró en la casa y regresó al poco con su hijo. Joey iba con la cabeza baja y las manos en los bolsillos.

—¿Tienes tú las fotografías de los Hollister? —preguntó la madre.

—No.

—¿Las tiene Will Wilson?

—No.

—¡Qué malo eres, Joey! —exclamó Holly, echándose a llorar.

Ricky volvió a ofrecer el pañuelo a su hermanita.

La madre de Joey se compadeció de la pequeña. Levantó con la palma de la mano la barbilla de su hijo y le obligó a que la mirase a la cara.

—Joey, ¿tú sabes algo de esas fotos? —La voz de la madre era muy severa—. Dime la verdad.

Joey desvió la mirada y ojeó, ceñudo, a Ricky y a Holly.

—¿Y qué pasa? —rezongó, por fin—. Si estos críos no saben aguantar una broma, no es culpa mía.

—No parece que sea una broma para Holly —contestó, muy indignada, la señora Brill—. ¿Dónde están esas fotografías?

—Ya no las tenemos.

—Bueno. ¿Y dónde están? —preguntó el pecoso.

—Nos desprendimos de ellas.

—¿Dónde? —quiso saber la madre.

—Junto al lago.

La señora Brill suspiró y dijo:

—Qué cansada estoy de estas continuas riñas entre los Hollister y tú. No tenías que haber tomado para nada esas fotos. Ahora, vamos; nos enseñarás dónde están.

Aunque había dos manzanas de casas desde la de Joey a la orilla del lago, la señora Brill echó a andar con los niños, con paso resuelto. Ricky y Holly iban tras ella.

Cuando llegaron a la orilla, las olas se arrastraban suavemente por las rocas y cantos de la pedregosa playa. Joey pareció más ceñudo y preocupado cuando señaló a un punto, diciendo:

—Las fotografías están allí.

—No las veo —contestó la madre.

—Debajo de aquella roca.

El chico señalaba un gran peñasco que quedaba mitad en tierra, mitad en el agua.

—¡Qué horror! Estarán todas mojadas —exclamó Holly.

Ricky avanzó de puntillas por la lodosa orilla, para ir a meter los dedos bajo el peñasco y levantarlo un poco. Debajo estaba el sobre de las fotografías… empapado de barro y agua.

—¡Están estropeadas! —se lamentó Ricky, y enseñó las sucias y chorreantes fotografías a la señora Brill.

—Lo siento mucho —contestó ella—. Tú haz el favor de decir a estos niños… —La señora Brill hablaba a su hijo mirándole muy seria. Pero él echó a correr hacia unos arbustos próximos al agua—. ¡Joey vuelve aquí! —ordenó la madre.

Pero el chico no le hizo el menor caso.

—Ya verás cuando llegue tu padre esta noche —amenazó la señora Brill, echando a correr tras su hijo. Pero como no pudo encontrarle, acabó volviéndose a casa.

Ricky y Holly se miraron, muy apurados.

—¿Qué haremos ahora? —murmuró Ricky—. Todas las fotografías están estropeadas.

—Es igual que si las hubiéramos perdido del todo —se lamentó la hermana—. Hasta la fotografía que nos dio Kerry está hecha una lástima.

En ese momento se oyó un grito y, desde un lugar oculto entre los arbustos, salió corriendo, Joey Brill.

—¡Ya os daré yo, por hacer que mi madre me riña! —vociferó, amenazador, el chicazo, corriendo hacia los dos hermanos.

Ricky, a toda prisa, se metió el paquete de fotografías en el bolsillo, y nada más pudo hacer porque Joey ya se había abalanzado sobre él y la niña, haciéndoles caer en el barro.

—¡Oh, oh! —exclamó Holly, mientras, sin aliento, luchaba por ponerse en pie—. ¡Eres un… un…!

Con los ojos brillantes de indignación y las trenzas flotando al aire, Holly se precipitó sobre Joey. Al mismo tiempo, Ricky se levantó del fango y agarró al chicarrón por los tobillos.

—¡Eh, no hagáis eso! —protestó Joey.

Pero el chicazo no pudo evitar que le hicieran perder el equilibrio, y tanto él como los dos Hollister rodaron por el lodo, luchando ferozmente.

Mientras Joey gritaba, Ricky agarró un gran puñado de tierra mojada y se lo aplastó en plena cara.

—¡Ugg! ¡Gluf, buf!

Pocos segundos después, los tres quedaron como convertidos en grandes y extrañas masas de tierra mojada.



Todavía escupiendo barro, Joey se levantó como pudo y corrió a su casa.

Ricky y Holly avanzaron torpemente por la orilla del agua, hasta llegar a su casa. Pete y Pam habían llevado al embarcadero una de las sillas recién pintadas, y la señora Hollister se había sentado allí, a gozar un rato del sol de la mañana. «Morro Blanco» se había tumbado en su regazo. Pete y Pam, sentados en el suelo,

practicaban dactilología o lenguaje de hablar con las manos.

Cuando los maltrechos Ricky y Holly se aproximaron, los demás se quedaron mirándoles sin poder creer lo que veían.

—¿Qué os ha sucedido? —exclamó la madre.

Hasta «Morro Blanco», al ver aquellos dos montones de fango andante, dio un maullido, saltó de encima de la señora Hollister y corrió a lo alto de un sauce.

—Ni la gata os conoce —dijo Pam—. ¡Sois una visión!

Ricky y su hermana contaron lo que les había ocurrido.

—Pero Joey está tan poco presentable como nosotros —se consoló Holly.

Ricky sacó las fotografías del bolsillo y se las dio a Pete.

—Ahora, lo primero que tenéis que hacer es meteros en el agua y librarnos de todo ese lodo —dijo la madre.

Los dos hermanos se mostraron muy contentos. Muchas veces había deseado Ricky echarse al lago con ropas y todo. Y ahora podía hacerlo. Llevando a Holly de la mano, saltó desde el borde del embarcadero y nadó, muy complacido, mientras iba quedando libre del barro que le cubría ropas, cara y cabello. Cuando salieron del agua, los dos hermanos estaban chorreando, pero relativamente limpios.

—Ahora, a casa, para daros una buena ducha —indicó la madre —. Luego comeréis algo.

La señora Hollister se ocupó personalmente de dar un enjabonado a su hija, quien necesitaba, además, un secado de cabello para luego volver a recogerlo en trenzas.

Cuando estuvo arreglada con blusa y pantalones limpios, y zapatos secos, corrió al comedor, donde Ricky estaba hablando con Pete y Pam.

—Ya sé que somos muy malos detectives —dijo Holly—. ¿Qué va a decir Kerry cuando sepa que se ha estropeado su fotografía?

—Podremos arreglarlo todo —le dijo Pete.

—¿Cómo? —preguntó Ricky.

El hermano mayor explicó que el señor Akers tenía que haber hecho un negativo de la foto que le llevaron de muestra. Luego, del negativo habría hecho las ocho copias.

—He encontrado el negativo en el paquete. Mientras vosotros os

duchabais, yo lo he secado y limpiado. ¿Veis? El negativo está como nuevo. Podéis llevárselo al señor Akers después de comer.

—Pero tendremos que esperar otros dos días hasta que las haya hecho. Más vale que se las llevemos al señor Fundy —propuso Ricky—. A lo mejor él nos hace las copias en seguida.

Pete y Pam estuvieron de acuerdo en que era una buena idea.

Después de comer, Ricky y Holly se pusieron en camino por segunda vez. Encontraron en casa al señor Fundy, quien les dijo que con mucho gusto les ayudaría.

El anciano tomó el negativo para mirarlo al trasluz.

—Es muy bueno —dijo—. Podré hacer, incluso, una ampliación. ¿Queréis verme trabajar?

Ricky y Holly ya no tenían las caritas enfurruñadas. Por el contrario sus ojos despedían chispitas de alegría, y sonrieron agradecidos al señor Fundy. Éste los llevó a su cuarto oscuro, introdujo el negativo en una ampliadora y apagó la luz.

Después presionó un interruptor. Un pequeño rayo de luz brilló desde la ampliadora hasta un pedacito de papel sensible. Volvió a desaparecer la luz y el fotógrafo colocó el papel sensible en una bandeja con el líquido revelador. Como por arte de magia, apareció la fotografía de la niña con vestidos antiguos.

—¡Vivaa! —exclamó Holly, mientras Ricky dejaba escapar un silbido entre dientes.

El anciano fotógrafo hizo ocho copias, que reveló, fijó y lavó en agua corriente. Al terminar dijo:

—Ahora os haré la más grande.

A los pocos minutos, en la bandeja del revelador aparecía una foto más grande de la madre de Kerry.



—¡Oh! Al señor «Volteretas» le va a gustar mucho —reflexionó Holly.

En cuanto todas las fotos estuvieron secas, los dos pequeños dieron las gracias al anciano y pedalearon velozmente hacia su casa.

—¡Mirad lo que traemos! —anunció Ricky, mientras él y Holly corrían a la casa con las fotografías en la mano.

Pete, Pam y la señora Hollister quedaron asombrados al ver la ampliación. Pam estuvo mirándola con mucho interés. De repente corrió a buscar la lupa que su madre guardaba en el escritorio.

—¡Ricky, Holly! ¡Mirad! —exclamó la hermana mayor, mientras contemplaba la foto a través de la lupa—. ¡He descubierto una gran pista!

¡QUÉ CONFUSIÓN!



—¡Mirad! —dijo Pam, señalando la ampliación.

El peldaño de piedra en el que se encontraba la niñita tenía los números 1803, ya algo borrosos.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. ¡Qué suerte tener esta ampliación! Sin ella nunca habríamos visto esta fecha.

—Ése debe de ser el año en que se construyó la casa —opinó Pam—. Todo lo que debemos hacer es buscar las casas construidas en esa fecha y entonces podremos descubrir cuál es la que busca Kerry.

Los Hollister hablaron de cuál sería el mejor modo de hacer las cosas. Pam propuso visitar la biblioteca para hojear libros que hablasen de los primeros tiempos de Shoreham. Pete pensaba que en las oficinas del periódico podrían tener recortes de prensa que hablasen de las casas viejas de la población.

La conversación fue interrumpida por el sonido del teléfono. Pete fue a contestar:

—Hola. Dave —dijo—. ¿Hay alguna novedad en la Casa Antigua? —Pete escuchó unos instantes y, en seguida, sus ojos se iluminaron.

Cuando el hermano mayor colgó, Holly se apresuró a preguntar:

—¿Qué noticias hay?

Pete dijo a los demás que Dave informaba que no había visitantes en la Casa Antigua. Aquél sería un buen momento para ir a hacer otro registro en la casona.

—Hagamos una cosa —propuso Ricky—. Pete, tú podías ir a hacer el registro con Dave y conmigo, y las chicas podrían ir a la biblioteca.

—Buena idea —dijo Pam—. Lo que ocurre es que yo no puedo ir.

—¿Por qué? —preguntó Holly.

—Porque le prometí a mamá que hoy haría limpieza de la despensa —replicó Pam. y añadió, tristona—: Qué poco me gusta dejar este trabajo, ahora que tenemos una pista tan buena.

Sin pararse apenas a pensarlo, Holly dijo a su hermana:

—Yo me quedaré en casa y limpiaré la despensa. Puede ayudarme Sue y Donna Martin también.

Pam abrazó a su hermanita.

—Gracias, Holly. ¡Qué buena eres!

Mientras Pam iba al teléfono para decir a Ann que se encontrarían en la biblioteca, los chicos salieron a buscar sus bicicletas. En la puerta de la fachada. Ricky se detuvo para decir:

—¡Cuánto misterio tenemos por delante, chicos!

Unos minutos más tarde. Pam estaba preparada para marchar:

—No dejéis de limpiarlo todo bien —dijo a Holly.

Cuando Pam se hubo marchado, Holly despertó a Sue, que estaba haciendo la siesta y las dos fueron hasta donde vivía Donna Martin, unas manzanas más abajo. La gordita Donna estaba sentada en las escaleras del porche.

—¿Habéis venido a jugar con mi casa de muñecas? —preguntó, con aquella sonrisa que le dibujaba dos lindos hoyuelos en sus mejillas.

Holly rió y repuso:

—Hoy vamos a jugar a casas de verdad. ¿Por qué no vienes con nosotras?

Mientras se retorcía las trencitas, Holly explicó sus planes.

—¡Cuánto me gusta limpiar despensas! —exclamó Donna.

Las niñas, unidas de las manos, atravesaron el césped, en dirección a la casa de los Hollister.

La despensa era un armario empotrado, al que se entraba por una puerta de la cocina. Era un espacio alegre y bien iluminado, porque tenía una ventana en lo alto de una pared.

Todos los estantes estaban cubiertos con tapetitos de papel rojo y blanco, y sobre ellos, bien alineados, se veían botes y más botes de comestibles, especias, salsas, zumos y otros complementos para guisar. En la parte baja estaban apiladas varias latas amarillas que contenían harina y azúcar.

—Será muy divertido limpiar todo esto —declaró Donna, mientras ella y sus amiguitas inspeccionaban el trabajo que iban a hacer.

—Mamá quiere que todo quede bien lavado —recordó Holly.

Lo primero que hicieron las niñas fue bajar al sótano, donde estaban recogidos los cubos, y subieron dos, que llenaron de agua caliente. Luego añadieron en cada uno un poco de detergente. Las niñas mayores subieron los cubos y Sue las siguió, cargada con varias bayetas para fregar. Holly propuso que se sacase todo lo que había en los estantes de la despensa y se fuera dejando en la mesa de la cocina.

—Me parece que es así como lo hace mamá —dijo.

—¿Dónde está tu mamá? —preguntó Donna.

Sue contestó que la señora Hollister había ido al centro de la población a hacer unas compras y que no volvería hasta última hora de la tarde.

—¡Qué sorpresa se llevará mamá! —comentó Holly, ilusionada, mientras entre ella y Donna sacaban una escalera plegable del armarito dedicado a guardar las escobas.

—Yo iré tomando las cosas del estante de arriba y te las iré pasando a ti, Donna —dijo Holly—. Tú se las puedes pasar a Sue y ella las irá llevando a la mesa.

Trabajando en cadena, como hacían antiguamente las brigadas de bomberos, las tres niñas quitaron todos los botes de las estanterías. La mesa de cocina, atestada de botellas y botes de conservas, parecía la miniatura de una gran ciudad.

Se acordó que Sue limpiaría bien los botes, mientras Holly y su

amiga fregaban las estanterías. Las dos mayores llevaron los cubos a la despensa, cerraron la puerta y dejaron a Sue sola con su trabajo.

La pequeñita, con un dedo apoyado en los labios, quedó unos momentos pensativa. Por fin arrimó una silla al fregadero y abrió el grifo del agua caliente.

«Ahora está bien», se dijo la niña, cuando el fregadero quedó con agua hasta la mitad de su nivel máximo.



Entonces bajó de la silla, fue a la mesa, tomó una brazada de botes y, uno por uno, fue dejándolos caer en el agua caliente.

Muy pronto el fregadero estuvo atestado de latas y botes que, bien alineados, llegaban casi a la altura del grifo. Luego, para

conseguir que quedasen bien relucientes, Sue los roció con detergente.

«Qué contenta va a estar mamá», pensó la pequeña, cuando empezaba a llevar otra vez los botes a la mesa. Pero entonces se dio cuenta de algo muy inquietante: cuando sacaba los botes, las etiquetas iban quedándose en el agua.

—¡Qué «tirrible»! —exclamó la chiquitina en voz alta, mientras iba secando con todo cuidado los botes, carentes de etiquetas, para dejarlos en la mesa.

Para entonces, Holly y Donna ya habían terminado su trabajo y abrieron la puerta de la despensa. Cuando Holly vio los botes libres de etiquetas, abrió los ojos enormemente y su boca quedó más redonda que una O.

—¡Sue! ¿Qué has hecho? —exclamó, corriendo a la mesa y yendo luego al fregadero donde, en el agua caliente, flotaban las etiquetas.

—Mamá dijo que había que lavarlo todo, ¿verdad? —se defendió la pequeña—. Y yo lo he hecho.

—Pero las etiquetas… —murmuró Donna—. ¡Los botes ya no tienen etiquetas!

—Eso podemos arreglarlo «in siguida». Yo tengo pegamento en mi cuarto. Voy a buscarlo —se ofreció Sue.

La pequeñita se marchó, corriendo, mientras Holly y Donna se miraban, muy apuradas. En seguida se pusieron a sacar las etiquetas del agua para secarlas, colocándolas de una en una entre dos paños secos.

Cuando volvió Sue con el pegamento, las tres se ocuparon de ir colocando las etiquetas en los botes. Luego empezaron a colocar otra vez los botes en las estanterías.

Cuando estaba subida en la escalera, dejando el último bote, Holly miró por la ventana y dijo:

—Ya llegan Pam y Ann. ¿Qué habrán averiguado en la biblioteca?

—Hola. ¿No han vuelto todavía los chicos? —preguntó Pam, en cuanto ella y su amiga entraron en la cocina.

—Todavía no —contestó Holly—. ¡Mira lo que hemos hecho!

Las dos mayores miraron el interior de la despensa. Estaba

ordenada y resplandeciente.

—¡Habéis hecho un gran trabajo! Mamá os lo agradecerá —dijo Pam, mientras ella y Ann admiraban el trabajo de las pequeñas.

—Yo he ayudado, también —informó con su voz chillona, Sue.

Holly cogió a Sue por una mano y la arrastró fuera. Donna les siguió.

—Chist. No digas todavía a Pam lo de las etiquetas —cuchicheó Holly, muy nerviosa.

—Más tarde, si acaso —añadió Donna, en voz muy bajita.

La pequeñita se mostró de acuerdo en guardar el secreto…, al menos por un rato.

Pam y Ann se reunieron con las pequeñas en el patio.

—¡Oh! ¡Quisiera que los chicos ya estuvieran aquí! —dijo Pam —. Tenemos algo que decirles.

Entretanto, Pete, Ricky y Dave se habían reunido en la casita del guarda de la señora Neeley.

—Tengo que hacerle unas preguntas sobre el esqueleto que vio usted en el cielo, señora Neeley —dijo Pete—. Nos dijo usted que lo vio hacia las cuatro de la madrugada. ¿Qué tiempo hacía entonces?

—No veo qué tiene eso que ver con el esqueleto —contestó la gruesa ancianita, que después de quedar pensativa unos momentos, explicó—: Estaba muy oscuro. No se veían estrellas ni luna. Las nubes estaban muy bajas.

Pete anotó estos detalles en su bloc y dijo:

—Muchas gracias. ¿Le importa que vayamos a inspeccionar otra vez, señora Neeley?

—No. Es una buena ocasión, puesto que no hay visitantes.

Los niños fueron a la Casa Antigua, abrieron en silencio la puerta y entraron. Todo estaba silencioso.

—Vamos al tercer piso —propuso Pete—. No hemos estado allí todavía.

Los tres compañeros subieron de puntillas las escaleras. De repente, al llegar a la galería del segundo piso, Dave se detuvo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, escuchando con interés.

Desde el piso de arriba llegaba un estremecedor crujido.

Siguiendo la escalera que tenían a la derecha, los chicos ascendieron lentamente, sin hacer el menor ruido. Una vez arriba se encontraron en un corredor estrecho. Siguió sonando el crujido misterioso que, por fin, concluyó con un golpe.

Dave, que marchaba delante, corrió hasta un cuartito del vestíbulo, desde donde parecía llegar el ruido. El muchachito notó escalofríos que subían y bajaban por su espina dorsal, mientras miraba la habitación. Podía decirse que estaba vacía. Sólo había en ella una cómoda, una ventanita redonda y una estera trenzada, de forma oval, en el suelo.

Pete se acercó a su hermano y le cuchicheó:

—Ésta es la ventana por donde se veía la luz.



—¿Estás seguro?

—Creo que sí —contestó Pete, moviendo de arriba abajo la cabeza.

Los tres chicos conferenciaron, hablando en susurros. Luego se agacharon, enrollaron la alfombra y la dejaron a un lado de la estancia. En los amplios tablones del suelo no se veía el menor signo de que hubiera una trampilla para bajar a algún compartimiento secreto.

—No hay ninguna madera que cruja —cuchicheó Pete, mientras volvían a extender la alfombra.

—¿Y las paredes? Puede que alguna esté hueca —apuntó el pecoso.

Los tres chicos empezaron a golpetear las paredes del cuartito cuando de repente ¡CRASS! Desde el segundo piso llegó el sonido de cristales rotos.

Los chicos corrieron al vestíbulo y bajaron a saltos las escaleras. En la galería del segundo piso, en el suelo, junto a una mesita extensible que se hallaba arrimada cerca de una ventana redonda, encontraron una lámpara rota.

—¿Cómo se habrá caído? —preguntó Ricky, mirando a los dos mayores con cara de susto—. Aquí no hay nadie más que… nosotros. ¿Verdad?

—Tiene que haber alguna explicación —dijo Pete.

Y recordó a los otros que en el Centro Comercial se había caído un jarro de cristal de una estantería, a causa de las vibraciones del tráfico.

—Pero aquí no hay vibraciones —objetó Dave—. No pasan camiones cerca de aquí.

Pete examinó la mesa con atención y acabó sacudiendo la cabeza de uno a otro lado.

—Es un verdadero misterio —declaró, mientras miraba por la ventana redonda las resplandecientes aguas del Lago de los Pinos. De repente, exclamó—: ¡Mirad, la motora amarilla!

Los otros dos aplastaron la nariz contra el cristal. No lejos de la orilla había una embarcación que se parecía mucho a aquella en la que huyeran los dos hombres en el Parque Municipal. Pero esta vez sólo un hombre iba en la motora. Iba sentado al timón, encogido, como para protegerse de la brisa.

—¡Me gustaría ver con más claridad a ese hombre! —exclamó Pete—. ¡Vamos!

Dejando la lámpara rota en el suelo, los tres muchachos bajaron las escaleras a la carrera, cruzaron la puerta y corrieron hacia el lago. El hombre de la embarcación miró en la dirección por donde ellos avanzaban. Vio a los chicos y, al instante, se agazapó y aumentó la velocidad.

—Se nota que quiere alejarse de nosotros —dijo Pete, al tiempo que la embarcación desaparecía tras un saliente rocoso.

—¿Os parece que vayamos por la orilla, intentado seguirle? —sugirió Dave.

—Nos lleva demasiada ventaja —objetó su amigo—. Además, será mejor hablar a la señora Neeley de la lámpara rota, y recoger los pedazos.

De camino a la casita, los tres muchachitos hicieron comentarios sobre la motora misteriosa y su conductor.

—¿Creéis que puede haber venido desde el otro extremo del lago? —preguntó Dave.

Pete se volvió a mirar la amplia extensión de las aguas.

—A lo mejor ha llegado desde Stony Point.

Stony Point era una población que se asentaba en la orilla de enfrente.

Unos minutos después, los chicos llamaban a la puerta de la casita.

Al enterarse de que se había roto una lámpara, la señora Neeley enlazó las manos gordezuelas, diciendo:

—¡Qué lástima! Uno de mis mejores objetos antiguos. ¿Estáis seguros de que no lo habéis hecho caer sin querer?

—De verdad que no —contestó Ricky que, a continuación, explicó exactamente cómo había ocurrido todo.

—¿Otra vez el fantasma? —murmuró la anciana, con voz estremecida.

—No se preocupe —dijo Pete, deseoso de tranquilizarla—. Haremos todo lo posible por ayudarla, señora Neeley. Tenga paciencia. Nosotros resolveremos este caso.

Después de recoger los trocitos de la lámpara y entregarlos a la señora Neeley, los chicos volvieron a casa. Pete y Ricky encontraron

la cena a punto de ser servida.

—Lavaos las manos, y a la mesa —les dijo la señora Hollister.

—¿Dónde está Pam? —preguntó Pete.

—Ha ido a casa de Ann Hunter. Estará aquí dentro de un momento.

Cuando toda la familia se hubo sentado a cenar, el señor Hollister preguntó:

—¿Qué es lo que han hecho hoy mis jóvenes detectives?

—Decidnos qué ha ocurrido en la Casa Antigua —pidió Pam.

Los dos chicos contaron los extraños acontecimientos que habían presenciado aquella tarde.

—Tengo la corazonada de que el hombre de la motora tiene algo que ver con el fantasma de la Casa Antigua —dijo Pete—. Hay que tener los ojos bien abiertos, por si vemos esa motora amarilla. ¿Qué habéis hecho vosotras, Pam?

La niña contestó que Ann y ella no habían tenido mucha suerte.



—En la biblioteca no hay libros que hablen de las casas de antes de la Guerra Civil —dijo—; así que Ann y yo hemos ido a las

oficinas del periódico.

—¿Y tampoco allí habéis tenido suerte? —preguntó Ricky, acercándose a los labios el vaso de leche.

Pam dijo que no con la cabeza, murmurando:

—No hay recortes de prensa que hablen de casas antiguas, pero el director del periódico nos ha dado una pista que puede ser útil.

—¿Cuál es esa pista? —preguntó el señor Hollister, muy interesado por las actividades de sus hijos.

Pam contestó que había un arquitecto, ya retirado, que vivía en Stony Point y cuyo nombre era Drew Shaffer.

—Las casas viejas son su entretenimiento. Su «hobby», como dicen los ingleses —dijo Pam—. El director nos ha dicho que podíamos ir a verle. Puede que él sepa algo sobre las casas de Shoreham, anteriores a la Guerra Civil.

—He oído hablar del señor Shaffer —dijo el padre—. Todo un caballero. Seguramente os ayudará con mucho gusto, si puede.

Luego Pam explicó a su madre cómo Holly, Sue y Donna se habían encargado de limpiar la despensa.

—Ya he visto que está muy limpia y ordenada —sonrió la señora Hollister, mirando agradecida a sus hijas.

—¿Qué hay de postre, mamá? —quiso saber Ricky.

—¿Os apetecen unas guindas? —preguntó la madre—. Tenemos un bote en la despensa.

Holly tragó saliva y se quedó mirando fijamente el plato, mientras Ricky exclamaba:

—¡Canastos! ¡Con lo que me gustan las guindas!

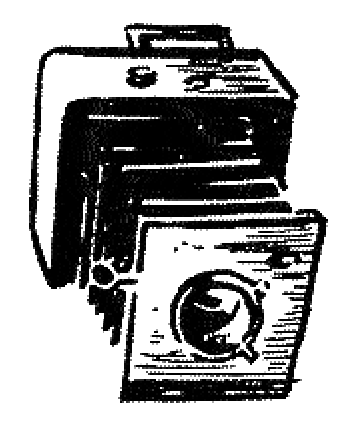
—Yo abriré esa lata, Elaine —dijo el señor Hollister, levantándose de la silla.

El padre fue a la despensa y los niños pudieron oír el sonido del abrelatas. Holly cerró fuertemente los ojos y formuló un deseo con todo su corazón.

De repente, resonó desde la cocina la fuerte voz del señor Hollister que decía:

—¡Por todos los sapos cornudos! ¿Qué clase de guindas son éstas?

SORPRESA DEL OFICIAL CAL



—Elaine —dijo el señor Hollister, entrando en el comedor con una lata abierta en su mano—, ¿desde cuándo las guindas se trasforman en cebollas?

Su esposa contuvo una exclamación de sorpresa. El bote, con una etiqueta de guindas, estaba repleto de blancas y pequeñas cebollas.

—Vaya, vaya. Tengo que decírselo al tendero —dijo la madre.

Holly y Sue se miraron de reojo, pero no dijeron nada.

—Abre una lata de peras, John —pidió la señora Hollister—. A todos nos gustan las peras.

Su marido dejó la lata de cebollas en el estante de la despensa, buscó otra con la etiqueta de peras y la abrió. Su exclamación de incredulidad dejó atónito al resto de la familia. Esta vez la señora Hollister se levantó y corrió a ver qué sucedía. Sus hijos la siguieron.

—¡Judías! —exclamó el padre—. ¿Qué ocurre aquí, Elaine?

—Puede que el tendero nos haya querido gastar una broma —dijo Pete.

—Lo sabremos dentro de un minuto —afirmó la señora Hollister

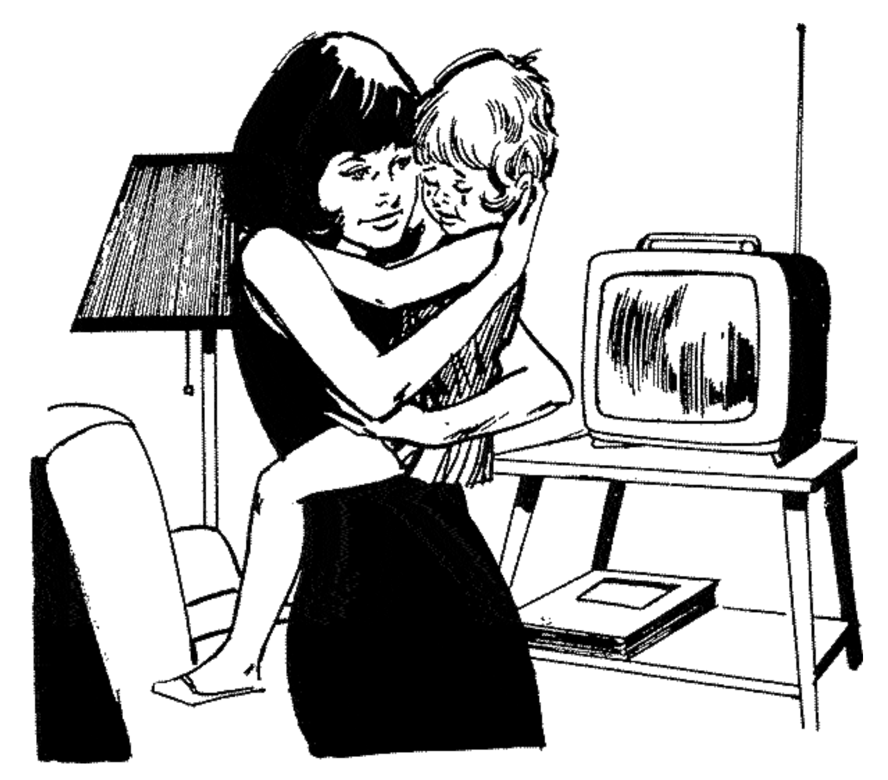
acercándose, muy resuelta, al teléfono.

—Espera, mamita. Ha sido culpa mía —dijo Holly.

La madre volvió a colgar el auricular, y miró a su hija con gran extrañeza.

—¿Cómo puede ser culpa tuya?

En ese momento la chiquitina Sue corrió a los brazos de su madre y, hundiendo la carita en su regazo, se echó a llorar. Sus hombros se estremecían debido al gran desconsuelo con que lloraba.



—Pero ¿a qué vienen estas lágrimas? —preguntó la madre, levantando en vilo a la pequeña y abrazándola.

—¡Las «itiquetas» se cayeron! —dijo Sue, entre hipidos.

—Sí. Y yo le ayudé a pegarlas sin saber de qué botes eran —añadió Holly—. Perdona, mamita.

Pronto se puso en claro lo que había ocurrido.

—¡Canastos, vaya equivocación! —se lamentó Ricky, sin conseguir otra cosa más que una mirada severa de Pam.

—No os apuréis ninguna de las dos —dijo la madre, que abrazó a Sue y a Holly, y les dio las gracias por haber tenido la buena ocurrencia de ayudar a su hermana mayor.

Y entonces los labios del señor Hollister se abrieron en una amplia sonrisa.

—Vaya, vaya, otro gran misterio resuelto. Podemos llamarlo el caso del postre que se esfumó.

Todos los niños rieron. Y hasta en las mejillas húmedas de Sue se formaron dos lindos hoyuelos.

—Bien. ¿Qué lata convendrá que abramos ahora? —dijo el señor Hollister.

—Prueba las espinacas —dijo Ricky, bromeando.

El señor Hollister cogió la lata en cuestión y, antes de que su esposa tuviera tiempo de protestar, ya había hundido en ella el abrelatas. ¡Zis, zas! La tapa quedó levantada. Dentro, en un líquido apetitoso, flotaban las rosadas guindas.

—¡Un hurra por papá! —pidió Holly, palmoteando y dando saltos—. ¡Él ha resuelto el misterio!

—Pero ¿qué pasará con los demás botes? —preguntó la señora Hollister con los ojos muy abiertos, mientras vertía las frutas en una gran fuente. Luego, echándose a reír, añadió—: Me temo que tendremos que comer a capricho de la suerte, hasta que los hayamos terminado.

Todos rieron con ella y no concluyeron las bromas sobre lo ocurrido hasta que el último plato estuvo seco y recogido.

—Qué día tan emocionante hemos tenido —dijo Pam, cuando se disponía a meterse en la cama.

En aquel momento, Holly asomó la cabeza en la habitación de su hermana mayor, para decir:

—Puede que mañana, en cambio, no suceda nada.

El día siguiente amaneció despejado y lleno de sol. Se terminó el desayuno rápidamente y ya parecía que la predicción de Holly iba a ser verdad…, hasta que llegó el cartero.

Pam tomó el puñado de cartas que le alargó el empleado y corrió a casa. Por el camino fue ojeando los sobres, con la esperanza

de que hubiera noticias de sus primos. Pero la mayor parte del correo eran anuncios y alguna factura.

Luego sus ojos se fijaron en un sobre poco corriente. Iba dirigido «A LOS HOLLISTER», y cada una de sus letras había sido recortada con cuidado de un periódico y pegada luego en el sobre.

Pam llamó a Pete y luego a la madre. Después de enseñarles la carta, dijo:

—Será mejor que la abras tú, mamá, porque va dirigida a toda la familia.

Pete fue a buscar el abrecartas y se lo ofreció a su madre. Ella abrió el sobre y sacó un pedazo de papel blanco. También en el papel había letras recortadas. Se trataba de un mensaje que decía:

> «AVISO: PERMANECED APARTADOS DE LA CASA ANTIGUA».

—¡Cielo santo! —exclamó la señora Hollister—. ¡Esto es terrible!

—Puede ser una broma. A lo mejor es cosa de Joey Brill —dijo Pete.

Pero Pam no estaba de acuerdo con su hermano mayor.

—No creo que Joey sea tan inteligente como para idear un método así. Lo que seguramente habría hecho Joey sería garabatear unas letras a mano.

—Pam tiene razón —concordó la madre—. Quienquiera que sea el que ha escrito esta nota, quiere cerciorarse de que no reconoceremos su escritura.

—Lo mejor será telefonear al oficial Cal en seguida —decidió Pete, acercándose al teléfono del escritorio.

Pero en el cuartelillo le informaron de que su amigo estaba fuera de la ciudad y no volvería en todo el día. Después de informar de aquello a su familia, Pete dijo:

—El Club de Detectives no debe volver a la Casa Antigua mientras no hayamos informado al oficial Cal sobre esta nota. Bueno. Ahora quedamos un poco inactivos —concluyó, arrugando el ceño.

—¿Y por qué no trabajamos todos, hoy, en el misterio de Kerry «Volteretas»? —propuso Pam—. Podríamos ir a Stony Point a ver al

señor Shaffer, el arquitecto.



La señora Hollister dijo a sus hijos que ella tenía una amiga que vivía en Stony Point.

—Podemos hacer todos una salida. Sue y yo visitaremos a la señora Dillon, mientras los demás vais a hablar con el señor Shaffer.

Pete y Pam encontraron estupenda la propuesta de su madre. Pam se ofreció para avisar a los demás hermanos sobre los planes de salida, mientras Pete telefoneaba a los miembros del club, poniéndoles al corriente de la nota que habían recibido.

Media hora más tarde, los seis estaban instalados en la furgoneta. La señora Hollister sonreía, viendo el entusiasmo de sus jóvenes detectives, mientras conducía por la espléndida carretera que bordeaba el Lago de los Pinos.

Al mediodía, cuando llegaron a las afueras de Stony Point, la señora Hollister detuvo la furgoneta ante un puesto de bocadillos y

refrescos. Todos comieron bocadillos, leche y helado.

Minutos más tarde se encontraron en la encantadora y pequeña población de Stony Point. Pam pidió a un policía orientación para ir a casa del señor Shaffer y muy pronto se encontraron los Hollister ante una casa moderna y elegante.

—¡Qué bonita! —exclamó Pam.

—Se nota que la ha diseñado un buen arquitecto —observó la madre. Y mientras Pete, Pam, Ricky y Holly bajaban del vehículo, añadió—: Volveré a buscaros dentro de una hora.

Después de ver que un señor acudía a abrir a sus hijos, la señora Hollister puso en marcha el motor y se alejó, con Sue.

En cuanto le vio, Pam sintió gran simpatía por el señor Shaffer. Era un hombre bajo, ligeramente encorvado, con el cabello rubio y una pequeña perilla.

—Me siento encantado de tener visitantes —dijo—. Entrad, hijos. ¿Tal vez las niñas desean que les diseñe una casa de muñecas?

—No, gracias —contestó Holly—. Lo que pasa es que somos detectives y estamos buscando pistas.

Pam hizo las presentaciones y todos, uno por uno, fueron estrechando la mano al señor Shaffer, quien, luego, les hizo pasar a la sala.

—Sentaos y habladme de eso —pidió.

El arquitecto escuchó, en silencio, acariciándose de vez en cuando la perilla, mientras Pete y Pam le daban explicaciones.

Al terminar, Pete se metió la mano en el bolsillo para sacar la fotografía perteneciente a Kerry «Volteretas».

—Ésta es la puerta que estamos buscando, señor Shaffer. ¿Ha visto alguna vez una igual?

El caballero tomó la fotografía y estuvo examinándola atentamente.

—No. Nunca la he visto —dijo, al fin. Y añadió, entre dientes—: Es una lástima. Una lástima.

—¿Qué cosa es una lástima, señor Shaffer? —preguntó Holly.

El arquitecto repuso que, unos meses atrás, había comprado una colección de planos, correspondientes a las casas de la región, construidas antes de la Guerra Civil.

—Pero no tuve tiempo de revisarlos por completo, porque me los robaron, en unión de unas gemas.

—¡Zambomba! ¿Ha dicho usted unas gemas? —preguntó Pete.

—Eso he dicho. Creo que las joyas de mi familia eran el principal móvil del robo. Pero el caso es que también se llevaron esos bocetos de casas antiguas que habrían sido de gran valor para vosotros.

—Y la policía ¿no ha encontrado ninguna pista? —inquirió Pam.

—Nada en absoluto. El ladrón huyó sin dejar huellas.

—Creo que nosotros conocemos a la persona que puede ayudarle —dijo Pete—. El oficial Cal, de nuestra ciudad, está haciendo investigaciones sobre algunos robos de gemas que han ocurrido allí.

—Es muy buen policía —afirmó Holly, gravemente—. Su apellido es…

El señor Shaffer levantó una mano, interrumpiendo a la niña.

—Un momento —dijo.

Entró en la habitación inmediata y volvió a los pocos momentos. Ahora le acompañaba un apuesto joven, que vestía un traje gris.

Unos segundos más tarde, cuando los Hollister se dieron cuenta de quién era, quedaron mirando al joven, más que perplejos.

LA PISTA DE COLA



—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¡Pero si es el oficial Cal!

—No le conocíamos, vestido de paisano —dijo Pete.

Pam sonrió, muy contenta de ver a su buen amigo.

Cal Newberry se echó a reír cuando Holly corrió a abrazarle.

Cuando todos estuvieron cómodamente sentados, el policía dijo:

—Ya sabéis que he estado haciendo investigaciones sobre los robos de piedras preciosas ocurridos aquí y en Shoreham, pero este viaje mío de hoy es secreto. No quiero que mencionéis a nadie que me habéis visto aquí.

—No lo diremos, no —prometió Pam—. ¿Ha averiguado algo ya?

El oficial Cal contestó que tenía informaciones sueltas que había ido recogiendo en los escenarios de cada robo, y las cuales le habían hecho pensar que los ladrones habían marchado a Stony Point.

—Esos maleantes deben de tener un escondite por aquí y ese escondite es lo que yo intento descubrir —dijo Cal.

Pete pensó, inmediatamente, en los dos hombres de la motora y habló de ellos al oficial. Cuando Cal hubo hecho las anotaciones oportunas, Pete le informó de la carta amenazadora que su familia

había recibido. El policía frunció el ceño y murmuró:

—Eso, lo mismo puede ser la obra de un bromista, como tratarse de una verdadera amenaza. Llevadme esa nota al cuartelillo. Veremos si podemos encontrarle la pista. Y vosotros, niños, de ahora en adelante, sed muy precavidos.

Entonces Pam preguntó al señor Shaffer si podía recordar algo sobre las casas antiguas de Shoreham.

—Sí. Aunque no tuve tiempo de examinar bien los bocetos. Recuerdo que había tres casas, en vuestra ciudad, construidas a principios del 1800. Una de ellas es el hogar de los Keene. Hay una casa de las del tipo de Cabo Cod, rodeada de grandes campos. Los actuales propietarios crían caballos allí. La otra casa es conocida como el Castillo Adams, a causa de sus torretas de piedra. Y la tercera es la vieja mansión Miller. Ahora se la conoce como la Casa Antigua.

—Ya hemos estado mirando por allí, pero no hay ninguna puerta como la que se ve en la foto de Kerry —dijo Pam.

—Muchas gracias —dijo Pete al señor Shaffer—. Nos ocuparemos en seguida de esas otras dos casas.

Poco después los niños oían el claxon de su furgoneta, y se despidieron.

—Podéis decirles a vuestros padres que me habéis visto aquí —dijo el policía—. Pero a nadie más.

Holly se llevó un dedo a los labios y prometió:

—Guardaremos el secreto.

Luego dio un fuerte abrazo al policía y ella y sus hermanos se marcharon.

—¿Qué habéis averiguado? —preguntó la madre, cuando todos volvieron a instalarse en el coche.

Pam le habló de las dos nuevas mansiones que pensaban visitar. La señora Hollister sabía dónde estaban, tanto el hogar de los Keene como el castillo de los Adams. Ambos lugares se encontraban en la parte más antigua de la población, cerca de la región de los bosques.

La señora Hollister puso en marcha la furgoneta y condujo por el camino arenoso que llevaba hasta la carretera. La familia llegó a casa al atardecer. Después de cenar, Pam y Pete pidieron permiso

para ir a visitar las viejas casas que mencionara el señor Shaffer.

Cuando la señora Hollister les dijo que podían ir, se decidió que Pam y Ricky irían a la finca de los Keene, y Pete y Holly visitarían el castillo de los Adams. En bicicleta había un trayecto bastante corto a cualquiera de las dos casas, y los niños prometieron volver antes de que anocheciera.

Los cuatro recorrieron un trecho pedaleando juntos, pero no tardaron en separarse. Pam y Ricky tomaron el camino de la finca de los Keene.

La finca resultó tener una hermosa casa blanca, situada al final de la carretera. El camino que llevaba allí estaba bordeado de altos álamos.

—Creo que lo mejor será preguntar si podemos entrar a mirar — dijo Pam, buscando en su bolsillo la fotografía.



Los niños dejaron las bicicletas apoyadas en un árbol y llamaron al timbre varias veces, pero no les abrieron.

—No hay nadie en la casa —dijo, convencido, Ricky.

Pam abrió la marcha y los dos hermanos avanzaron junto a la pared lateral de la casa. En la parte posterior había un granero y al fondo un prado que lindaba con el bosque.

—Veo a un hombre allí —anunció Ricky, señalando los campos.

Mientras se alejaban del granero, los dos hermanos volvieron la cabeza y contemplaron la parte trasera de la casa, pero no encontraron ningún parecido entre aquel umbral y el de la fotografía. Estaban en mitad del césped cuando les sorprendió a los niños el estruendo de cascos de caballo a sus espaldas. Al volverse, vieron un caballo que galopaba en línea recta hacia ellos. Los dos hermanos echaron a correr.

—¡Socorro! —gritó Ricky.

Pero el animal estaba a muy poca distancia de los Hollister. Pam tuvo que buscar una solución. Se volvió, levantó las manos en alto y gritó:

—¡Eeeh!

El caballo retrocedió y se detuvo a muy pocos centímetros de Pam.

Mientras tanto, el hombre que habían visto en el campo llegó corriendo.

—¡Quieto, «Campeón»! —ordenó. Y luego preguntó a los niños quiénes eran.

Cuando Pam se lo dijo, él se presentó, diciendo que era el señor Fuller, capataz de la propiedad.

—Un chico mal intencionado hirió una vez a «Campeón» —explicó—. Desde entonces, el animal es agresivo con todos los jovencitos.

—Es una lástima —comentó Pam, acariciando al caballo en el hocico.

—Pero parece que vosotros le agradáis —observó el señor Fuller, con una risilla—. Puede que ya no vuelva a perseguir a los niños.

Ricky dijo que deseaba que así fuera. Entonces sacó la fotografía y se la mostró al hombre.

—Habíamos pensado que a lo mejor esta entrada era la de la

casa dé los Keene —explicó.

El capataz movió negativamente la cabeza. Acompañó a Pam y Ricky a la parte trasera de la casa y les mostró todas las entradas que allí había. Ninguna tenía parecido con la fotografía.

Después de dar las gracias al señor Fuller, los dos hermanos montaron en sus bicicletas y tomaron el camino de regreso. A mitad de camino se encontraron con Pete y Holly.

—¿Ha habido suerte? —preguntó el hermano mayor.

—Ni una pizca —contestó Ricky—. ¿Y vosotros?

—También hemos dado un paseo inútil —rezongó Pete.

Era casi completamente de noche cuando llegaron a casa. Su madre salió a recibirles a la puerta y les preguntó:

—¿Habéis visto a Charles Belden?

—No —contestó Pete—. ¿Es que ha estado aquí?

La madre les dijo que el muchachito sordo había pasado por allí y parecía muy nervioso.

—Ha dicho que tenía noticias para vuestro Club de Detectives. Ha prometido volver mañana.

Como ya era demasiado tarde para ir a ver a su amigo, los Hollister estuvieron practicando el alfabeto de los dedos, hasta el momento de acostarse.

A la mañana siguiente, a las nueve, el señor Johnson, el granjero, se detuvo en casa de los Hollister, con Charles.

El muchachito corrió al porche, donde le esperaban los Hollister sentados en los peldaños, Charles quiso articular algunas palabras, pero estaba demasiado nervioso y tuvo que acabar deletreando el mensaje con los dedos.

Charles informó de que, hacia las cinco de la tarde anterior, había estado pescando en el lago y había visto a dos hombres paseando por la orilla, muy cerca de la Casa Antigua. Charles llevó su embarcación a tierra y siguió a los dos hombres. Ellos se detuvieron unos instantes y luego desaparecieron en el follaje. En el lugar donde Charles les vio por última vez, encontró el muchacho un tubo de cola, vacío.



Charles sacó el tubo del bolsillo para mostrárselo a Pam.

—¿Esto es una pista? —preguntó Ricky, poco convencido.

Charles leyó los labios del pecoso y replicó:

—La nota de aviso.

—¡Ya entiendo! —exclamó Pete—. Charles piensa que esos hombres pegaron las letras de la nota con el pegamento de este tubo.

El muchachito sordo dijo que sí con la cabeza y sonrió.

—Holly, ¿quieres hacer el favor de traer la nota? —pidió Pam.

Cuando la pequeña echó a correr, para hacer el encargo, sus trencitas bailaron de uno a otro lado sobre sus hombros. Cuando regresó con el papel solicitado, los demás niños examinaron atentamente la nota.

Pam olió la cola por los bordes de las letras y luego hizo lo mismo con el aplastado tubo. Por fin comentó:

—Tienen el mismo olor.

—Lo probaré —se ofreció la traviesa Holly. Y sin más, pasó la lengua por el tubo y a continuación por la cola del papel.

—¡Son iguales! Tienen el mismo gusto —anunció.

Con una risa divertida, Pete comentó:

—Gran investigación científica para nuestro Club.

—Tengo que irme —dijo Charles, señalando la camioneta del granjero, que estaba esperándole.

Pero, antes de que se marchara, Pete quedó de acuerdo con el muchachito mudo para encontrarse aquel atardecer en el lugar en que Charles había visto a los dos hombres.

Durante la tarde, Pam telefoneó a Kerry «Volteretas» para hablarle del señor Shaffer y de las visitas que habían hecho a las dos casas antiguas.

—Muchas gracias, Pam —dijo el artista—. Pero mi compañía sólo estará otros dos días en el Parque Municipal. Luego nos marchamos. Me parece que mi misterio quedará sin resolver.

Pam pidió a Kerry que no perdiese la esperanza.

—Nosotros seguiremos trabajando en su asunto —prometió.

Después de colgar, Pam quedó pensando sobre lo que podría hacer para localizar la entrada que buscaban. Pero nada se le ocurría y tuvo que acabar admitiendo, de mala gana, que aquél era un misterio que ella nunca sería capaz de resolver.

Poco antes del crepúsculo, Pete marchó a pie a encontrarse con Charles, a orillas del lago, cerca de la Casa Antigua. El agua, que iba y venía en lentos movimientos, tenía un color oscuro, como de plomo.

Pete vio a su amigo, que le esperaba sentado en un gran peñasco.

—Les he visto otra vez —anunció Charles, explicándose con los dedos.

—Y ¿dónde están ahora? —preguntó Pete.

—Han desaparecido.

Charles llevó a Pete al lugar en que había visto a los dos hombres. Sus pisadas aún resultaban bien visibles en la tierra húmeda. Pero las nubes estaban muy bajas y estaba oscureciendo con rapidez, lo cual hacía imposible el seguir buscando.

Pete dijo a Charles, también por señas, que podían ir juntos a la

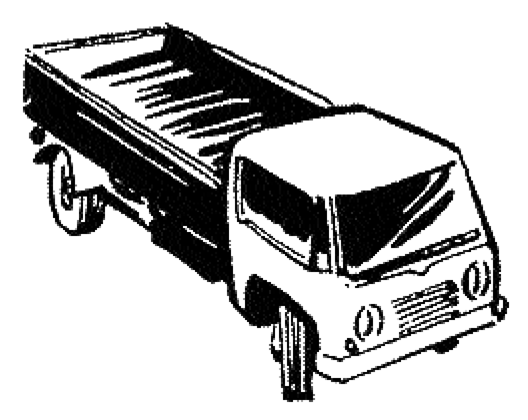
Casa Antigua. Tal vez aquellos hombres estuvieran merodeando por allí en aquel mismo momento.

Mientras los chicos se aproximaban a la vieja mansión, el viento, soplando entre los árboles, producía fantasmales rumores.

De repente, Charles cogió a Pete por un brazo y dejó escapar un grito de alarma. Pete siguió la dirección de los ojos del muchacho, y contuvo, a medias, una exclamación.

¡Por encima de la Casa Antigua se veía flotar un esqueleto!

UN PUESTO DE OBSERVACIÓN



Ante la infinita sorpresa de Pete, el esqueleto apareció un momento entre las nubes grises y después se esfumó.

Charles dio un tirón de la manga a su amigo. El muchacho mudo tenía los ojos abiertos de par en par cuando preguntó:

—¿Qué es eso?

Pete miró a su amigo y dijo, lentamente, para hacerse entender:

—Tiene que ser algún truco. Pero me alegro de que lo hayamos visto.

—¿Por qué?

—Porque eso prueba que la señora Neeley no está loca. Todo lo que ha dicho es verdad.

Charles cabeceó, dando a entender que comprendía.

Pete le hizo señas para que le siguiera y los dos amigos dieron varias veces la vuelta a la casa. Ni uno ni otro vio nada que despertase sus sospechas, y Pete no oyó cosa alguna.

Entonces fueron a la casa pequeña. La señora Neeley se mostró muy contenta al verles y no habló, en absoluto, del fantasma en el cielo. Pete se alegró de que la buena ancianita no hubiera vuelto a verlo.

Cuando Charles y él regresaban a casa, Pete tocó el brazo de su amigo para llamarle la atención, y dijo:

—Pienso que hay alguien que quiere aterrorizar a la señora Neeley. Puede hacerlo por broma. O por algo mucho más serio.

Charles quedó pensativo.

—Puede que sean esos dos hombres —dijo.

—Puede —concordó Pete—. Vamos a tener que vigilarle bien.

—¿Cómo?

Pete se detuvo y escudriñó, pensativo, la orilla del lago. De repente señaló un roble que se elevaba por encima de los arbustos, no muy lejos del lugar en que habían sido vistos los dos hombres.

—Podemos construir un escondrijo en ese árbol y observar a los hombres con gemelos.

Charles cabeceó, entusiasmado.

—Todos los miembros del Club de Detectives pueden ayudarnos. Empezaremos mañana —decidió Pete, que prometió a Charles ponerse en comunicación con él al día siguiente.

Luego los dos chicos regresaron apresuradamente a casa.

Lo primero que hizo Pete, a la mañana siguiente, fue organizar su equipo de trabajo. A las nueve, Jeff y Ann Hunter, así como Dave Meade, estaban en casa de los Hollister. Ricky estaba ocupado en bajar troncos de madera, apilados en el garaje, mientras Holly los iba ordenando a lo largo del camino. Donna Martin, ataviada con pantalones hasta las rodillas, llegó a ayudarles.

Pete salió por la puerta trasera, cargado con un martillo, una sierra, un ovillo de cuerda y una cajita con clavos.

—Indy llegará de un momento a otro, con la camioneta —dijo a Dave.

Indy, cuyo verdadero nombre era Edward Roades, era un indio del Oeste, que trabajaba en el Centro Comercial. El padre de los Hollister había permitido que Indy se ocupara de trasladar al grupo, con su material de trabajo, hasta el viejo roble. La camioneta del señor Hollister tenía paredes laterales, de modo que los niños podían colocarse detrás sin correr el peligro de caer.

—¡Ahí llega! —anunció Ricky, que seguía encaramado en la

escalera.

Indy hizo sonar el claxon varias veces, detuvo la camioneta y bajó. Era un hombre bajo y fornido, de cabello negrísimo y sonrisa franca, que dejaba a la vista sus dientes muy iguales y blancos.

—¿Todos preparados? —preguntó, acercándose a la pila de madera.

Pete y Dave le ayudaron a cargar, tanto los troncos como las herramientas, en la parte trasera de la camioneta.

—Tenemos más troncos preparados en casa de Dave y de los Hunter —dijo Pete—. Los recogeremos por el camino.

Ann y Pam se sentaron delante, junto a Indy. Dave, Pete, Ricky, Donna y Holly subieron detrás.

En el momento en que el vehículo estaba a punto de salir, Sue salió de la casa, corriendo, seguida de su madre. La guapa señora Hollister llevaba una gran cesta de merienda, en la mano izquierda, y con la derecha les hacía señas de que aguardasen.

—No olvidéis la comida —dijo.

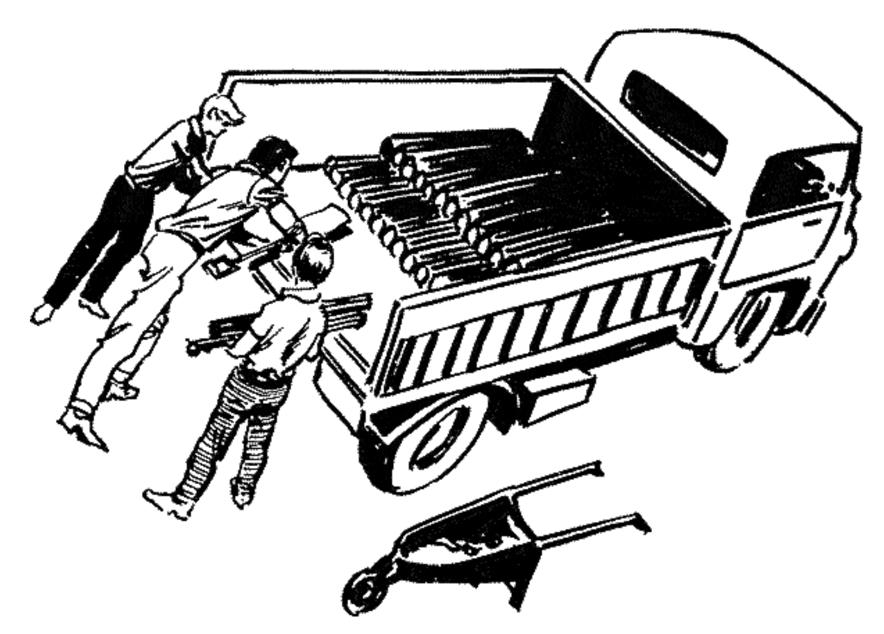
Ann abrió la portezuela y la señora Hollister colocó la cesta a sus pies.

—Me gustaría ir con vosotros —confesó Sue, mientras se balanceaba de un lado a otro, apoyada en la punta de los pies—, pero mamá tiene que arreglarme el vestido nuevo.

—Podrás ver la casa del árbol cuando esté terminada, guapina —dijo Pam.

Entonces la furgoneta se puso en marcha. Se hicieron dos paradas más para recoger el resto de la madera.

—Ahora sí que tenemos una buena provisión —comentó Pete cuando volvieron a ponerse en marcha.



Indy condujo durante un breve rato por la Carretera Serpentina. Luego embocó un estrecho sendero que llevaba a la orilla del agua.

—Ya no se puede ir más adelante —anunció, al cabo de un rato, deteniendo la camioneta. Y todos los niños saltaron a tierra.

—Por allí está el árbol —indicó Pete, señalando hacia la orilla.

—Es un árbol muy bueno y alto, y tiene muchas ramas —declaró Ricky, dándoselas de entendido.

Indy ayudó a los niños a llevar la madera y las herramientas a un trecho cubierto del césped, cerca del roble.

—¿Cuándo vuelvo a buscaros? —preguntó.

Pete, con las manos apoyadas en las caderas, miró primero el árbol, de arriba abajo, luego contempló la pila de madera y acabó diciendo:

—Creo que habremos terminado hacia las tres de la tarde, Indy.

—Vendré a buscaros a esa hora —contestó el hombre, sonriendo, antes de volver a la camioneta.

Hizo marcha atrás, para salir del sendero y luego se alejó por la carretera.

Pete, adoptando el papel de capataz, se hizo en seguida cargo de la dirección de los trabajos para el nido en el árbol.

Con la ayuda de su hermano mayor y de Dave, Ricky trepó al

roble. Al llegar a las ramas más altas, anunció:

—Aquí hay un lugar estupendo para la plataforma.

Y el pequeño explicó que había dos ramas muy sólidas que se extendían paralelas al suelo.

—Y hay muchas hojas entre las que podremos escondernos.

Pete arrojó a Ricky un extremo de una larga cuerda, el cual ató el pequeño sólidamente a una rama. Al otro extremo se irían atando las maderas para ir subiéndolas sin dificultad.

Dave se encargó de ir aserrando pequeñas porciones de madera. Usando un martillo y clavos, Pete clavó esos trozos al tronco, para que hicieran las veces de peldaños de escalera. Cuando todos los pedazos estuvieron clavados, Pete y Dave, seguidos de Pam, subieron al árbol para examinar el trecho elegido por Ricky.



—¿Qué te parece, Pam? —preguntó Pete a su hermana.

—Es un buen sitio —opinó la niña—. Pero tened cuidado, Pete. Está tan alto…

Su hermano se echó a reír y prometió que todos tendrían precaución.

Pam volvió al pie del árbol y Jeff subió con los otros chicos. Entonces las niñas tuvieron el trabajo de atar los martillos, la cajita de los clavos y toda la madera que se fue necesitando, al extremo de la cuerda. Los chicos subieron todo el material y dieron principio al trabajo.

Al mediodía, la plataforma triangular estaba a medio terminar. Una buena parte de las maderas ya habían quedado colocadas horizontalmente y los chicos pudieron sentarse a descansar un momento.

—¡Canastos! ¡Qué buen panorama! —dijo el pecoso.

Desde allí se podía contemplar todo el lago y las tierras que bordeaban la Casa Antigua. La orilla del agua era ondulada y formaba caletas y promontorios.

—¡Es una gran perspectiva! —declaró Dave, admirativo—. Oye, Pete. ¿Qué será aquella tubería grande de allí?

Dave señalaba a lo lejos, en la orilla del lago, la boca de salida de un conducto cubierto.

El mayor de los Hollister explicó que aquella tubería, tan grande que una persona podría caminar por dentro de ella, servía para llevar las aguas de la lluvia desde Shoreham al lago.

—Lo he visto yendo en la motora —concluyó.

En aquel momento, la voz de Holly flotó entre las ramas, preguntando:

—¿Ya habéis acabado, chicos?

—Todavía no —contestó Pete.

—Pues bajad a comer algo. Estamos hambrientas.

Mientras Pete, Dave y Jeff bajaban por los improvisados peldaños, Ricky se deslizó por la cuerda y fue el primero en llegar al suelo.

Pam ya había extendido un mantel sobre la hierba. Sobre el mantel había platos de cartón con bocadillos y vasos de papel rebosante de leche fresca. Los chicos corrieron al lago para lavarse las manos y regresaron en un abrir y cerrar de ojos. Sentados en el

suelo, con las piernas cruzadas, comieron con gran apetito. Estaban a punto de terminar, cuando… ¡Pof, pof, pof, pof!, sonó el zumbido de una motora en el recodo del lago.

—¡Oooh! ¿Y si son esos dos hombres? —murmuró Pete.

—Pensé que esos hombres sólo aparecían por la noche —replicó Dave.

—No podemos estar muy seguros de eso —dijo Pam.

—Y no hay que correr riesgos. Mejor será esconderse —propuso Pete.

Después de apurar la leche de sus vasos, los niños corrieron a esconderse entre los arbustos. Pam, que a toda prisa dobló el mantel y lo metió en la cesta, fue la última en ocultarse, y tuvo que llevarse la cesta consigo.

¡Pof, pof, pof! El zumbido del motor fue aproximándose. Los niños, atisbando entre el follaje, pudieron ver una embarcación que bordeaba el recodo del lago. En la embarcación iban dos figuras masculinas.

—¿Son ésos los mismos hombres de otras veces? —inquirió Dave en un cuchicheo.

—No lo creo —respondió Pete, que añadió un momento después —: Ésos son sólo unos chicos.

Los miembros del Club de Detectives salieron de sus escondites. Las niñas volvieron a extender el mantel y colocaron los vasitos del postre. Entre tanto, los chicos, con las manos colocadas sobre la frente para hacerse sombra a los ojos, observaron la embarcación que se aproximaba.

—¡Zambomba! ¡Si es la motora de Will! —exclamó Pete.

—Y Joey va con Will —anunció Jeff.

Ricky, malhumorado, observó:

—Nos han visto. Vienen hacia aquí.

La embarcación avanzaba en línea recta al grupo de comensales. Cuando la proa tocó la arena, Joey saltó a tierra, mientras Will detenía el motor.

Joey miró cautamente a su alrededor, para asegurarse de que no habían personas mayores. Convencido ya de que no era así, se encaminó con aire despectivo hacia el grupo:

—Vaya. Toda una reunión. Exclusiva para el Club de Detectives

de Shoreham, ¿no?

—Has acertado —dijo Pete.

—¡Eh, mira! —exclamó Will, señalando a lo alto—. Están construyendo una casa en ese árbol.

Joey miró hacia arriba.

—Debe de ser un lugar para reuniones secretas.

—Oye, Joey —llamó Pam, deseosa de distraer al chico—. ¿Por qué no tomas un poco de postre con nosotros? Y tú también, Will.

Los dos chicos quedaron sorprendidos por la invitación de Pam.

—Gracias —contestó Joey, aceptando el pastel que Pam le entregó en un platito de cartón.

Cuando los dos hubieron acabado el pastel, Pete les preguntó:

—¿Os dirigíais a alguna parte?

—A ningún sitio en particular —repuso Joey—. Creo que vamos a quedarnos aquí y veremos como trabajáis.

Y Joey y Will se miraron y sonrieron.

Cuando Pete, Dave y los dos pequeños estuvieron en lo alto del árbol, Pete dijo:

—Desearía que esos latosos se fueran.

—Me gustaría saber qué planean —comentó Dave, mientras martilleaba con afán.

Trabajaron de firme hasta que la plataforma triangular estuvo concluida y tuvo clavados dos tablones laterales, a modo de paredes. Durante todo ese tiempo, Joey y Will estuvieron tumbados boca arriba, al pie del árbol, con la vista en alto, haciendo comentarios sobre los chicos que trabajaban en las ramas.

A las tres en punto, la camioneta del Centro Comercial, conducida por Indy Roades, llegó al camino. El indio desmontó, se acercó al árbol y quedó admirando el trabajo.

—Muy bien —dijo—. Vamos a cargar la impedimenta. Vuestro padre quiere que volváis inmediatamente.

Los Hollister y sus amigos recogieron los trozos de madera sobrantes y, juntamente con las herramientas y la cuerda, los metieron en la camioneta.

—Es una pena veros marchar —dijo Joey.

—¿Qué vais a hacer vosotros dos? —preguntó Pete, que no tenía ningún deseo de volver en aquellos momentos a Shoreham.

—Vamos a ocupar este lugar en cuanto os vayáis vosotros —anunció Joey, con una maliciosa risilla.

—¡No, no! —protestó Pete—. Esa casa es nuestra.

—No lo será cuando os hayáis ido —replicó Will.

—Escucha una cosa, Joey —dijo Pete, aproximándose al camorrista—. No estoy para bromas. Este observatorio es muy importante para nosotros, de modo que no lo toquéis.

—Ah, ¿conque es eso? —se burló el chicarrón—. Un puesto de espionaje para vuestro Club de Detectives…

Pete se mordió los labios, indignado consigo mismo por haberse descubierto tontamente.

—Llamadlo como queráis, pero no lo toquéis —dijo, simplemente.

Mientras se alejaban, en la camioneta, Pete volvió la cabeza y vio a los dos malintencionados chicos, riendo de buena gana.

—Si Joey nos gasta alguna jugarreta con esa plataforma, me las pagará —dijo.

—Si no lo hicieras tú, lo haría yo —afirmó Dave—. Hemos trabajado demasiado para que vayamos a dejarnos tomar el pelo.

Aquella noche, después de la cena, Pete y Pam hablaron con sus padres respecto al observatorio.

—Me parece una buena idea —dijo el señor Hollister a sus jóvenes detectives—, siempre que lo tengáis bien camuflado.

—Lo está —aseguró Pete—. Y, además, tengo otro plan.

—¿Qué es? No me lo has dicho —observó Pam.

Su hermano sonrió, replicando:

—Es una sorpresa. Voy a pedir a Charles que me ayude a vigilar, por si esos hombres vuelven. Usando los gemelos de papá, podremos verles la cara y oír lo que dicen.

—¿Oír, con los gemelos? —preguntó la señora Hollister, con gran extrañeza.

—Para eso nos servirá Charles —replicó el hijo mayor—. Él podrá leer en sus labios.



—¡Qué gran idea, Pete! —exclamó, con admiración, Pam.

—Muy inteligente —aprobó el señor Hollister—. Confío en que dé resultado, hijo.

Una hora más tarde, cuando empezaba a oscurecer, la señora Hollister salió al porche y llamó a los pequeños, que habían salido a jugar al jardín.

Pete y Pam entraron en seguida. Pero Ricky y Holly no aparecieron, y Sue tampoco.

—¿Dónde estarán esos chiquillos? «Zip», ¿les has visto tú? —preguntó la señora Hollister, viendo al perro correr detrás de Pam y Pete.

«Zip» aulló y dejó escapar un penetrante ladrido.

—«Zip» sabe algo —opinó Pam.

Y Pete sugirió:

—Puede que los pequeños estén en casa de Donna.

Pam telefoneó a casa de los Martin y la rechonchita Donna

informó no haber visto a los Hollister desde hacía más de media hora. Cuando ella les vio, Ricky y Holly iban en sus bicicletas, y Sue estaba sentada en el porta-paquetes de Ricky.

Mientras colgaba el teléfono, a Pam se le iluminaron los ojos.

—Apuesto algo a que sé adónde han ido —dijo.

—¿Adónde?

—A la casa del árbol. ¿Os acordáis de que Sue no la ha visto? Seguramente ha pedido que la lleven.

—Tienes razón, Pam —concordó la madre—. Papá puede llevarnos allí en la furgoneta, antes de que sea demasiado de noche.

Minutos más tarde, el señor y la señora Hollister, acompañados de sus dos hijos mayores, avanzaban a buena velocidad por la carretera que llevaba al árbol observatorio. Los sapos cantaban sus alegres melodías cuando el señor Hollister, conduciendo por el angosto sendero, llegó a la orilla del lago.

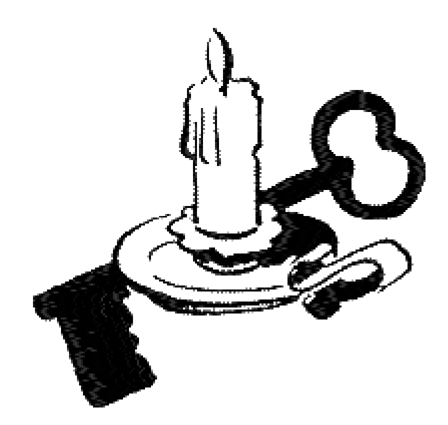
—¡Ya veo sus bicicletas! —exclamó, inmediatamente Pete, corriendo hacia el gran árbol.

—¡Y allí está Sue! —añadió la señora Hollister, siguiendo a su hijo, a todo correr.

Cuando la pequeñita vio a los cuatro aproximarse, empezó a sacudir los bracitos, como enloquecida, al tiempo que gritaba con voz aguda:

—¡Mamita! ¡Papá! ¡Sálvales!

INVESTIGACIONES NOCTURNAS



Pete aceleró la carrera y fue el primero en llegar bajo el roble. Levantó la vista y, a la escasa claridad, vio que los tablones del centro habían desaparecido.

Luego, cuando sus ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad, notó dos siluetas que se movían frenéticamente.

Una de las siluetas era la de Ricky. El chico estaba tendido sobre los tablones restantes. Tenía los brazos extendidos a través del agujero. Con ambas manos tenía agarradas las muñecas de Holly. Ella, emitiendo gritos de miedo, intentaba trepar.

—¡Sujetaos bien! —gritó Pete. Y a toda prisa subió por los escalones de madera, hasta que estuvo debajo del observatorio.

Sujetándose con fuerza al tronco del árbol, Pete apoyó un pie en una sólida rama que quedaba debajo y detrás de su hermana. Alargando el brazo derecho, agarró por la cintura a Holly.

—¡Suéltala, Ricky! —indicó.

El peso de Holly, que quedó repentinamente pendiendo de su brazo, estuvo a punto de hacer caer a Pete de la rama. Pero, recurriendo a todas sus fuerzas, se echó hacia atrás para quedar, con su hermana, reclinado en el tronco.

Por fin, temblorosos, se sentaron los dos en el ángulo de una gran rama, con objeto de esperar a que se normalizase su respiración.

—¡Hurra! —gritó Sue, desde abajo.

—Qué valeroso has sido, Pete —alabó la madre.

Y con voz sonora y emocionada, el padre añadió:

—¡Muy bien, muchacho!

Cuando se recobró del susto pasado, Holly bajó del árbol. La siguió Pete, y Ricky fue el último en descender.

—¡Santo cielo! Pero ¿qué ha sucedido? —preguntó la madre, abrazando con fuerza a Holly.

—Alguien nos quitó unos cuantos maderos de la plataforma —explicó Ricky.

El pecoso siguió contando cómo Holly y él habían llevado a Sue a ver el observatorio. Cuando los dos hermanos treparon a lo alto, en la oscuridad no se dieron cuenta de que faltaban maderos del centro. Holly dio un paso en el vacío y hubiese caído abajo, de no ser por Ricky que la agarró a tiempo.

Mientras regresaban todos al coche, Pam preguntó a Pete, a media voz:

—¿Crees que lo habrán hecho Joey y Will?

—Seguramente —replicó Pete, malhumorado, recordando que aquella tarde los chicos habían quedado sentados bajo el árbol.

Después que los chicos se encargaron de meter las bicicletas en la parte trasera de la furgoneta, los Hollister regresaron a casa.

Por el camino, Pete dijo que iba a telefonear a Charles para pedirle que le acompañase a hacer una inspección desde la casa del árbol, al día siguiente, al anochecer.

—Podemos reparar el suelo y vigilar por si vuelven los dos hombres.

Tan pronto como llegaron a casa, Pete telefoneó a la granja de los Johnson. Explicó su plan al granjero y le pidió que se lo transmitiera a Charles.

—Pero es que Charles no está ahora aquí —dijo el señor Johnson.

—¿Dónde está? —preguntó Pete, alarmado.

—Charles ha ido a la ciudad, y no sé cuándo volverá —replicó el

granjero. A continuación explicó que un familiar del muchachito sordo se había puesto enfermo. En la granja se había recibido un telegrama en el que se pedía que Charles acudiese inmediatamente a casa.

Pete dio las gracias al señor Johnson y se despidió. Cuando contó a su familia lo que ocurría, todos quedaron muy preocupados.

—Pobre muchacho —se compadeció la señora Hollister—. Espero que ese familiar suyo se restablezca pronto.

—También yo lo espero —afirmó Pete—. Esto estropea todos mis planes de investigación —añadió, sombrío, pues tenía la impresión de que todos los trabajos detectivescos iban a quedar estancados.

De repente sonó el teléfono. Pete corrió a contestar.

Al aparato estaba Dave que, muy nervioso, dijo:

—Estoy en la Casa Antigua. Ha habido ruidos muy extraños por aquí, esta noche. Y ¿sabes una cosa? La señora Neeley nos da permiso para que exploremos por aquí después del oscurecer.



—¿Cuándo?

—Ahora mismo. Esta noche. ¿Puedes venir? Si vienes no necesitas linterna. Yo tengo una.

Pete apoyó la palma de la mano en el micrófono y habló con sus padres. Al principio, la señora Hollister se mostró poco dispuesta a permitir que su hijo fuese a la vieja mansión por la noche. Sin embargo, después que todos insistieron para que accediese, acabó diciendo:

—Muy bien. Podéis ir Pete y Pam. Pero llevaos con vosotros a «Zip».

—¡Gracias, gracias, mamá! —exclamó Pam, corriendo a darle un abrazo.

El señor Hollister se ofreció a llevar a sus dos hijos en la furgoneta, pero Pete respondió que no hacía falta. Llevaban buenas luces en las bicicletas, y llegarían sin dificultades, pedaleando.

Los dos hermanos se pusieron en camino hacia la Carretera Serpentina. «Zip» correteaba tras ellos. Cuando llegaron a la casita de la entrada, encontraron a Dave, que les esperaba impaciente. En la mano sostenía una gran linterna cromada, de amplio foco.

Los Hollister aparcaron sus bicicletas, mientras «Zip» trotaba de un lado a otro, olfateando aquí y allá, como esperando algo.

—Bien. Empecemos la investigación —propuso Dave, abriendo la marcha hacia la Casa Antigua.

El amplio haz de luz de la linterna marcaba el sendero, en medio de la oscuridad, y muy pronto el grupo estuvo ante la puerta. Pam agarró a «Zip» por el collar, para tener al perro cerca de sí. Pete, con mucha precaución, hizo girar el picaporte y abrió la gran puerta de roble. Todos entraron en la casa.

—¡Zambomba! ¡Esto, de noche, es todavía más misterioso! —comentó Pete.

Los niños escucharon, manteniendo silencio. No se oía nada. Dave, empuñando la linterna, marchó delante. Recorrida la gran sala, entró en un pequeño estudio del fondo.

Estaba Dave iluminando con su linterna las estanterías llenas de libros viejos, cuando un gran estruendo invadió la casa. Los jóvenes detectives quedaron como helados. Todos escucharon en silencio. «Zip», con las orejas tiesas y puntiagudas, dejó exhalar un aullido

gutural.

Desde arriba llegaban ladridos y gritos. Pam sujetó a «Zip» por el collar.

—Hay un perro arriba —cuchicheó.

—Parece un perro muy grande —opinó Dave—. Puede ser peligroso.

—Pero nosotros tenemos a «Zip» para protegernos —recordó Pete a los demás, mientras el fiel perro intentaba alejarse de Pam.

En aquel instante, desde arriba llegó un ladrido agudo. «Zip» se soltó de Pam, corrió a la sala y subió escaleras arriba. Pete, Dave y Pam corrieron tras él.

Al intentar subir dos peldaños a un tiempo, Dave dio un traspié y su linterna golpeó contra el pasamanos.

¡CRASH! Todo quedó a oscuras. El tintineo de cristal indicó a los jóvenes investigadores que la interna se había roto.

Muy asustados, los tres permanecieron inmóviles, en la escalera, escuchando. Pudieron oír que «Zip», en el piso de arriba, corría de habitación en habitación. Pero no se escucharon más ladridos.

—¡Rábanos! —dijo Dave—. Puede que no haya ningún perro…

—¡Zambomba! —exclamó Pete, a media voz—. Si, al menos, pudiéramos encontrar una linterna…

—El otro día, en la galería, yo vi una palmatoria —recordó la niña—. Había varias velas al lado.

A tientas, subieron los peldaños restantes, hasta el descansillo. Ahora fue Pam quien abrió la marcha, subiendo de puntillas los peldaños que llevaban al siguiente piso. Una vez allí, empezó a palpar hasta encontrar la mesita baja y la palmatoria antigua. Junto a la palmatoria localizó tres velas y una carterita de cerillas.

Pam levantó la tapa y contó a tientas.

—Sólo hay tres cerillas —musitó.

Le temblaban los dedos cuando frotó la primera contra el rascador. La llamita proyectó tres largas sombras en la balaustrada, mientras la niña tomaba una vela. Pero tanto le temblaba la mano, que la llama se extinguió.

—Ten cuidado, Pam —advirtió su hermano—. Sólo nos quedan dos cerillas.

Esta vez, Pete sostuvo la carterita mientras su hermana frotaba

la segunda cerilla. Estaba a punto Pam de acercar la llamita a la vela, cuando «Zip» llegó corriendo desde el piso de arriba y le rozó la falda. Este movimiento inesperado hizo que Pam golpease la cerilla contra el pábilo. La llama desapareció.



—Sólo nos queda una —musitó Pam, muy nerviosa—. Esta vez probad a encender vosotros, chicos.

Dave sostuvo la vela. Pete rascó la cerilla y protegió la llama con la palma de la mano curvada. Pero, cuando estaba aproximando la cerilla encendida a la vela, desde la parte baja de las escaleras llegó una ráfaga de viento. La llama osciló y desapareció en seguida.

¡BOOM!



Cuando la última de las cerillas se apagó, el lugar volvió a quedar sumido en sombras.

—¡Vaya mala suerte! —se lamentó Pete.

—¿De dónde venía ese viento? —susurró Dave.

—No lo sé —repuso Pete, buscando la mano de su hermana—. Dame la mano, Pam. Hay que tener mucho cuidado; no vayamos a caernos por las escaleras al salir de aquí.

Lentamente, guiándose por el tacto, recorrieron la galería. De repente, el silencio quedó roto por un agudo siseo. A esto siguieron repiqueteos, toses, gruñidos y, por fin, risas contenidas.

—¡Vaya noche! —se lamentó Dave—. ¿Qué es eso?

Mientras hablaba, Dave intentaba encontrar el pasamanos y el primer peldaño.

Tan de prisa como pudieron, los tres bajaron. Todavía agarrados de la mano, Pete y Pam atravesaron corriendo la sala. En la oscuridad, la niña tropezó con una mesa y cayó, produciendo gran estrépito.

Pam quedó más asustada que dolorida. Mientras Pete ayudaba a su hermana a sentarse, la mano de ella se posó en un objeto de

hierro, que parecía tener una forma extraña. Los dedos de Pam recorrieron los contornos del objeto.

—¡Pete! —exclamó—. Creo que he encontrado el viejo limpiabarros. ¡Esto tiene la forma de un elefante!

—Vamos —apremió Dave—. Hay que salir de aquí. Ya hablaremos luego.

Pam se puso en pie y los tres niños cruzaron la estancia. Pete abrió la enorme puerta y todos salieron a la oscuridad de la noche. Corrieron por el camino y les tranquilizó muchísimo distinguir luz en la casa pequeña.

Cuando llamaron a la puerta, la señora Neeley les hizo entrar. Pete le explicó, en pocas palabras, que Pam se había caído, y luego, uno tras otro, fueron examinando el extraño objeto de hierro.



—Sí. Es un limpiabarros —les dijo la señora—, pero siempre se ha usado como adorno en la biblioteca. Al menos, que yo recuerde.

—¿De dónde lo trajo usted? —quiso saber Pete.

—Estaba ya en la Casa Antigua, cuando la heredé —dijo la señora.

—Pero ¿siempre estuvo en la casa o llegó desde otra parte? —indagó Dave.

—No lo sé. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que eso puede resolvernos otro misterio —explicó Pam.

Luego informó a la ancianita de las investigaciones que realizaban respecto a Kerry «Volteretas».

Cuando su hermana concluyó, Pete dijo:

—Hemos tenido un gran susto esta noche.

El chico relató cuanto les había sucedido, mientras la señora Neeley escuchaba atentamente, moviendo de un lado a otro la cabeza.

—¿Quién podría ser el que hacía esos ruidos?

—Pudo hacerlos algún búho en el granero —respondió Pete—. Esos animales hacen ruidos muy extraños.

Los niños se miraron entre sí, muy poco convencidos.

—¡Es terrible! —exclamó, de repente, la señora Neeley—. ¡Pensar que el fantasma os ha apagado la última cerilla!…

—Estoy segura de que sólo ha sido una ráfaga de viento —dijo Pam, con voz poco firme.

—¡No, no, no, no! —contestó la anciana, moviendo vigorosamente la cabeza de un lado a otro, cada vez que pronunciaba un «no»—. ¡Eso es el fin!

La viejecita pidió a los niños que interrumpieran sus investigaciones en la Casa Antigua, y concluyó con estas palabras:

—La venderé. Eso haré. Y me iré lejos. Tú, Pam, puedes quedarte con ese limpiabarros.

—No, no se vaya —suplicó Pam.

—Nosotros lo aclararemos todo —aseguró Pete.

Entre todos procuraron convencer a la señora Neeley de que todo lo que estaba ocurriendo era debido a alguna jugarreta. Lo que quedaba por hacer era averiguar a qué se debía todo.

—Si nos da usted un poco más de tiempo, seguro que le desencantaremos la casa, señora Neeley —afirmó Pete.

Después que la ancianita accedió a dar a los jóvenes detectives otra oportunidad, los tres montaron en sus bicicletas, encendieron las luces y pedalearon por la Carretera Serpetina. Pete volvió una vez la cabeza, y un penetrante escalofrío le recorrió la espalda al ver una luz que se encendía y se apagaba en una habitación del piso alto.

A la mañana siguiente Pam mostró el elefante a Holly, Ricky y Sue.

—¡Canastos! ¡Qué pista tan buenísima! —exclamó el pecoso—. ¿A dónde conducirá, Pam?

—Puede que no conduzca a ninguna parte —murmuró Holly, mientras se retorcía una de las trenzas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pete.

Su hermana repuso que, si el limpiabarros había sido recogido de la vieja puerta, tal vez aquella entrada ya no existía.

—¡Zambomba! —exclamó Pete, haciendo chasquear los dedos—. Holly tiene razón. ¿Cómo no habíamos pensado en eso?

—No es extraño que no podamos encontrarla, si no existe —comentó Pam, desencantada.

—Pueden haberla derribado, o retocado por encima —reflexionó Ricky.

La hermana mayor sacudió la cabeza y suspiró.

—Si es así, va a resultar más que difícil localizar la casa donde vivió la madre de Kerry —dijo.

Mientras los demás quedaban mohínos y pensativos, Ricky empezó a pasearse con el limpiabarros de hierro en equilibrio sobre su cabeza. Estaba aproximándose al teléfono cuando éste sonó. Ricky tomó el auricular, procurando mantener el cuello muy envarado.

—Ah. Hola, señor Fundy —dijo alegremente, y al instante el elefante cayó de su cabeza. Después de escuchar unos momentos, el pecoso replicó—: ¡Sí, señor! ¡En seguida!

—¿Qué desea el señor Fundy? —preguntó Pete.

—Dice que es muy importante y que necesita vernos inmediatamente —replicó Ricky.

Pete dijo que él no podía ir porque había planeado arreglar, con ayuda de Dave, la plataforma del observatorio del árbol.

—Está bien. Iremos los demás —decidió Pam.

Después de recoger martillo y clavos, Pete montó en su bicicleta y fue a casa de Dave. Al mismo tiempo, Pam, Holly y Ricky salieron hacia la casa del señor Fundy.

Encontraron al anciano caballero en la puerta principal.

—Entrad, niños —invitó, amablemente—. He recordado algo

que quizá pueda ayudaros a resolver uno de vuestros misterios.

—¿El de Kerry «Voltretas»? —preguntó Ricky, entusiasmado, mientras todos seguían al anciano hasta la sala.

El viejecito movió la blanca cabeza afirmando, y dijo:

—Si mi memoria es fiel, creo que yo hice esa vieja fotografía.

—¡Oh! ¡Qué estupendo! —exclamó Pam.

—Y puede que todavía tenga el negativo —añadió el señor Fundy, cuyos ojos parecían más adormilados que nunca—. Y si lo tengo, eso nos indicará dónde vivió la madre de Kerry.

—¡Canastos! ¡Vamos a verlo en seguida! —se entusiasmó Ricky.

El fotógrafo contestó que no iba a ser fácil. Tenía miles de negativos guardados en el sótano al que había caído Ricky por la ventana.

—Puede que nos lleve varios días encontrarlo —dijo el viejecito.

—Tengo una idea —anunció Pam—. Podemos pedir a todas las chicas del Club de Detectives que ayuden a buscar entre sus archivos, señor Fundy.

—¡Excelente! Podéis venir a cualquier hora.

Mientras el fotógrafo y Pam estaban hablando, Ricky y Holly se habían colado en el estudio adyacente, y lo miraban todo. Un momento después el anciano hacía entrar allí a Pam, para enseñarle el lugar.

En lo alto de una estantería descubrió el pecoso un extraño armatoste. Era una pieza de metal, con un mango.

—¿Qué es eso, señor Fundy? —preguntó.

Con una sonrisa, el anciano repuso:

—Es un viejo «flash».

—¿Podría hacernos una fotografía con eso?

—Si no os importa el ruido…

—¡No, no! —replicaron, a coro, Ricky y Holly.

El señor Fundy rebuscó en un cajón y acabó sacando una cajita metálica. Abriéndola, dijo:

—Si esto funciona, tendremos fotografía.

El señor Fundy situó a los tres niños en un banco, ante una gran cámara colocada en un trípode. Después metió la cabeza bajo un paño negro y ajustó los focos. Luego conectó el generador al antiguo «flash».

Sosteniendo el mango con la derecha, apoyó el dedo en un pulsador y dijo:



—Bien; mirad a la cámara.

En el momento en que Pam, Ricky y Holly obedecían, se oyó un súbito estallido, y toda la habitación quedó iluminada.

Ricky cayó del banco y fue a parar al suelo. Cuando el humillo blanco desaparecía, el pequeño se levantó algo avergonzado.

—¡Me ha dado un susto, señor Fundy! —admitió, y sus hermanas se echaron a reír.

—¡Esperad a que Pete vea esta fotografía! —sonrió el anciano, empezando a revelarla.

En aquellos momentos, Pete estaba muy lejos de allí, ocupado en una aventura muy diferente. Había ido a buscar a Dave, y juntos se encaminaron a la casa del árbol, llevando cada uno un tablón

colocado sobre el manillar.

Subieron por los tacos del tronco, con los tablones bajo el brazo, llegaron a la plataforma y, rápidamente, la repararon.

Desde allí arriba, Pete contempló la orilla del lago.

—Hay una cosa en la que no hemos pensado, Dave.

—¿Qué cosa?

—La tubería. Es lo bastante grande para que una persona pueda caminar por dentro de ella. A lo mejor fue por allí por donde esos hombres desaparecieron.

—Vamos a investigar.

Los dos bajaron del árbol y llegaron al suelo en el momento en que otros dos ciclistas llegaban por el sendero e iban a detenerse cerca del roble.

—¡Will y Joey! —exclamó Dave.

Los dos chicos estaban desmontando, cuando Pete les salió al encuentro.

—Tengo que hablar contigo, Joey —dijo.

—¿Sobre qué?

—¿Quién quitó los tablones de nuestra casa?

—¡Lo hice yo! —contestó Joey, bravuconeando—. ¿Qué pasa…?

El chico no acabó la frase, porque Pete le dio un puñetazo tan contundente que le hizo rodar por tierra. El ataque cogió por sorpresa al camorrista, que no supo hacer otra cosa más que pedir disculpas, al ponerse en pie.

Will explicó que todo había sido idea de Joey, para entretenerse tirando piedras a través de aquel hueco.

—Debería darte un puñetazo en la nariz también a ti —contestó Pete, que luego informó a los dos chicazos del peligro que habían corrido Ricky y Holly.

Will inclinó la cabeza. El chico no quería pelea.

—Bueno… No volveremos a hacerlo —murmuró Will.

—Que sea verdad eso —dijo Dave—. Y ahora, en marcha, y andad bien lejos de nuestra casa.

—Nosotros queremos ayudaros a resolver vuestro misterio —dijo Joey—. No volveremos a estropear vuestro observatorio. Palabra.

Pete y Dave se miraron. Si rechazaban la ayuda de los camorristas, ellos les seguirían y no cesarían de molestarles.

—Está bien —dijo Pete Hollister—. Podéis venir con nosotros, pero tendréis que hacer lo que os digamos.

Mientras los cuatro caminaban por la orilla del agua, los dos miembros del Club explicaron que deseaban ir a investigar en la gran tubería. Cuando hubieron recorrido más de medio kilómetro, siguieron una curva y se aproximaron a una caleta.

Allí estaba la gran tubería. El extremo, abierto, acababa muy cerca del agua y de su interior salía un pequeño arroyuelo.



—Pensamos mirar dentro —explicó Pete a sus poco afables compañeros, señalando la oscura entrada de la tubería.

—Si de verdad queréis venir con nosotros, adelante —invitó Dave.

—Pero será mejor llevar alguna rama gruesa —advirtió Pete—. Nunca se sabe lo que se puede encontrar dentro de un sitio como éste.

Mientras Joey y Will se proveían de unos sólidos troncos, Pete habló con su amigo, utilizando el alfabeto de los dedos.

«Buscar pistas, sin decir nada. Salir. Volver más tarde».

Dave asintió con la cabeza.

Pete abrió la marcha por la gran tubería, seguido de Dave y Will. Joey iba el último. Acostumbrados al fuerte y resplandeciente sol, los chicos apenas podían ver en la sombría tubería, que resultaba muy fría y olía a moho. El fondo se encontraba cubierto de lodo y piedrecillas recubiertas de musgo.

Pete avanzó, decidido.

—Tened cuidado —aconsejó—. Está muy resbaladizo.

La voz de Pete sonaba hueca.

Habían recorrido unos treinta pasos cuando, de repente, Pete se detuvo en seco sobre algo blando, que se retorcía bajo sus pies.

EN EL OBSERVATORIO



Estremecido de miedo, un ratón almizclero dio una sacudida y corrió fuera del túnel. Mientras Pete observaba la huida del animal, Joey y Will se internaron más en el gran conducto.

—Esperadnos —ordenó Dave.

—¿Qué pasa? ¿Es que tenéis miedo de que encontremos pistas antes que vosotros?

Aún no habían tenido tiempo de alcanzar a los chicazos, cuando Pete y Dave oyeron gritar a Joey:

—¡Eh, mira aquí! ¡Hay una abertura en este lado de la tubería!

Dejaron de oírse pasos, porque Joey se había detenido a investigar. Pero, de repente, sonó un grito.

—¡Hay algo aquí! ¡Lo he visto moverse! —gritó Joey.

Pete y Dave no se precipitaron. Con cautela se aproximaron al negro orificio abierto en un lado de la tubería de hormigón. Incluso en la oscuridad pudieron ver que la abertura tenía, aproximadamente, metro y medio de altura por un metro de ancho.

Los chicos se detuvieron a escuchar. No se oía otra cosa más que el gotear de agua que, lentamente, iba cayendo en alguna parte del agujero.

—Puede que sea un túnel. Vamos a entrar —propuso Pete.

—Cuidado —advirtió Dave—. Está demasiado oscuro.

Pete avanzó, palpando con ambas manos los laterales del orificio.

—¡Zambomba! Ya lo creo que es un túnel. Está recubierto de ladrillo —informó.

Avanzó dos pasos más y tocó la parte de encima. Los ladrillos de la techumbre arqueada estaban medio desprendidos. Uno de ellos cayó y le golpeó en un pie.

—¿Y si todo el túnel se derrumba sobre nosotros? —dijo Dave, inquieto—. Creo que no debemos seguir adelante.

Pete, aunque lamentando suspender la exploración, tuvo que admitir que su amigo tenía razón. Siempre palpando el túnel por donde caminaban, los dos muchachitos volvieron a la tubería y pronto estuvieron en la salida.

—Qué mala suerte que Joey y Will hayan encontrado una pista tan importante —masculló Pete.

—Seguramente empezarán a contarlo todo, y la gente vendrá a husmear.

—Y así nos quitarán la posibilidad de solucionar el caso —se lamentó Pete—. Tengo la corazonada de que el túnel conduce a la Casa Antigua. Puede que sea así como entra el «fantasma» sin ser visto, y si Ja gente conoce la existencia del pasadizo, el «fantasma» se asustará y no volverá.

Los dos amigos salieron entonces, parpadeando, a la luz del sol.

—¿Qué habéis averiguado? —preguntó Joey, que estaba esperándoles—. ¿Es un túnel?

—¿A dónde conduce? —inquirió Will.

—¿Qué era lo que se movía dentro? —quiso saber Joey, que no dio ni tiempo de contestar a los otros.

—No lo sé —replicó entonces Pete. Y con voz grave, añadió—: Oíd una cosa, muchachos. No conviene que se propague esta noticia.

—De acuerdo —repuso Joey, dándosela de persona muy formal —. Ya nos conoces. Somos de los que saben guardar un secreto, ¿verdad, Will?

—Si lo guardáis, nosotros os contaremos todo lo que

descubramos en ese túnel —prometió Pete.

De camino a la ciudad, Dave invitó a Pete a comer en su casa.

—Gracias —respondió Pete—. Me gustaría comer contigo. Además, esta tarde podríamos hacer una cosa.

—¿Qué? —preguntó Dave.

Pete contestó que el ingeniero de la ciudad de Shoreham era el encargado del alcantarillado y los desagües para tormentas.

—Puede que sepa algo sobre ese viejo túnel.

—Iremos después de comer —replicó, entusiasmado, el otro.

Dave Meade vivía con sus padres en una bonita casa de una sola planta. Su madre, que había sido maestra de cocina en la Escuela de Enseñanza Media de Shoreham, estaba en la cocina, ocupada en hacer «éclairs» de chocolate.

—Me alegra que te quedes a comer con nosotros, Pete —dijo la señora Meade, con una amplia sonrisa—. Parece que los dos tenéis mucho apetito, y tengo una buena comida: bocadillos de asado de buey. —Mientras preparaba dos platos para los chicos, la señora añadió—: Si esperáis una media hora, tendré los «éclairs» preparados.

—Pero, señora Meade, es que nosotros tenemos…

La madre de Dave interrumpió a Pete, diciendo, tajante y sonriente:

—Cualquier cosa que tengáis que hacer, se esperará a que yo tenga preparado este postre. Sé que os va a gustar.

—¡Es fantástico! —afirmó Dave—. Será mejor que nos quedemos.

Aunque la comida era muy apetitosa, Pete no podía prestar mucha atención a lo que comía porque le parecía que, si querían resolver el misterio de la casa embrujada, debían explorar el túnel. ¿Cuánto tiempo guardarían Joey y Will el secreto? Quizá ni media hora.

Cuando los dos muchachos estaban acabando los bocadillos, la señora Meade metió en el refrigerador los «éclairs», todavía calientes, para que se enfriasen. Pete procuró no pensar en sus problemas, mientras esperaba. Por fin, la señora sirvió el postre.

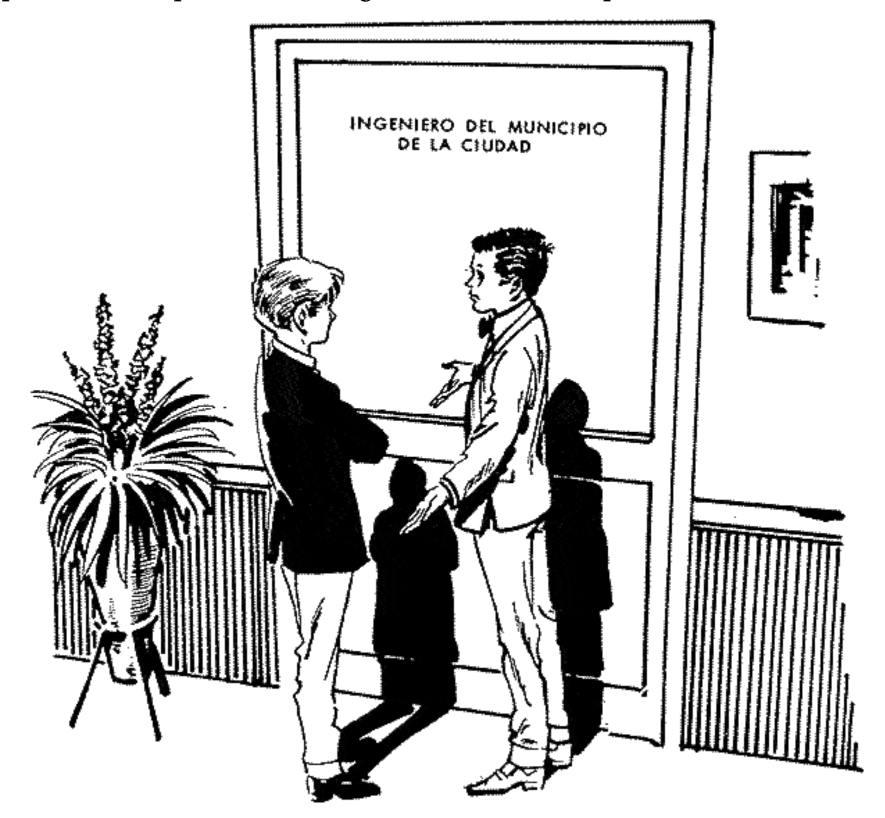
—Humm. Humm… ¡Son deliciosos! Tenías razón, Dave —dijo Pete—. Gracias, señora Meade.

Después de comerse dos estupendos dulces de chocolate por cabeza, los dos chicos volvieron a montar en sus bicicletas y pedalearon hacia el centro de Shoreham. Cerca de la zona comercial estaba la plaza mayor. A un lado se encontraba la Escuela Superior y la biblioteca de Shoreham. En frente, formando un gran cuadrángulo, se veía el edificio del Ayuntamiento.

Los chicos subieron corriendo las escaleras de piedra y entraron en un pasillo. El ascensorista les dijo que el ingeniero de la población tenía las oficinas en el segundo piso.

—Es el señor Cramer —informó, cuando Pete y Dave salían del ascensor.

Los dos amigos recorrieron medio pasillo hasta llegar a una puerta en la que se leía: «Ingeniero del Municipio de la Ciudad».



Al entrar, se encontraron en una gran estancia. De las paredes colgaban mapas y diagramas y, a un lado, había varios hombres sentados ante unas mesas de dibujo. Uno de ellos se puso en pie y se

acercó a los niños, preguntando:

—¿Puedo serviros en algo, amigos?

—Buscamos al señor Cramer.

—Yo soy vuestro hombre —fue la respuesta.

Pete había esperado que se tratase de una persona de edad. Pero el ingeniero municipal de Shoreham resultó ser un hombre de la edad del señor Hollister, no tan alto, y muy delgado. Tenía el cabello negro y ondulado y llevaba lentes.

—Tenemos asuntos secretos que tratar —le dijo Dave.

—En tal caso, entremos en mi oficina privada.

Llevó a los dos chicos hasta otra puerta que daba a una habitación más pequeña. Allí había un escritorio, varias sillas y un archivo.

—Se trata de la tubería que hay en la orilla del lago, cerca de la Casa Antigua —explicó Pete, cuando todos se hubieron sentado.

—Es un conducto para el agua de las lluvias —contestó el señor Cramer—. Se instaló hace varios años, para evacuar el agua de lluvia de la zona norte de la población.

—¿Ayudó usted a instalarlo? —preguntó Pete.

—Sí. Yo era ingeniero ayudante, por entonces. —El ingeniero sonrió, al preguntar—: ¿Cuál es vuestro secreto?

Pete le habló del descubrimiento que habían hecho.

El señor Cramer frunció el ceño y repuso:

—Sí. Ya recuerdo aquel pasadizo. Tuvimos que hacer un corte transversal en él cuando tendimos la tubería, que lo corta justamente por el centro.

—¿Conduce a la Casa Antigua? —preguntó Dave, muy interesado.

El ingeniero se reclinó en su silla giratoria, mientras respondía:

—Eso supongo. No hay otro lugar más próximo a donde pueda llevar. Muchas de esas casonas antiguas tenían entradas subterráneas.

—¿No entraron ustedes en el túnel? —se maravilló Pete.

El señor Cramer sonrió.

—Entramos, pero sin llegar muy lejos. Los ladrillos estaban desprendiéndose y resultaba peligroso. Además, yo estaba demasiado ocupado en las tareas de alcantarillado, y no podía

dedicar tiempo a lo demás.

Luego el señor Cramer agradeció a los chicos, que le hubieran puesto al corriente de su descubrimiento. Y mientras les acompañaba a la puerta, añadió:

—Lo primero que haré el lunes por la mañana será enviar un par de obreros para que cierren ese orificio. Entretanto, muchachos, no os acerquéis por allí.

Al salir de la oficina, los dos amigos se miraron con desaliento. Pete acabó exclamando:

—¡Vaya equivocación hemos cometido! Cuando los obreros cierren el agujero, habrán espantado al «fantasma».

—Como no sea que nosotros le descubramos antes —sugirió Dave, mientras se encaminaban al ascensor.

—Pero hoy ya es viernes —le recordó Pete—. No nos queda mucho tiempo. Y ahora, cuando más falta nos hacía, se nos ha marchado Charles.

Bajaron a la planta primera, abandonaron el edificio y, montados en sus bicicletas, emprendieron el camino a casa, silenciosos y preocupados.

Ya estaban en la calle de Dave cuando Pete comentó:

—Lo que me da más rabia es que el señor Cramer no ha podido decirnos nada que no supiéramos ya.

Los dos chicos se despidieron y Pete continuó hacia su casa.

Al embocar el sendero del jardín, vio algo que cambió su expresión ceñuda en una sonrisa alegre. Sentado en la hierba, con Pam, Ricky y Jeff Hunter estaba Charles Belden. Pete bajó de su bicicleta y corrió hacia el grupo, pero aún no había tenido tiempo de decir una palabra cuando Pam le preguntó:

—¿Ya sabes la noticia?

—¿Qué noticia? —inquirió Pete, notando que los demás estaban muy serios.

—Joey y Will han descubierto un túnel secreto en la tubería que está cerca de la Casa Antigua —gritó Ricky, hablando atropelladamente.

—Se lo están contando a todo el mundo —añadió Jeff—. A mí me lo ha dicho el chico del puesto de refrescos que hay en el «drugstore». Los dos le han contado cómo estuvieron haciendo

exploraciones.

—¡No lo han hecho ellos! —protestó Pete, contando en seguida la verdad de todo lo ocurrido, así como la visita al ingeniero—. Ahora ya no nos queda tiempo ni siquiera hasta el lunes para resolver el misterio —se lamentó.

—Si el «fantasma» oye algo de eso o ve chicos por allí, no se acercará —concordó Pam.

Y Ricky masculló, sombríamente:

—Puede que a estas horas ya se haya enterado y se haya ido.

Los ojos de Pete se posaron entonces en Charles que, sentado en silencio, intentaba leer en los labios de todos.

—¡Zambomba! Me alegro de verte.

El muchachito sordo, entendiendo la frase, sonrió. Pete le contó en pocas palabras, pero con mucha claridad, todo lo ocurrido, y luego le preguntó dónde había estado él. Charles contestó que su abuelo se había puesto enfermo, pero últimamente iba mejorando; por eso él ya estaba de regreso en casa de los Johnson.

Finalmente, tendió a Pete una fotografía que tenía en la mano. En ella se veía a Pam, Holly y Ricky sentados en un banco del estudio del señor Fundy.

—¡Qué ojos tan abiertos, Ricky! —exclamó Pete—. Parece que acabes de ver un fantasma.

—Tenías que haber estado allí cuando funcionó el «flash» de magnesio —replicó el pecoso.

Pete se sintió muy contento cuando le hablaron de la colección de negativos que tenía el señor Fundy.

—¿Cuándo iréis a buscar en los archivos? —preguntó.

—Podríamos ir esta noche —propuso Pam.

Pete consideró que era un buen trabajo para que lo hicieran las chicas, puesto que requería mucha paciencia. Luego, usando el alfabeto de los dedos, pidió a Charles que le acompañase aquella noche a hacer guardia en la casa del árbol.

—Muy bien —contestó Charles, y quedaron de acuerdo en reunirse con Pete a las seis.

Durante la cena, Pete pidió permiso para llevarse, prestados, los gemelos de su padre. El señor Hollister no puso inconvenientes. En cuando terminó de cenar, se colgó del cuello la correílla de la que

pendían los gemelos, y salió de casa.



Charles le esperaba al pie del roble.

Los dos amigos subieron a la plataforma y miraron hacia el Lago de los Pinos. Se veían unas cuantas embarcaciones, que iban o venían, levantando penachos de espuma. Pero no había nadie en la orilla, en aquel trecho tan fuera de camino.

Los dos muchachos se turnaron en la tarea de observar la tubería, usando los gemelos. Trascurrió una hora.

—No viene nadie —dijo Pete, con los dedos.

Charles se encogió de hombros. Luego señaló el horizonte, donde se estaban acumulando nubes negras. Minutos después, Pete oía un trueno, procedente de la otra orilla. Centellearon varios relámpagos, semejantes a lenguas de víbora.

—Creo que se aproxima una tormenta —pronosticó Charles.

Pete asintió. Sí; iba a ser una gran tormenta, pensó, inquieto. ¿Cuánto rato podían esperar allí? Dentro de poco, cuando los rayos estuvieran más cerca, el árbol sería un refugio muy poco recomendable.

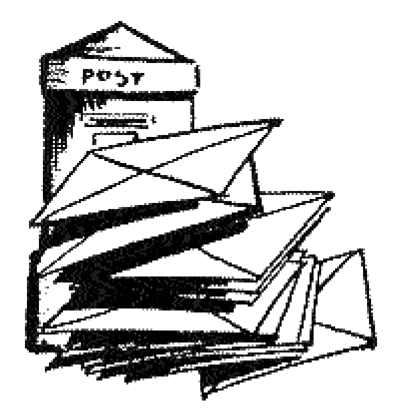
En el preciso momento en que los dos chicos se disponían a bajar del roble, en la boca de la tubería, como por arte de magia, aparecieron dos hombres. Gracias a los gemelos, Pete pudo ver la espalda de uno de ellos y la cara del otro. Estaban hablando.

A toda prisa pasó Pete los gemelos a su amigo y preguntó:

—¿Qué están diciendo?

Charles se ajustó los gemelos a los ojos y miró atentamente a los forasteros.

SE ENCUENTRA LO PERDIDO



El muchacho sordo observó atentamente a los dos hombres. El que estaba de frente al observatorio de los chicos era alto y delgado. Tenía el cuello largo y la cabeza pequeña y redonda. El cabello negro le caía sobre la frente. El que estaba de espaldas era bajo, ancho de hombros y fornido.

Charles dejó un momento los gemelos para comunicar con Pete. El desconocido alto había dicho: «Esos chicos se están haciendo demasiado pesados. ¿Qué convendrá hacer?».

—De modo que saben que les buscamos, ¿eh? —repuso Pete—. ¿Y qué ha contestado el otro?

Charles dijo que el hombre fornido no había vuelto la cabeza, por lo cual él 110 había podido leer la contestación.

—Si supiéramos lo que planean, podríamos desbaratárselo todo —dijo Pete.

Charles volvió a usar los gemelos. Los hombres habían avanzado entre unos arbustos, por los que desaparecieron.

En aquel momento, el golpeteo de agua sobre las hojas del árbol informó a los jóvenes detectives de que la tormenta había llegado, al fin. Momentos más tarde, un fuerte chaparrón convertía las aguas

del Lago de los Pinos en una extensa manta de blanca espuma. Los dos muchachos sabían que en aquellos momentos, resultaba muy peligroso.

Empezaron a descender a toda prisa y llegaron al suelo en el momento en que un fuerte viento principió a sacudir las ramas más altas, hasta arrancar la plataforma. Varios troncos de ella fueron a caer entre los matorrales.

—¡Zambomba! Qué a tiempo nos hemos ido —comentó Pete.

A pesar de la fuerte lluvia, los dos decidieron volver a casa, en una carrera. De todos modos, ya estaban chorreando agua.

Charles se despidió y corrió a casa de los Johnson. Pete pedaleó furiosamente y no tardó en encontrarse en el camino de su jardín. Después de dejar la bicicleta en el garaje, entró en casa. El señor Hollister y Ricky se encontraban solos en la salita.

—Perdonad un momento —dijo el recién llegado, dejando los gemelos a su padre, al pasar—. Tengo que cambiarme.

Subió a su habitación y a los pocos minutos volvía a bajar vestido con ropa seca. Ricky estaba secando con un paño el estuche de los gemelos. Pete contó lo que les había sucedido y preguntó, luego:

—¿Dónde están los demás?

El padre contestó que la señora Hollister y las niñas del Club de Detectives se habían marchado a casa del señor Fundy, después de cenar.

—¡Cuánto tiempo llevan ahí, zambomba! —exclamó Pete.

El señor Hollister y los dos chicos hicieron comentarios sobre el misterio de los dos hombres de la playa, y decidieron hablar de ello con el oficial Cal, a la mañana siguiente. Una hora más tarde, Ricky empezó a bostezar, muerto de sueño, y se acercó a mirar por la ventana, aplastando la naricilla contra el cristal. Al cabo de un rato exclamó:

—¡Canastos! ¿Creéis que puede haberles ocurrido algo a mamá y las niñas?

Como en respuesta a las palabras del pecoso, en el jardín brillaron dos faros y la furgoneta entró en el camino de grava. Seguía lloviendo con intensidad, y las niñas subieron a toda prisa los escalones del porche.

—¡Lo hemos encontrado! ¡Lo hemos encontrado! —gritó Holly, abriendo la puerta y entrando como una tromba en la sala.

—¿El viejo negativo? —preguntó Pete.

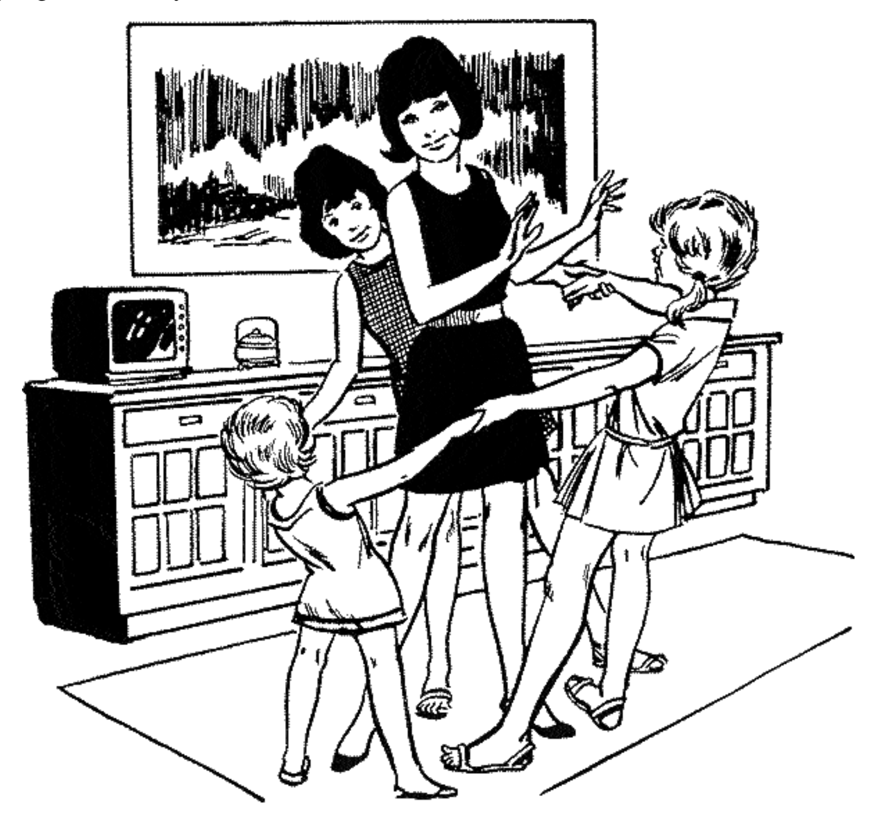
—¡Hurra! —gritó Pam, echando los brazos al cuello de su padre.

La chiquitina Sue entró, bailoteando, delante de su madre. Luego, las tres hermanas se agarraron de las manos y bailaron alrededor de su madre, como si jugaran a la gallina ciega. Pete, Ricky y su padre contemplaron la escena, perplejos. Viendo sus caras, la señora Hollister se echó a reír y dijo:

—Hijas, calmaos y contádselo todo a los chicos.

Las tres alegres hermanas se sentaron en el sofá, con los rostros sonrojado de dicha.

—¿Quién dice que las niñas no son buenos detectives? —preguntó Holly.



Y Pam anunció:

—Hemos resuelto el misterio.

—Está bien. Pero explicádnoslo todo, canastos. Y dejad de presumir —protestó Ricky.

La señora Hollister buscó en su gran bolso, de donde sacó una fotografía de veinte por veinticinco centímetros. Su marido y los niños se arremolinaron a su alrededor.

—El señor Fundy hizo esta fotografía hace años —explicó la madre.

—¡Es la Casa Antigua! —se admiró Pete.

—¡Y ésta es la puerta que no encontramos! —observó Ricky, nerviosísimo.

—Debió de quedar cubierta posteriormente, en alguna restauración —opinó el señor Hollister.

—Eso es lo que ha dicho el señor Fundy —contestó Pam.

—Voy a llamar ahora mismo a Kerry «Volteretas» —anunció Holly, corriendo al teléfono.

Pero Pam la disuadió, diciendo:

—No, no. Es demasiado tarde. Se lo diremos por la mañana.

—De modo que es ahí donde vivió la madre de Kerry —comentó Pete—. ¡Y pensar que hemos tenido esa vieja casa delante de la nariz todo el tiempo! —De pronto abrió la boca de par en par y miró, una por una, a las niñas—. ¡Oíd! Entonces, la madre de Kerry y la señora Neeley eran parientes…

—¿Y por qué crees que hemos llegado bailando? —dijo la traviesa Holly.

—Naturalmente —añadió Pam, muy contenta—. Y Kerry es pariente de la señora Neeley.

—Francamente, las mujeres sois grandes detectives —afirmó el señor Hollister—. Podemos decir que tenemos en casa todo un departamento policial.

Pam aplaudió y Holly rió alegremente. Pero Sue guardó silencio: se había quedado dormida como un tronco, en el sofá. Pete la subió al dormitorio y Pam la metió en la camita.

Entre tanto, la señora Hollister preparó cacao y galletas para sus emocionados aventureros. Después de comerse hasta la última miga, todos subieron a acostarse, sin muchas ganas de dormir. Todos ansiaban que llegase la mañana para poder dar a Kerry «Volteretas» la gran noticia.

Se levantaron temprano y, ya antes de desayunar, Pam telefoneó al acróbata. Todos la rodearon, mientras hablaba con el artista de su descubrimiento.

—¡Apenas puedo creerlo! —exclamó Kerry—. ¡Es maravilloso!

Pam se echó a reír.

—Pues es la verdad. La señora Neeley tiene que ser alguien de su familia.

Kerry comentó que era algo espléndido lo que los Hollister habían hecho y prometió acudir en seguida a la casita de la anciana.

—Adiós y buena suerte —deseó Pam.

Mientras la niña contaba a sus hermanos todo lo que Kerry había dicho, desde la cocina llegó un delicioso olorcillo a tocino frito. Las niñas fueron a ayudar a su madre y, a los pocos momentos, toda la familia estaba sentada en tomo a la mesa.

El señor Hollister dijo a los muchachos que, aquella mañana, tenía trabajo para ellos en el Centro Comercial.

—Han llegado de la Costa Oeste algunas piezas de mobiliario rústico y cuento con vosotros para desembalarlas.

Aunque Pete habría querido ir a la orilla del lago para seguir la pista de los dos hombres, dijo a su padre que le ayudaría con mucho gusto. De todos modos, antes procuró ponerse en comunicación con el oficial Cal. El sargento de guardia contestó a Pete que el joven oficial no empezaba su turno hasta una hora más tarde.

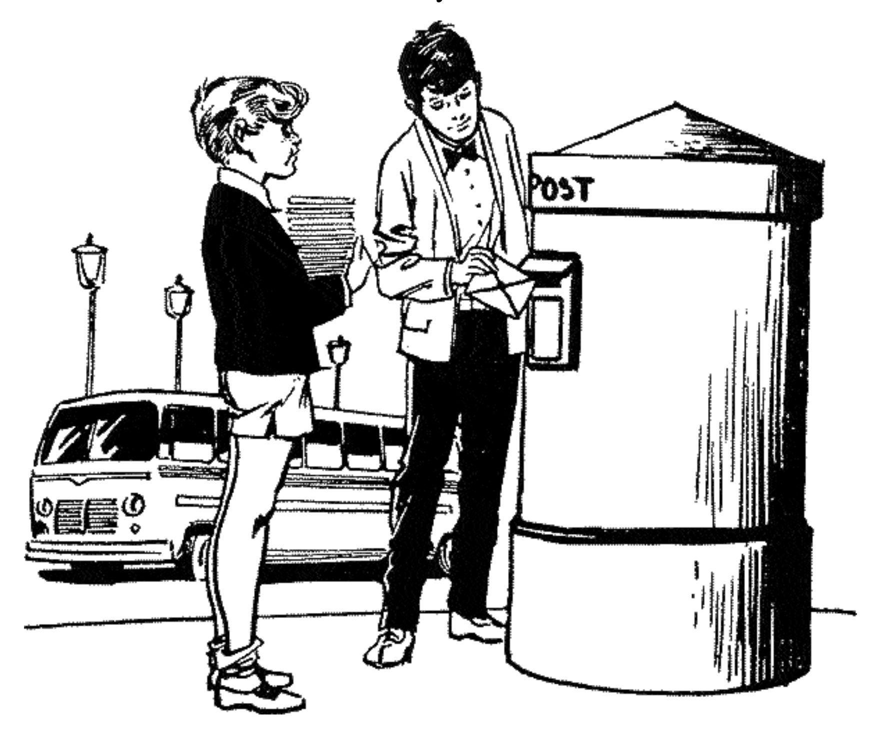
—Bueno. Ya le llamaré luego —dijo Pete, desencantado. Sabía que se le estaba escapando el poco tiempo que le quedaba para resolver el misterio.

El señor Hollister llevó a sus hijos en la furgoneta hasta la tienda. En la trastienda había una docena de cajas. Los chicos se pusieron inmediatamente al trabajo. Utilizando un martillo y un cortafrío abrieron las grandes cajas y llevaron los muebles a la tienda.

Cuando terminaron aquel trabajo, Ricky y Pete apilaron ordenadamente la madera y barrieron la paja que había caído al suelo.

—Muy bien, hijos —dijo el señor Hollister—. Ahora tengo algunas cartas para que las llevéis al buzón. Y ya se habrá terminado vuestro trabajo.

El padre entregó a Pete un fajo de sobres que anunciaban una subasta que había de celebrarse en la tienda de los Hollister. Los dos hermanos corrieron a la calle y echaron las cartas en el buzón.



Cuando iban hacia casa, Ricky vio a Joey Brill. El chico estaba en la esquina de enfrente, hablando con un hombre alto. Pete se detuvo en seco y miró a los dos.

—¡Ricky! —exclamó con voz entrecortada—. Ése es uno de los hombres que estuvimos observando ayer.

Joey y el desconocido no habían visto a los dos hermanos. No cabía duda de que el hombre estaba haciendo preguntas y Joey le daba explicaciones.

—¿Qué haremos, Pete? —preguntó Ricky.

—Ve ahora mismo al cuartelillo y avisa al oficial Cal. Ahora ya estará allí.

El pelirrojo corrió al cuartelillo, mientras Pete cruzaba la calle en dirección a Joey y el otro. «¿Le habría reconocido el hombre?», se preguntó Pete. Entonces, el hombre miró en dirección a Pete, pero continuó hablando.

Pete se acercó a Joey y cuchicheó:

—No le digas nada. Yo creo que es…

El camorrista se volvió en redondo y en voz alta dijo:

—¡Métete en tus asuntos! ¡Me importa un pito vuestro estúpido Club de Detectives!

Al oír aquello, el hombre dio un paso atrás. En seguida giró en redondo y echó a correr calle adelante, de prisa, muy de prisa.

Pete echó a correr tras el hombre, pero Joey le cerró el paso. En ese momento, Pete vio a su hermano y al oficial Cal que llegaban desde el final de la manzana.

—¡Es aquel hombre! ¡Alcáncele, Cal! —gritó Pete.

Cuando el desconocido vio al policía, giró de nuevo sobre sus talones y corrió en dirección a los dos muchachos.

—¡Déjame! —gritó Pete, intentando apartar a Joey—. ¿Es que no te das cuenta de que ese hombre es un maleante?

El fugitivo estaba ya junto a ellos. Con un empellón, Pete apartó a Joey. Se volvió y se abalanzó hacia el hombre. Su hombro golpeó al desconocido en las rodillas. Con un grito, el hombre cayó sobre el bordillo.

LA HABITACIÓN SECRETA



El oficial Cal ayudó a levantarse al hombre caído. El policía, después de esposar al hombre, le preguntó:

—¿Cuál es su nombre?

—No hablaré —contestó el desconocido, con acritud.

—Nos ocuparemos de eso en el cuartelillo —dijo el oficial, y volviéndose a Pete, añadió—: Buen trabajo. Ha sido un formidable bloqueo futbolístico.

Luego Cal pidió a Joey que acudiese al cuartelillo, con Pete y Ricky, como testigo ocular.

—Yo… Yo no he hecho nada malo —tartamudeó el camorrista.

—Ya lo sé —contestó el oficial, tranquilizando al asustado Joey —. Pero tal vez puedas ayudamos.

En el cuartelillo se examinó la cartera del detenido, donde se encontró un documento de identidad a nombre de Horace Neman. Empezó el interrogatorio.

—¿De qué estaba usted hablando con Joey Brill? —inquirió el policía.

—Le preguntaba cómo podía ir a un sitio.



—Eso no es verdad —declaró Joey. Y explicó que el hombre le había ofrecido medio dólar si iba a la Central de Joyería de Shoreham y averiguaba a qué hora salía el director a comer.

El detenido arrugó el entrecejo y protestó:

—¡No le crean! Este chico es un embustero.

—Yo creo que está diciendo la verdad —respondió el oficial—. Neman, estoy buscando una banda de ladrones de joyas, y queda usted detenido como sospechoso.

—¿Me permiten que diga algo? —pidió Pete.

—Se te permite.

El hombre alto se movió nervioso, mientras Pete le miraba a los ojos.

—¿Qué estaba usted haciendo en la orilla del Lago de los Pinos, cerca de la Casa Antigua, anoche? —preguntó Pete.

—No sé de qué me estás hablando —contestó Neman.

—¿Nos envió usted una nota amenazadora? —volvió a preguntar Pete.

El hombre le miró, despectivo.

—¿Cómo? Pero si ni siquiera sé tu nombre.

Pete comprendió que no iba a valer de nada seguir interrogando.

A pesar de sus protestas, a Horace Neman se le tomaron las huellas digitales y se comprobó si tenía antecedentes. Se descubrió que había cometido varios robos pequeños en Shoreham, años atrás.

Cuando el prisionero fue conducido a su celda, el oficial se llevó a Pete a un lado para decirle:

—El señor Cramer me ha hablado de la información que le disteis. Dentro de un par de días, cuando el agua de la tormenta haya desaparecido de la tubería, iremos a hacer una investigación en el viejo túnel.

Pete dio las gracias al oficial, y los tres chicos salieron del cuartelillo. Joey se separó de los Hollister sin decir una palabra, y los dos hermanos se marcharon a comer.

En casa encontraron a Kerry «Volteretas» que hablaba con su madre y sus hermanas, sentado en la sala.

—Pete, Ricky —dijo el acróbata, muy feliz—. ¿Sabéis una cosa? ¡La señora Neeley es mi tía-abuela Dolly!

—Era la hermana menor de su abuela —explicó Pam.

—¡Canastos! ¿Cómo sabe eso? —preguntó el pecoso.

El acróbata dijo que la señora Neeley había comparado, en su álbum de familia, fotografías de su sobrina nieta con la vieja foto de Kerry.

—Y las niñas eran iguales —anunció Pam.

Kerry se enteró por la anciana de que su madre se había casado con un acróbata llamado Kerry Volpenberg y se había marchado a Europa con él, contra el deseo de su familia.

—Hubo un lastimoso malentendido, y ya nunca se escribieron —añadió, suspirando, el artista. Luego, más alegre, añadió—: Tía Dolly desea que me quede y la ayude a gobernar la Casa Antigua, en el supuesto de que los Hollister la libren del fantasma.

—¡Ya lo creo que lo haremos! —afirmó Pete, convencido.

La señora Hollister movió la cabeza con aire desilusionado.

—Pero, Pete, si tú y el Club de Detectives os habéis esforzado ya tanto… Creo que ya es hora de que pongáis el asunto en manos de la policía.

—Mamá, te lo ruego. Querríamos hacer un último intento. Nos gustaría pasar una noche en la Casa Antigua —pidió Pete.

La petición dejó más que perpleja a la señora Hollister.

—¿Una noche? No permitiré una cosa tan peligrosa.

—Pero, mamá —intervino Pam, acudiendo en ayuda de su hermano—, por la noche es cuando allí ocurren las cosas extrañas.

—Además —terció Ricky—, el fantasma se quedó con el zapato de Pam. Ella debe ir a buscarlo.

Dándose cuenta de la situación de los jóvenes investigadores, Kerry «Volteretas» hizo una proposición.

—Creo, señora Hollister, que sus hijos han tenido una buena idea. Si yo les acompaño, ¿pueden Pete y Pam pasar la noche en la casa encantada?

La señora Hollister quedó unos momentos pensativa. Luego pareció tranquilizarse y dijo:

—Si va usted con ellos, si pueden.

Al instante se vio asaetada de besos y abrazos.

—¡Pasaremos allí la noche! —exclamó Pete, entusiasmado.

Kerry comió con la familia Hollister. Cuando terminó la colación, Pete y Pam fueron a echar la siesta, porque de este modo evitarían el quedarse dormidos durante la noche, cuando fuesen a investigar.

Aquella noche, a las nueve, el joven acróbata llegó a buscarles.

—Si tropiezan con alguna dificultad, me telefonean a mí o a la policía —indicó a Kerry el señor Hollister—. Y no corran riesgos inútiles.

Dio linternas a sus dos hijos y a su amigo, y añadió:

—Tome nuestra furgoneta, Kerry. Yo no la necesitaré esta noche.

El acróbata condujo en dirección a la Casa Antigua, con Pete y Pam sentados a su lado en el asiento delantero. El cielo estaba muy

oscuro. Las estrellas y la luna quedaban ocultas por los nubarrones.

Durante un rato viajaron en silencio, pero cuando embocaron la Carretera Serpentina, pudieron oír un extraño ruido que salía de la parte posterior de la furgoneta.

Muy extrañado, Pete se volvió, a tiempo de ver una cabeza que desaparecía tras el asiento posterior.

—¡Kerry, pare! —pidió Pete.

Cuando la furgoneta se hubo detenido, el muchacho encendió la luz de arriba, pasó al asiento posterior y miró detrás.

Aparecieron dos caritas risueñas.

—¡Ricky, Holly! ¿Qué hacéis aquí?

—Pero si creíamos que estabais en la cama. ¿Sabe mamá que habéis venido? —preguntó Pam.

—No. Somos polizones —dijo Holly con una traviesa risilla.

—Queremos ayudaros a desencantar la mansión —declaró, gravemente, Ricky—. Ya somos bastante mayores.

—Veréis cuando mamá vea que no estáis. Va a preocuparse mucho.

Pero Holly ya había pensado en eso y dejó en el tocador de su madre una nota.

—Creo que debería llevaros a casa —dijo Kerry.

—¡No, no! —suplicó Ricky—. Papá y mamá saben que con usted no puede pasamos nada.

—Está bien —accedió el artista—. Si vuestros padres quieren que volváis, telefonearán a la señora Neeley para decírselo.

Pero, cuando llegaron allí, la tía-abuela de Kerry les dijo que no había tenido noticia alguna de los señores Hollister.

—O no dan importancia al hecho de que hayáis venido, o es que todavía no han descubierto vuestra ausencia —reflexionó Kerry.



Después que la señora Neeley llenó de alabanzas a los niños por haberle puesto en contacto con su sobrino, Pam dio a Ricky su linterna, y los cuatro siguieron a Kerry hacia la entrada de la Casa Antigua. Todos entraron sigilosamente y hablando en susurros.

—Ricky, Holly; vosotros quedaos aquí y vigilad la puerta —indicó Pete.

Pete apostó a sus dos hermanos tras sendos sillones de respaldo recto. Los demás subieron la escalera, llegaron a la galería y allí se detuvieron. No se oía ruido alguno.

Entonces Pete explicó sus planes. Pidió a Kerry que se quedase haciendo guardia al pie de la escalera que llevaba al siguiente piso.

—Pam y yo iremos a la buhardilla. Creo que allí está la clave del misterio.

—Muy bien —cuchicheó Kerry—. Si hay algún problema, me llamáis.

Pete y Pam subieron de puntillas. Pete encendió la linterna varias veces, pero sólo un instante cada vez, para tener una idea del camino que seguían. Con mucho sigilo entraron en el cuartito de la buhardilla.

Todo parecía intacto. La sólida cómoda de roble se encontraba

en el mismo lugar que la última vez. Y lo mismo podía decirse de la estera.

Pete susurró al oído de su hermana:

—Hay que registrar bien este cuarto.

Palparon las paredes centímetro a centímetro. Nada había desusual. Los dedos de Pete siguieron el borde del marco de la ventana. Por fin llegó al repecho. Parecía muy liso, aunque tenía un ligero saliente. Pete enfocó la linterna en aquel saliente.

—Pam —cuchicheó—, esto parece un interruptor negro.

—¡Aprieta, a ver!

Pete quedó indeciso. No se sabía lo que podía ocurrir.

—Adelante —murmuró, respirando profundamente antes de oprimir el botón.

Se oyó rechinar algo y la pared del fondo corrió hacia dentro, igual que si fuera una puerta.

—¡Tiene goznes! —se admiró Pete.

—¡Y detrás hay una habitación! —observó Pam, sin aliento.

Los dos hermanos avanzaron unos pasos. El cuarto secreto venía a tener la medida de dos grandes armarios. A un lado había una chimenea con un gran orificio cuadrado en los ladrillos. Pete miró al interior, enfocó la linterna y luego se irguió.

—Pam, mira esto.

La niña introdujo la cabeza por el orificio y pudo ver una sólida cuerda que colgaba desde lo alto de la chimenea y llegaba al piso bajo. De repente, volvió la cara hacia su hermano.

—¡Ya comprendo! Alguien llega hasta la chimenea del sótano y trepa por la cuerda hasta esta habitación secreta.

—No me extraña que no pudiéramos encontrar al fantasma — dijo Pete que, por casualidad, enfocó el haz de la linterna hacia lo alto. Con gran sorpresa vio un artefacto semejante a un cajón, atado al interior de la chimenea con una tira metálica.

—¡Es un proyector, Pam! Ahora comprendo lo del esqueleto en las nubes.

Se acercó al proyector, y pulsó un interruptor. Al momento, un haz de luz brilló en la chimenea. Pete se apresuró a apagar.

—¡Creo que tienes razón, Pete! —dijo la niña.

Tan emocionados estaban que no oyeron que volvía a sonar el

crujido. Y cuando comprendieron lo que estaba sucediendo, la pared movediza estaba casi completamente cerrada. Pete corrió hacia allí. Pero ya era demasiado tarde. La pared se cerró, con un chasquido.

—¡Pete! —exclamó Pam, agarrándose con fuerza al brazo de su hermano—. ¡Estamos atrapados!

—Tiene que haber otro pulsador por este lado —reflexionó el chico, iluminando con su linterna todos los rincones. En una esquina descubrieron un saco de lona. Pete se inclinó y lo desató.

—¡Ooooh! —exclamó Pam cuando la linterna iluminó el contenido del saco.

Ante los ojos de los dos hermanos apareció una pila de diamantes, broches, relojes de pulsera, collares de perlas y otras joyas.

—¡Zambomba! Éste es el escondite de los ladrones —murmuró Pete.

Y, con voz temblorosa de emoción, su hermana agregó:

—Seguramente es el mismo escondite que está buscando Cal.



Pete metió las manos en el botín y palpó algo blando. Se trataba de un cilindro de papel amarillento. Pete lo sacó y lo extendió ante Pam y él.

—Parecen planos de casas —dijo Pam.

—Deben de ser los que robaron al señor Shaffer —replicó Pete.

En seguida encontraron el plano que decía: «Mansión Miller». Con el dedo, Pete siguió la línea dibujada desde la chimenea del sótano al último piso. Allí estaba marcado un cuadrito minúsculo: el mismo cuartito en donde estaban ellos atrapados. Había sido marcado con una X.

—Los ladrones descubrieron este cuarto secreto y decidieron usarlo como escondite —razonó Pam.

—No me extraña que se empeñaran en asustar a la señora Neeley y a todos los visitantes de la Casa Antigua —contestó el chico—. El oficial Cal ha detenido a uno de ellos. Si nosotros

consiguiéramos cazar al otro…

Los dos niños estaban a punto de golpear la pared para avisar a Kerry, cuando oyeron un ruido en el interior de la chimenea. Pete encendió la linterna para iluminar el interior.

—¡Ah, Pete, ya vuelve el fantasma! —dijo Pam con voz ronca.

—Eso demuestra que es una persona viva —contestó Pete con voz firme, pero notando un extraño temblor en las rodillas.

—¡Si sube aquí, nos descubrirá! —balbució la niña.

ATRAPANDO A UN FANTASMA



De nuevo se acercó Pete a la pared. Pero ésta no se movía. Ya se oía la pesada respiración del hombre que ascendía por la cuerda, en el hueco de la chimenea.

Con dedos temblorosos, Pam desenrolló los planos. Su única esperanza era encontrar la salida de aquella habitación secreta.

Pete acercó el haz de la linterna a los dibujos y Pam los observó con atención. Pero no descubrió nada de lo que buscaba. Forzando cuanto pudo la vista, vio un minúsculo círculo marcado en la parte inferior izquierda de la pared giratoria.

En seguida se echó al suelo, de rodillas. Pete, arrodillado junto a ella, iluminó la parte baja de la pared. No había nada allí.

La respiración pesada de la chimenea sonaba cada vez más cerca.

Temblando, Pam pasó los dedos por todo el trecho de pared. Notó un ligero saliente rectangular, igual que si hubiera encajado un trozo de madera.

Pam golpeó el lugar con ambos puños. Pete hizo otro tanto. Nada sucedió. Nerviosísima, Pam se puso en pie y empezó a dar puntapiés. Al instante sonó un chasquido apagada y después un

crujido. La pared empezó a moverse.

Sin entretenerse en recoger el botín, Pete y Pam corrieron a la habitación de la buhardilla y empujaron la pared.

En el momento en que se produjo el chasquido, oyeron la exclamación de sorpresa del hombre que acababa de llegar al cuarto secreto.

—¡Ah, Pete! Abrirá otra vez y nos atrapará. ¿Qué haremos?

—Ven aquí y ayúdame a mover esto —indicó el hermano, acercándose a la sólida cómoda.

Haciendo uso hasta del último gramo de sus fuerzas, los dos hermanos movieron el mueble, hasta arrimarlo a la pared. No bien lo habían conseguido, cuando el chasquido sonó de nuevo. La pared se movió un centímetro, pero quedó inmovilizada a causa del gran mueble. Pete se apoyó en la cómoda para aumentar el peso e impedir que se abriera la pared.

—¡Vete a buscar a Kerry! —ordenó a su hermana—. Llamad a la policía. Yo me quedaré aquí. ¡De prisa!

A oscuras, Pam corrió a la galería.

—¡Kerry! —llamó. No obtuvo respuesta ni se encendió linterna alguna. Pam bajó las escaleras casi volando y llamó—: ¡Ricky! ¡Holly!

Los dos pequeños siguieron a Pam a la puerta.

—Hemos oído un ruido. ¿Qué ha pasado? —preguntó Ricky, acudiendo al lado de su hermana mayor.

—¿Dónde está Kerry? —gritó Pam, aterrada.

—No pudo encontraros —repuso el pecoso.

—Y ha ido a casa de la señora Neeley para telefonear a la policía —concluyó Holly.

—Hay un hombre en el último piso, y tenemos que detenerle —dijo Pam—. ¡Venid conmigo!

Los dos pequeños siguieron a Pam a la puerta que llevaba al sótano. La hermana mayor abrió y bajó de puntillas las escaleras, seguida de Ricky y Holly.

—La chimenea está por aquí —recordó, mientras guiaba a los pequeños entre un laberinto de banastas para fruta y cajones de embalaje. Ricky, cautamente, iba encendiendo la linterna a derecha e izquierda. De repente, vieron una puerta abierta. Cruzaron el

umbral y llegaron a una habitación con una chimenea. Pam se agachó y levantó algo del suelo.

¡Allí estaba la cuerda por la que el «fantasma» había trepado!

Desde lo alto de la chimenea, una voz tan terrible como si fuese la de un ogro, masculló:

—¿Quién anda ahí? ¡Si sois esos endiablados niños, largaos ya!

Mirando hacia arriba, Pam vio dos manos que buscaban la cuerda. A toda prisa agarró la niña el extremo de abajo y lo sacudió de uno a otro lado.

—¡Eh! ¡Quietos! ¡Fuera de ahí! —gritó el desconocido, hecho una furia.

Pam continuó sacudiendo la cuerda, pero no tardó en notar que se ponía tensa. El hombre había logrado atraparla y estaba descendiendo por ella.

—¡Socorro! —gritó Pam. Y, al momento, Ricky y Holly le hicieron coro.

En la planta baja, encima de ellos, sonaron pasos, que en seguida se dirigieron a las escaleras del sótano.

—¿Qué ocurre ahí? —preguntó una voz, que los niños reconocieron al instante.

—¡Papaíto! Estamos aquí. ¡Ayúdanos! ¡De prisa! —suplicó Holly.



Unos segundos después, en el cuartito entraba como una tromba el señor Hollister, seguido del oficial Cal y de otros dos policías. Tras ellos iba Kerry «Volteretas».

—¡El fantasma! —gritó Ricky, sumido en el terror—. ¡Está bajando por la chimenea!

De repente, las piernas del hombre aparecieron en la plataforma de la chimenea. Apenas los pies habían tocado el suelo, cuando el señor Hollister agarró al desconocido por un brazo, le arrastró hacia el centro de la habitación y forcejeó con él. El hombre cayó de espaldas y de sus bolsillos salieron disparadas varias piedras preciosas.

—¡Hurra por papá! —gritó Ricky, entusiasmado.

El oficial Cal ayudó a ponerse en pie al caído y le esposó las manos.

—¡Conque usted es el otro fantasma que ha estado embrujando esta casa! —exclamó Cal.

Antes de que el desalentado detenido hubiera podido contestar, la Casa Antigua se vio invadida de súbito por extraños ladridos, gruñidos y lamentos.

—Todavía está encantada —dijo, sorprendido, uno de los policías.

Con el señor Hollister y los niños abriendo la marcha, el grupo subió a la primera planta. El padre de los jóvenes detectives dijo:

—Necesitamos más luz, si queremos llegar al fondo de este misterio.

Con la claridad que le proporcionó la linterna de Ricky, el señor Hollister encendió dos grandes lámparas antiguas de petróleo, que se encontraban sobre una mesa. Acababa de quedar bien encendidas cuando llegó Pete por las escaleras.

—¡Papá! —exclamó, y viendo al hombre con las esposas, tragó saliva y murmuró—: ¡Así que éste es el fantasma! Pues es muy listo…

Pete explicó que, mientras sostenía la cómoda arrimada a la pared, se fijó en varios discos que había en el muro.

—Entonces alargué la mano e hice girar uno de ellos.

—Y ¿qué pasó? —preguntó el padre.

—Espera, que volveré a hacerlo —replicó Pete—. ¡Ya veréis!

A toda prisa subió las escaleras. Pronto, desde el último piso sonó su voz, anunciando:

—Ahora haré girar los discos.

Al instante, infinidad de ruidos misteriosos invadieron la vieja mansión. Ricky corrió a las escaleras, diciendo:

—Quiero ver ese disco.

Pam y Holly siguieron al pecoso. Un momento después Holly, desde arriba, gritaba:

—¡Está girando!

En ese mismo instante, el gran reloj de pared de la sala dio trece campanadas. Las niñas y Ricky bajaron a todo correr las escaleras, seguidos de Pete.

—Todos los trucos eran electrónicos —dijo el muchachito.

—¿De dónde se conseguía la energía eléctrica para hacer funcionar todo eso? —preguntó Kerry al detenido—. En la casa no hay luz eléctrica.

—¡Walter Kade, será mejor que confiese! —dijo el oficial Cal, mirando, severo, al detenido.

El hombre, pillado por sorpresa, exclamó:

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Su socio confesó, hace unas horas. Él nos ha dicho que es usted un perito electricista.

Walter Kade fijó en los Hollister una mirada furibunda. Luego, inclinando la cabeza, dejó escapar un suspiro.

—Sí. Usé baterías y tendí varios cables por la casa para asustar a la gente e impedir que vinieran visitantes. Fue una gran idea, pero estos mocosos lo han estropeado todo.

—¿Y por qué jugaba usted al fantasma? —le reconvino Holly.

—Yo contestaré a eso —anunció Pete—. Es un ladrón de joyas y usaba la Casa Antigua como escondite para él y su socio.

Los policías se quedaron patidifusos. Casi no podían creer que unas personitas tan jóvenes hubieran sabido poner en claro un asunto tan enrevesado y misterioso. Pam se encargó de continuar con las aclaraciones:

—Cuando robaron al señor Shaffer, estos hombres encontraron los planos de las casas más viejas de Shoreham. En los bocetos de la Casa Antigua descubrieron la habitación secreta. Ni siquiera la señora Neeley sabía que existiera ese cuarto.

El detenido admitió que todo lo dicho era cierto. Dijo que había visitado la Casa Antigua, localizó el cuartito de la buhardilla, encontró el botón en el alféizar de la ventana, y abrió la cámara oculta.

—Eso funciona con un mecanismo de muelle. ¡Qué magnífico escondite! —murmuró el hombre.

—Luego, usted abrió un orificio en la chimenea y colocó la cuerda para poder entrar y salir secretamente —dijo Pete.

—Entraba usted por el viejo túnel —añadió el señor Hollister—. ¿Con qué parte de la casa comunica?

—Queda detrás de la chimenea del sótano —contestó, de mala gana, el detenido.

—¿Y cómo se enteró usted de la existencia de ese túnel? —quiso saber Cal.

El hombre contestó que todo había sido muy sencillo. Su

compañero, Horace Neman, había trabajado como peón cuando se hizo el tendido de la tubería de desagüe. Él se había encargado de hacer una marca en la tubería, allí donde se cruzaba con el viejo túnel, con la idea de abrir una entrada en el pasadizo, más adelante.

—Tuvimos la intención de ocultarnos allí —explicó el detenido —, pero es un lugar muy húmedo y la techumbre se está desmoronando.

Dándose cuenta de que no podía evitar el ser encarcelado, Walter Kade siguió explicándose sin ocultar nada. Como no deseaban ser vistos en Shoreham, donde Neman tenía antecedentes penales, los dos iban y venían por el lago, desde Stony Point, usando la motora amarilla.

La embarcación metálica no era muy pesada y entre los dos pudieron trasladarla hasta la desembocadura de la tubería, en donde estaba oculta. Aquella noche, cuando Neman no se presentó a la cita habitual en Stony Point, Kade se sintió muy preocupado. De modo que cruzó el lago y trepó por la cuerda con la idea de recoger las gemas y huir.

—Por eso estaba la casa tan silenciosa cuando vinimos —comentó Pam—. Usted todavía no había llegado.

—Pero ¿cómo se explica lo del huso que giraba solo y la lámpara que se cayó de la mesa? —preguntó Pete.

El hombre explicó que había instalado aparatos vibratorios en varios puntos. También había colocado cables en el reloj de pared para que diese trece campanadas. Y fue su linterna la luz que los niños habían visto brillar en la buhardilla.

Cuando se le hicieron más preguntas, Kade admitió que habían sido ellos quienes enviaron la nota de amenaza. Como Charles imaginara, el tubo de pegamento lo habían usado para pegar las letras.

—Sin Charles no habríamos podido descubrir este misterio —dijo Pam—. Ese chico nos ha ayudado mucho.

—Se merece una medalla, y yo me ocuparé de que se la concedan —sonrió el oficial Cal.

En aquel momento sonaron calmosas pisadas en la entrada, y no tardó en aparecer la señora Neeley, llevando una gran linterna.

—¡Hemos cazado al fantasma! —anunciaron los niños, corriendo

junto a la viejecita.

La señora quedó atónita al enterarse de todo lo ocurrido.

—¡Cuánta felicidad me habéis traído! —exclamó, abrazando a Pam—. Habéis encontrado a mi sobrino y habéis desencantado mi Casa Antigua.

Después de mirar, uno a uno a los Hollister, por encima de la montura de sus gafas, la ancianita declaró:

—Yo tengo una recompensa para los Hollister. Podéis llevaros el reloj de pared que vuestra madre tanto admira.

—¡Canastos! Podríamos guardarlo para el día del cumpleaños de mamá —propuso Ricky.

—Y para el resto del Club de Detectives, daré una comida campestre a orillas del lago.

—¡Y yo haré un número especial de acrobacia! —ofreció Kerry.

Cuando el policía marchaba con el prisionero, Pam gritó:

—¡Un momento! ¿Y qué pasó con mi zapato?

El detenido se detuvo y volvió la cabeza hacia el gran reloj de pared. Arrugando el ceño, masculló:

—Aquella noche sí que os asusté de verdad, ¿no es cierto?

—Sí, pero no nos hizo abandonar el caso —contestó Pete.

El hombre sacudió lentamente la cabeza.

—Yo mismo recogí el zapato, para que creyeseis que se lo había llevado el fantasma.

—¿Y dónde lo escondió? —preguntó Cal.

—Detrás del reloj de pared.

Media hora más tarde, los cuatro cansados y felices hermanos llegaban a casa con su padre. La señora Hollister les aguardaba, ansiosa de conocer todo lo ocurrido.

Cuando Pete y Pam acabaron de contarlo todo, Ricky exclamó:

—¡Qué hambre tengo, canastos!

—Y yo también —anunció Holly, retorciéndose una trenza.

Los niños corrieron a la cocina, y Ricky propuso:

—Abramos una lata de algo.

Holly subió hasta los estantes de la despensa y escogió un bote que decía «Confitura de Melocotón».

—A ver, Ricky, ábrelo. ¡Te doy tres oportunidades para que adivines lo que hay dentro!


FIN